REGRESO A LA JAULA

El fracaso de López Obrador

ROGER BARTRA

DEBATE

REGRESO A LA JAULA

El fracaso de López Obrador

ROGER BARTRA

DEBATE

Regreso a la jaula

El fracaso de López Obrador

ROGER BARTRA

DEBATE

El nacionalismo es hambre de poder atemperada por el autoengaño. Todo nacionalista es capaz de la más flagrante deshonestidad, pero también —ya que es consciente de servir a algo más grande que él— está inquebrantablemente seguro de tener razón.

Notas sobre el nacionalismo (1945)
GEORGE ORWELL

Prólogo

En México están volviendo a soplar con fuerza los viejos vientos del nacionalismo autoritario. Hace muchos años, en 1987, cuando terminaba de escribir mi libro *La jaula de la melancolía*, veía que muchos mexicanos se estaban desprendiendo de la identidad nacional que los oprimía, y que era alentada por un autoritarismo político que veía en la cultura nacionalista revolucionaria la fuente de su inmortalidad. Diez años después los ciudadanos se libraron del régimen autoritario e iniciaron una transición democrática, accidentada y llena de tropiezos, que, sin embargo, parecía que los alejaba para siempre de la jaula de la melancolía. Estábamos entrando en la que llamé irónicamente una condición postmexicana. En realidad, no había motivos para mucho optimismo. Recordaba aquella frase de Federico García Lorca en una entrevista realizada un par de meses antes de ser asesinado por los franquistas: “El optimismo es propio de las almas que tienen una sola dimensión”. Sólo los espíritus lineales podían dejar de ver las trampas que se tendían en el camino de la transición. García Lorca agregó que se refería a las almas “que no ven el torrente de lágrimas que nos rodea, producido por cosas que tienen remedio”.

Numerosos tropiezos en la transición a la democracia hubieran podido evitarse, tenían remedio. Pero los políticos no supieron cómo

eludirlos. Muchos mexicanos lo deploraron, pero se dejaron arrastrar por la melancolía. Debido a ello una masa de ciudadanos propició una restauración, votó por el retorno del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y finalmente aceptó llevar al poder al más rancio de los representantes del nacionalismo revolucionario. En 2018 se produjo un extraño regreso a la jaula con el triunfo de un movimiento populista de signo reaccionario. Muchos, en su optimismo unidimensional, creyeron ingenuamente que la izquierda había llegado al poder. En realidad, se apuntalaba un intento de restauración.

En este libro trato de explicar de manera sencilla la compleja situación que vive México bajo la férula de un poder populista. ¿Cómo se pudo llegar a esta situación? ¿Bajo qué clase de régimen estamos viviendo? ¿Qué sentido tiene la política del presidente? ¿Por qué se ha llegado a una situación desastrosa? ¿De qué manera es posible evitar el autoritarismo? Las preguntas brotan a cada paso y no es fácil encontrar respuestas. Mi punto de partida en estas reflexiones es la idea de que estamos ante un intento de restauración del antiguo régimen autoritario tal como existía en los años sesenta y setenta del siglo pasado. Pero tengo la firme convicción de que se trata de una restauración imposible: no puede ocurrir un verdadero regreso a la jaula. En consecuencia, México vive una coyuntura paradójica, atrapado entre un impulso por retroceder y una situación que lo impide. Ese pasado al que se quiere volver es imaginario y el escenario político y económico global que rodea a México frena ese intento. La locomotora gubernamental que ha iniciado una temeraria marcha en reversa encontrará que ya no hay vías para el retroceso. Y todo esto ocurre en el trágico contexto de los destrozos brutales que está ocasionando la pandemia a la economía y a la sociedad. La pandemia ocasionada por el covid-19 ha sido muy mal enfrentada por el gobierno, con gran imprudencia, lo que ha ocasionado que sus efectos malignos se hayan multiplicado.

Presento una interpretación incompleta y coyuntural, pues este libro se publica cuando ha transcurrido poco más de un tercio del periodo presidencial de López Obrador. Mi objetivo consiste en

incitar la reflexión sobre el régimen populista, no sólo para entenderlo mejor, sino también para contribuir a frenar el autoritarismo y los estragos que está desencadenando. En las elecciones intermedias de este año se votará una nueva Cámara de Diputados y en 15 estados habrá elecciones para elegir gobernadores, ayuntamientos y legisladores locales. Además, en 30 entidades se elegirán alcaldías, juntas municipales y ayuntamientos. El sistema de partidos se pondrá a prueba. Se comprobará si los partidos de oposición están tan debilitados como se ha pregonado y se verá si la fuerza del partido oficial es tan potente como sus dirigentes han presumido. Se podrán contemplar nuevas tendencias, conflictos y situaciones que reflejarán aspectos de la dinámica política que ahora no son visibles. Lo que se observará en estas elecciones del 6 de junio de 2021 es si el fracaso de la Cuarta Transformación, que dibujo en este libro, se refleja en los resultados.

Mi pesimismo me inclina a suponer que el cuadro crítico que presento durará mucho tiempo. Pero me quiero forzar a no perder la esperanza de que se logre fortalecer el debilitado sistema democrático y se recompongan los partidos políticos. Las elecciones son una gran inyección de energía y recursos en el sistema político. Desencadenan una movilización social que podría frenar el avance del autoritarismo.

Mi interpretación del gobierno de la llamada “Cuarta Transformación” está basada en una larga experiencia como antropólogo y sociólogo estudiando la realidad mexicana. Mi perspectiva política es la de un intelectual socialdemócrata que ha defendido desde hace decenios los puntos de vista del socialismo democrático. Esta postura política es minoritaria y marginal en México, un país donde claramente son predominantes las diversas manifestaciones de la derecha, desde la populista reaccionaria hasta la más extrema, pasando por formas democráticas y liberales. Las franjas de la izquierda mexicana son delgadas y están dispersas en la sociedad, y las pocas que pasan por el gobierno actual han sido esterilizadas y anuladas.

Mi ubicación al margen del espectro político y completamente fuera de la esfera gubernamental me ha proporcionado desde hace

muchos años una visión independiente. Ello me da ciertas ventajas en la tarea de hacer una anatomía del poder político y ayuda a que mis reflexiones puedan estimular la discusión. Creo que mi perspectiva, a pesar de su pesimismo, ofrece una crítica que puede animar a las corrientes más democráticas que están resistiendo las inclinaciones autoritarias que hoy nos amenazan.

Coyoacán, enero de 2021

PRIMERA PARTE

EL MISTERIO DE LAS ELECCIONES DE 2018

1. Conversación en Palacio

Me gustaría comenzar con una historia palaciega. Ya se sabe que en los palacios se esconden secretos y ocurren hechos reveladores. El palacio es el centro del poder y en México el presidente López Obrador desdeñó la casa en Los Pinos y decidió ir a vivir en Palacio Nacional. No es como vivir en el Eliseo de París o la Moncloa de Madrid, pero es suficientemente señorial como para albergar la enorme hambre de poder del presidente López Obrador. En los palacios, como se sabe, pululan los cortesanos en torno de los dignatarios, como los insectos alrededor de una lámpara. La historia que quiero contar tiene como actores al poderoso presidente y a uno de sus cortesanos. A López Obrador, al poco de llegar a su suntuosa residencia, se le ocurrió arreglar una nueva sala de juntas en Palacio Nacional, decorándola con fotografías y cuadros de los personajes que según él han sido olvidados por la historia a pesar de ser defensores del pueblo. La nueva sala se llama “Daniel Cabrera y los olvidados”, en honor del famoso director de *El Hijo del Ahuizote* y crítico feroz de la dictadura de Porfirio Díaz. Para inaugurarla el presidente invitó a uno de los intelectuales de su corte de aduladores, Enrique Semo, con quien recorrió la sala. Durante esta inauguración solamente asistieron el presidente, su esposa y el historiador invitado. Hay alguien que está grabando la escena en un

video que fue publicado en las redes por López Obrador el 28 de octubre de 2019. Lo que se ve en el video es una larga y tediosa conversación entre el presidente y su amigo, quienes van comentando las obras colgadas en las paredes. Cuento esta historia porque, sorpresivamente, después de media hora de conversación, al presidente se le ocurrió mencionarme burlonamente para contestar un reproche que el historiador se atrevió a hacerle sobre uno de los “olvidados” que faltaba en la galería. No es muy común ni frecuente que un presidente se mofe de un intelectual que lo ha criticado y, puedo asegurarlo con certeza, nunca antes me había ocurrido ser el objeto de escarnio de un personaje tan poderoso. En la sala de juntas todavía faltaban por llenar algunos huecos en las paredes. El presidente le dijo a Semo:

—Fíjate que quiero poner allí también a don Julio Scherer y a Pérez Gay…

El historiador, que se sentía dueño de la verdad y llamado a aprobar las decisiones del presidente, se inquietó:

—Bueno, Scherer, te apoyo cien por ciento. Si quieres poner a Pérez Gay, lee lo que su propio hermano escribió sobre él…

—No, no, no —le contestó el presidente—, pero no es lo mismo…

—Pérez Gay —afirmó, enfático, Semo— no era un hombre de izquierda…

—No, pero era un hombre con un nivel intelectual de primer orden y un hombre honesto. Y fíjate en una cosa, es como en el caso de Hugo Gutiérrez Vega. Chema y Hugo Gutiérrez Vega son los que definieron lo de Morena, lo de Movimiento Regeneración Nacional. Ya no tiene nada que ver, ya ahora somos gobierno. Pero es una gente muy honesta, muy cercana a nosotros, y es que él era al mismo tiempo amigo de otros intelectuales y políticos.

—Sí, el grupo del MAP…

—Y a pesar de eso, a pesar de eso, él opta, él decide apoyarnos.

—Completamente, y ellos se hacen a un lado. ¿Te acuerdas de aquellos intelectuales que estaban allí? Míralos ahora, oposición absoluta a ti… ¿Por qué no haces la reforma fiscal? [Risas]

Y aquí es donde López Obrador no se resistió a responder la acusación que le hizo el ideólogo de la corte de que está poniendo en la galería de los valientes olvidados a un intelectual de derecha:

—Oye, oye: tu compañero, maestros de *Historia y Sociedad*, de la gran revista que nos formó, tu compañero…

—Eh…

Semo se disponía a mencionar mi nombre, pues ese "compañero" en *Historia y Sociedad* era yo, en la época en que hacíamos la revista que elogia López Obrador. Era una revista que originalmente se publicaba con textos que enviaban traducidos desde Moscú los historiadores soviéticos latinoamericanistas. Ya muy pocos se acuerdan de ella. Lo que estaba diciendo el presidente es que yo me convertí en un hombre de derecha, pero que, a diferencia de Pérez Gay, que supuestamente también lo era, no apoyé su movimiento de regeneración. Semo estaba a punto de nombrarme, pero el presidente lo interrumpió y le ordenó:

—No, no lo digas…

—… no lo digo…

—Eran los dos directores de una gran revista, y se cansó de ser como era…

—… y se fue a ser intelectual de Estado…

En este punto López Obrador se dio cuenta de lo absurdo de la acusación de Semo, que en el Palacio y frente a su adorado y poderoso presidente, me calificaba como como "intelectual de Estado". El presidente lo corrigió:

—… intelectual del conservadurismo…

—… para poder tener todos los premios del mundo, ya tiene premios hasta acá [señala su coronilla y ambos ríen].

A esta conversación, que llegó a extremos ridículos, le faltaba la cereza del pastel, y se la puso el presidente:

—Está condecorado, más que Porfirio…

La conversación estaba adquiriendo un tono de sainete. Pero el historiador se puso serio y quiso explicarle al presidente qué clase de intelectual era yo:

—Es el de la idea de que el Partido de la Revolución Democrática (PRD) se uniera con el Partido Acción Nacional (PAN)

para luchar contra el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Él fue el de esa idea. Claro, él jamás actuó en política, pero la idea viene de él. Y le recomendó al PRD: únete con el PAN, quiten al PRI y comienza la democracia en México. Una democracia panista, y tú eras el populista, el peligro para México. Para eso le pagaban. En todas las elecciones, en las que hubo fraude, él salió a decir que no hubo…

—… fraude —completó la frase López Obrador—. Así los intelectuales del conservadurismo. Pero bueno, la democracia es pluralidad.

—Ya, ya, ya…

—Lo importante también, Enrique, es aprovechar el tiempo ahora y llevar a cabo los cambios que requiere el país, y hacerlo de manera pacífica, sin violencia, sin…

—… sangre…

—… sin sangre…

—… pero también hacer una revolución cultural. Si la gente no cambia su sentido común…

Aquí lo interrumpió el presidente para darle la vuelta al espinoso asunto de una revolución cultural que, como la que encabezó Mao Tse-tung, hizo correr mucha sangre. López Obrador desvió la conversación hacia el tema del Fondo de Cultura Económica, la editorial que ahora encabeza otro cortesano, que de joven fue militante maoísta y que acaso quiere, a su manera y desde la editorial, armar otra revolución cultural...

Yo no diría, por supuesto, que José María Pérez Gay fue un intelectual de derecha. Eso es un absurdo que sólo cabe en el cerebro de Enrique Semo. Ciertamente no era un marxista-leninista como lo éramos Semo y yo en la época en que hacíamos *Historia y Sociedad*. Formaba parte de una corriente intelectual de izquierda nacionalista que fundó el Movimiento de Acción Popular (MAP), un grupo que se fusionó con el Partido Comunista Mexicano (PCM) para formar el PSUM (Partido Socialista Unificado de México). Pero Semo, que dirigía una corriente dura, dogmática y obrerista en el PCM, siempre detestó a ese grupo, al que consideraba reformista. En ese grupo estaban intelectuales como Arnaldo Córdova, Carlos Pereyra

y José Woldenberg. Yo también me volví reformista y, como se decía peyorativamente, revisionista, lo que a los ojos de Semo fue una traición a los sagrados dogmas revolucionarios.

Un año después de esta conversación, el 26 de octubre de 2020, el diario *El Universal* publicó una entrevista que me hizo en torno de la libertad de expresión. A las pocas horas de salir el diario el presidente me contestó en su mañanera y volvió al tema que había abordado en la conversación en Palacio. Esta vez sí mencionó mi nombre, cuando un periodista le preguntó: “hoy en *El Universal* Roger Bartra señala que usted no debate, sino que insulta; además de que señala que tiene una actitud típica del populista. ¿Cuál sería su opinión sobre esto?”. El presidente contestó: “A Roger Bartra —porque es interesante, ofrezco disculpas porque voy a hablar de su biografía— lo conocí desde que yo estaba estudiando. No tengo amistad con él, pero sí sabía de él, porque era de los intelectuales de izquierda marxista más famosos; tenía con el maestro Enrique Semo una revista que se llamaba *Historia y Sociedad*, muy buena revista; estoy hablando de los años setenta, y era un hombre de izquierda; y de repente se cansó de ser como era y se pasó a la derecha. Ahora sí voy a ser cuidadoso en el manejo del lenguaje [...] Sí, lo cooptó, no puedo decir lo otro, lo más popular, lo cooptó *Letras Libres*, Krauze, y ya a partir de ahí se volvió defensor del conservadurismo; entonces lo entiendo, que no le guste cómo hablo ni lo que yo digo aquí. Pero era creo que hasta miembro del Partido Comunista, de los años setenta, y de repente ya está con Krauze y con todos estos intelectuales orgánicos; pero es libre, desde luego, y yo respeto a todos”.

Al final de esta mañanera el presidente se acordó de que algo podía haber quedado confuso: quiso aclarar que tanto Semo como mi primo Armando, que lleva mi apellido, seguían siendo fieles y leales a su gobierno: “Bueno, nada más un apunte, una posdata. Hablé del doctor Semo, Enrique Semo, con Roger Bartra, nada más que no se vaya a malinterpretar. El doctor Enrique Semo sigue siendo un hombre consecuente, Roger Bartra fue el que, con todo respeto, dio el viraje o se fue a militar al conservadurismo. Lo mismo, que no se vaya a malinterpretar, es Roger Bartra, no

Armando Bartra, porque Armando Bartra es un hombre, también un intelectual, muy consecuente; estamos hablando de Roger Bartra, que, de ser de izquierda, no sé si hasta militante del Partido Comunista, fue cooptado por Enrique Krauze… para ubicarnos. De todas maneras, Roger Bartra es libre y todos tenemos libertad para expresarnos y manifestarnos, nada más que, como se dice en la práctica parlamentaria, por alusiones personales le estoy replicando, nada más". Como no le es fácil manejar las ideas, López Obrador recurrió a la acusación *ad hominem* y al insulto, con lo que confirmaba lo que dije en la entrevista. Y ya que se trata de rememorar épocas pasadas, sólo quisiera recordar que, en aquella época, los años setenta, López Obrador era un entusiasta militante del PRI, el partido que lo empapó de la cultura autoritaria que todavía guía sus pasos.

Poco más de un año antes de la curiosa conversación en Palacio, en agosto de 2018, el director del diario donde yo publicaba periódicamente una columna, *Reforma*, me anunció que mi colaboración debía terminar por razones financieras. Acaso mis constantes y ácidas críticas a quien estaba a punto de ser presidente también fue el motivo de que se interrumpiera mi colaboración con ese diario, a pesar de que *Reforma* fue y sigue siendo un periódico profundamente detestado por López Obrador debido a su actitud crítica hacia el gobierno. En aquel momento tomé la decisión de escribir este libro, con mis reflexiones críticas al gobierno que estaba por iniciarse. Me propuse repensar las ideas que había estado divulgando en ese tiempo. ¿Estaba equivocado? ¿Había entendido bien las tendencias políticas? Decidí usar para el libro el título de uno de mis artículos en *Reforma*: "Regreso a la jaula". Con esa frase enunciaba sucintamente una de mis principales interpretaciones: que López Obrador representaba una tendencia que se proponía restaurar el viejo sistema político mexicano de los años sesenta y setenta. Que era un intento de regresar a aquella que yo había descrito y estudiado treinta años antes en mi libro *La jaula de la melancolía*.

Las palabras del presidente en la conversación en Palacio, que he transcrito, fueron un estímulo más que me incitó a preparar este

libro. Pensé que, si mis críticas despertaban tanto malestar, ello se debía a que de algún modo tocaban puntos sensibles y reveladores. Procederé en este libro a un ejercicio intelectual, comenzando por examinar mis propias interpretaciones del momento preelectoral de 2018 y las secuelas poselectorales tal como se reflejaron en los ensayos que escribí en aquella época. Transcribiré completos aquellos textos (aparecen en una letra más pequeña y sin cambios), para enseguida agregar mis comentarios, ya pasado el tiempo, y reflexionar sobre mis equivocaciones y mis aciertos. Desde luego, hago este ejercicio porque estoy convencido de que aquellos ensayos reflejan bien los tensos momentos de los que hablan.

Mi propósito será contestar una pregunta que no ha tenido, a mi parecer, una respuesta satisfactoria: ¿por qué ganó López Obrador? Hay en aquella coyuntura electoral un misterio que hay que develar. Las respuestas fáciles nos refieren a su extraordinario carisma y a su gran astucia política. Ciertamente, el dirigente populista es un personaje atractivo que despierta simpatías, pero acaso etiquetarlo como carismático o mesiánico no sea una explicación suficiente. Sin duda hay en él una habilidad ladina y taimada para desempeñarse, pero no creo que ello explique su triunfo. Creo que la explicación no radica en su personalidad, sino en las circunstancias que rodearon las elecciones de 2018. En las páginas que siguen, con ayuda de lo que escribí en aquella época, trataré de explicar la llegada del líder populista al poder.

2. Las grietas del desencanto

En enero de 2018 la revista *Nexos*, en la que yo había colaborado y de cuyo consejo editorial había formado parte celebró cuarenta años de existencia. Para conmemorar la fecha su director, Héctor Aguilar Camín, convocó a casi un centenar de autores para que en textos breves reflexionasen sobre el México que cada quien esperaba del futuro. El voluminoso número se tituló *México mañana*. Mi pequeño ensayo se refería al ambiente que se respiraba en aquellos tiempos previos a las elecciones presidenciales. Creo que refleja bien la zozobra y la frustración que se extendían en México:

> El mañana en México suele ser un lugar donde se guardan los fragmentos de los deseos que se estrellaron contra la realidad. Es el cementerio de los proyectos fallidos. De esas ruinas emana la melancolía que alguna vez sirvió para delinear el perfil de la identidad nacional pero que hoy es la expresión del desaliento que sufre un sector de las clases medias y buena parte de la intelectualidad. Este desencanto parece chocar frontalmente con el ánimo de la mayor parte de la población que, si hemos de creer en las encuestas, no vive sumida en las horas negras del pesimismo. Aún los sectores más pobres parecen librarse de estos sentimientos de derrota, aunque sin duda sufren intensamente los rigores de la miseria. Quienes más sufren el desencanto son los que se ilusionaron con la democracia entendida erróneamente como la sanadora casi automática de los grandes males que sufre el país. No han comprendido que la democracia no es un mecanismo de superación inmediata de la pobreza, el atraso y la corrupción. Estas desilusiones son muy conocidas

desde que Tocqueville en el siglo XIX descubrió asombrado la peculiar melancolía que en Estados Unidos se extendía ante el fracaso de la democracia por alcanzar la igualdad para todos.

Es una inquietante paradoja que muchos mexicanos, ante la cercanía de las elecciones de 2018, comprueben que es imposible vaticinar con certeza el desenlace político y al mismo tiempo estén convencidos de que la democracia no funciona en nuestro país. Durante decenios México vivió en la certidumbre de que en *todas* las elecciones ganaría el partido oficial que encarnaba el nacionalismo revolucionario y pretendía representar la auténtica identidad de los mexicanos. La única inseguridad política durante el antiguo régimen consistía en la niebla que rodeaba a los "tapados", los altos funcionarios que aspiraban a la presidencia y a las gubernaturas. Pero ese misterio interesaba solamente a una minoría. Cuando llegó la sana incertidumbre democrática, cundió la desilusión.

Hoy estamos en México ante la presencia de tres grandes configuraciones políticas que aspiran a la presidencia: el PRI que oscila entre lo antiguo y lo moderno, los partidos del Frente y el populismo de Morena. No es posible tener certeza del desenlace electoral. Todo dependerá de hacia dónde se decante el partido en el gobierno y de si cristaliza con éxito el nuevo Frente de oposición. La coyuntura política es muy interesante y reveladora. El momento político debería ser apasionante, pues está preñado de sorpresas. ¿Volverá a ganar el PRI? ¿Triunfará por fin López Obrador? ¿Vencerá el experimento del Frente?

Pero las pasiones dominantes parecen ser el mal humor, el resentimiento y la desilusión. Habría que explorar estos sentimientos y tratar de entender a qué se deben. Creo que en parte provienen de la extendida actitud antipolítica que menosprecia a los partidos, a la élite política y al sistema democrático. Esta actitud tiene diversos orígenes. Una fuente de desasosiego emana de los sindicatos que se enfrentan a la pérdida creciente de su influencia y a su marginación; este malestar también procede de las organizaciones populares que formaban la clientela incorporada al viejo sistema autoritario, como las que tenían su base en el campesinado, y que están retrocediendo y volviéndose superfluas. También es notable el desasosiego de grandes sectores de las clases medias ante la corrupción que corroe a las instituciones políticas, judiciales y policiales. La zozobra se expande como consecuencia de esa terrible putrefacción social que es el narcotráfico, con toda la extrema violencia que desencadena. Hay que agregar el malestar impulsado por los partidos y líderes políticos perdedores que no aceptan sus derrotas y que derraman su amargura en la sociedad.

Los ejemplos de los sentimientos de frustración son innumerables, desde los sindicatos de petroleros y maestros hasta los espectáculos sinestros de corrupción policiaca en Iguala y en tantos otros lugares. Se agregan los malhumorados políticos que no aceptan sus derrotas y con ello estimulan las actitudes antipolíticas que siembran en los votantes una gran desconfianza, una suspicacia que acaba dañando a sus propios instigadores. Hay que

sumar la presencia a veces iracunda y con frecuencia triste de las corrientes infrarrealistas, como las he llamado, que fluyen por debajo de la realidad, a veces por canales subterráneos, pero que en ocasiones hacen erupción en vigorosos brotes de descontento. Son corrientes de izquierda antisistémica como los militantes y simpatizantes del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) o de otros grupos con vocación guerrillera, que son muy sensibles a los extendidos males sociales y a la brutalidad de la policía. Reaccionan también contra la deriva priista de partidos de izquierda.

Así se van abriendo las extensas grietas del desencanto. De ellas surgen los aires enrarecidos de la sospecha y la duda. Las burocracias políticas tienen muchas dificultades para enfrentarse a estos humores que emanan de la descomposición de vastas porciones del gobierno y de las instituciones. Sin embargo, no todo el territorio político está contaminado por estos efluvios malolientes. Una gran parte de la población es ajena a esta zozobra debido a que tiene otras inquietudes. En muchos casos la preocupación por sobrevivir, por trabajar y por ascender socialmente predomina sobre los sentimientos de desengaño político, pues una masa social muy grande no está siquiera interesada en el funcionamiento del sistema político y poco le importan las elecciones. A veces nos olvidamos de que las inquietudes políticas están poco extendidas en México. Otros problemas son más agobiantes y para muchos la imagen del mañana no incluye la cara adusta o los discursos aburridos de los líderes políticos.

* * *

Creo que no comprendí bien la enorme fuerza que estaba adquiriendo el desencanto. Me parecía que, aun siendo muy amplio el desaliento, especialmente en los sectores intelectuales y en las clases medias, no llegaría a invadir masivamente a la ciudadanía. Detecté los síntomas de la desesperación, un sentimiento que avanzó imparable hasta empapar a una gran parte de la población. Tenía esperanzas de que la democracia, a pesar de ser muy tierna y poco sólida, podría resistir los humores melancólicos. Otro síntoma que detecté fugazmente llegó a tener una influencia enorme en los resultados electorales. Comprendí que todo dependería de hacia dónde se decantase el partido del gobierno. Pero apenas fue un atisbo: la inclinación de los sectores priistas y priizados sería determinante en el resultado electoral. No percibí bien que la melancolía volvía a ser el fuego frío y rencoroso que alentaba al populismo.

3. Sorpresas y rarezas

En las elecciones de 2018 cristalizó esa idea que, en la conversación en Palacio con el presidente, con toda razón se me atribuyó, pues desde hacía mucho que yo la defendía. Por fin se había logrado una alianza entre reformistas socialdemócratas y liberales centristas. Pero en esta ocasión la alianza no se organizó sólo contra el gobierno priista, sino también contra la encarnación del viejo nacionalismo revolucionario: el movimiento que se proponía regenerar al antiguo régimen. En mi columna para el diario *Reforma* titulada "Sorpresas y rarezas", del 12 de diciembre de 2017, describí la coyuntura política. En ese momento me equivoqué al augurar un futuro poco prometedor a la candidatura de López Obrador. Mi entusiasmo por la creación de un nuevo frente compuesto por el PAN, el PRD y el MC me hizo pensar que esta sorpresiva alianza podría frenar al populismo:

> Las próximas elecciones de 2018 han generado hasta ahora varias sorpresas. Una de ellas, la más notable y espectacular, es la formación de un Frente que agrupa a partidos de derecha y de izquierda. Otra sorpresa es que el PRI ha escogido como candidato a un tecnócrata que no milita en ese partido. Otra novedad menos sorpresiva es el giro hacia la derecha de Morena. El Frente, el PRI y Morena serán las tres principales opciones entre las cuales la ciudadanía podrá escoger en 2018. Otra sorpresa es que el EZLN, de vocación

simbólicamente guerrillera, haya decidido participar en un proceso electoral con una candidata indígena, Marichuy.

La mayor rareza es el Frente, que en cuanto fue anunciado produjo una ruptura en el PAN, el partido más fuerte de los tres que lo integran. Triunfó en este partido el ala liberal representada por Ricardo Anaya y en consecuencia un fragmento conservador y cercano al PRI, encabezado por Margarita Zavala, abandonó el partido. Ella se presentará como candidata independiente y le restará unos pocos votos al Frente, seguramente nada significativo debido a que el PRI postula a José Antonio Meade, un funcionario que fue parte del gabinete panista de Felipe Calderón, el esposo de Margarita Zavala. El candidato del PRI seguramente atraerá votos de este grupo de panistas disidentes.

El gobierno priista ha hecho todo lo posible por evitar que cristalice el Frente, creado por el PAN, el PRD y el MC, recurriendo a las peores artimañas para manipular a sectores supuestamente proclives a la corrupción alojados en los partidos del Frente, como hicieron en las recientes elecciones en el Estado de México. Estas maniobras priistas parecieran indicar que el candidato del Frente, Ricardo Anaya, es mucho más temido que el candidato de Morena. En las redes sociales y entre muchos comentaristas se ha desatado una campaña muy dura, de carácter personal y en ocasiones sucia contra el Frente, que es acusado de ser una conjunción contradictoria de posiciones políticas. En realidad, nada hay de extraño que se aproximen el liberalismo y el reformismo socialdemócrata.

En Morena podemos ver también un proceso curioso: su candidato, López Obrador, después de un largo proceso de lento aprendizaje de más de diez años, parece que ha comprendido que debe ablandar su dureza. Para ello, paradójicamente, ha derivado hacia el viejo autoritarismo priista, a la política nacionalista revolucionaria anterior al giro neoliberal encabezado por Salinas de Gortari. Con ello pretende ganar a sectores de la clase media que estaban asustados por su supuesto radicalismo. La restauración del viejo priismo, junto con las poco inteligentes ideas que con regularidad propone López Obrador, permite augurar un futuro poco prometedor a su candidatura. Su última ocurrencia ha sido la de una amnistía o perdón para los victimarios de las oleadas de narcoasesinatos a partir de un diálogo entre los homicidas y las familias de las decenas de miles de víctimas. Otras ideas absurdas e impracticables que recientemente ha propuesto se refieren a la dispersión de las dependencias del gobierno por todo el país y a la eliminación de exámenes de ingreso en las universidades.

Ahora observamos un extraño fenómeno: tanto el PRI como Morena se corren a la derecha, mientras que el PAN se mueve ligeramente hacia la izquierda. Tendremos que esperar a que estos desplazamientos se concreten en programas políticos. Meade está esbozando su ideario tecnocrático, que de momento parece muy gelatinoso.

Lo verdaderamente nuevo es el Frente, que busca un cambio de régimen y la eliminación de la herencia autoritaria priista. Se trata de un experimento

político audaz que ya se ha probado con éxito, notablemente en Veracruz. Hasta ahora ha anunciado su intención de impulsar un gobierno de coalición, un ingreso básico universal y de reorganizar las estructuras gubernamentales. Quiere impulsar una parlamentarización, crear un gabinete plural y convertir al secretario de gobernación en un jefe de gabinete perteneciente a un partido distinto al del presidente. Este Frente es un refugio para corrientes de la izquierda reformista que, ante la expansión del populismo, encuentran un respiro. Espero que su presencia en el Frente contribuya a que el PAN siga virando hacia posiciones modernas y liberales.

* * *

No me equivoqué al señalar que el PRI estaba dando un viraje para intentar liquidar al candidato del Frente. En este pequeño ensayo, escrito seis meses antes de las elecciones, ya advertí algo que sería decisivo: el gobierno de Peña Nieto había decidido que el candidato del Frente era mucho más peligroso para el PRI que el líder de Morena. Por ello el gobierno priista decidió hundir a Ricardo Anaya, algo que logró más adelante cuando la Procuraduría lo acusó de corrupción, una maniobra completamente sucia pero que dejó malherido al candidato del Frente. Esta acusación, después de las elecciones, fue desechada por absurda. Aquí estaba la clave de lo que, soterradamente, estaba ocurriendo: el gobierno priista fue abriendo las puertas para un triunfo de López Obrador. Todavía hoy desconocemos los detalles que fueron decidiendo a varios sectores del gobierno y del PRI a canalizar apoyo a Morena, con tal de evitar la llegada del candidato del Frente a la presidencia. Es algo que se fue cocinando en la penumbra de la política, en los gobiernos estatales, en los sindicatos y en los corredores de las secretarías de Estado. En esos momentos solamente circulaban sospechas de que los priistas estaban maquinando cosas extrañas.

En aquella época me parecieron ridículas muchas de las ocurrencias de López Obrador. Pero esos disparates se materializaron cuando llegó al gobierno, como su propuesta de amnistía o perdón para los narcotraficantes asesinos, que se convirtió en su política de “abrazos, no balazos”. Impulsó al comienzo la dispersión de dependencias del gobierno por todo el

territorio del país, pero tuvo que ser frenada por absurda, aunque no fue totalmente desechada. Tampoco pudo implementar la eliminación de exámenes de ingreso en las universidades públicas. Me equivoqué al pensar que el viraje de López Obrador hacia el priismo y hacia la derecha le auguraba un futuro poco prometedor. Por el contrario, ésa fue una de las claves de su éxito.

4. Libertad y trabajo

La alianza entre liberales y socialdemócratas en un frente unido debía concretarse en un programa. Observado desde la lejanía que nos separa de aquella campaña electoral, podemos ver que ese programa no llegó a concretarse de manera clara y creativa. En el tema político se llegó a una buena propuesta: la parlamentarización del sistema político. Se trataba de rebajar la fuerza del presidencialismo y consolidar la democratización del país. Pero esta propuesta, como es fácil comprender, no podía convertirse en algo masivamente atractivo para los ciudadanos. En materia de política económica, algo potencialmente más atractivo, era necesario encontrar propuestas que uniesen la defensa de la libertad con el avance en la igualdad socioeconómica. Más libertad y menos desigualdad era el objetivo. Para ello se impulsó la idea de un ingreso básico universal que describo en el artículo del 6 de febrero de 2018 en el diario *Reforma*.

> Aunque en México los líderes políticos no siempre facilitan la tarea, es importante analizar sus propuestas electorales y tratar de entender las inclinaciones ideológicas que las sustentan. Es cierto que domina la superficialidad, pero detrás de las nieblas de banalidad que empañan las campañas electorales se advierten reveladoras expresiones ideológicas. Meade, el candidato del PRI, muestra *una inclinación tecnocrática*

conservadora, tan gelatinosa e insípida que no llega a ocultar la tradicional corrupción del PRI. López Obrador, de Morena, ha presentado un proyecto de nación plagado de incoherencias, pero revela *una deriva derechista* que cada día es más evidente en su campaña, en sus alianzas y en sus ocurrencias. Un fenómeno extraño y novedoso es el *viraje hacia la izquierda* de Ricardo Anaya, del PAN, que se puede ver no solamente por su alianza con el PRD y el MC en un Frente, sino sobre todo por algunas de sus propuestas. No es previsible que Anaya rechace abiertamente las posiciones más conservadoras de su partido sobre el aborto o la familia. Pero su ofrecimiento de parlamentarizar el régimen político y, sobre todo, su apoyo a la implantación de un ingreso básico universal, revelan que en el Frente hay por lo menos un par de ideas inteligentes que vale la pena discutir.

Aquí me referiré al ingreso básico, una idea que ha sido poco estudiada en México. Quiero recordar que esta propuesta quedó inscrita en el proyecto de Constitución de la Ciudad de México, aunque fue eliminada por la resistencia del PAN y del PRI a aceptarla. En la redacción original el artículo noveno decía: "Toda persona desde su nacimiento tiene derecho a un ingreso básico universal y la ciudad garantizará su cumplimiento de manera progresiva". El texto finalmente aprobado sustituyó el "ingreso básico universal" por un vago mínimo vital sin mención alguna a su cumplimiento. Ahora el Frente ha rescatado la idea.

La propuesta de un ingreso básico parte de una noción de trabajo que choca frontalmente con las concepciones tradicionales. Se plantea que es necesario impulsar una nueva forma de libertad: *la libertad de no trabajar o de decidir libremente el tipo de trabajo que se desea*. Se trata de cuestionar el carácter sagrado del trabajo, santificado tanto por las tradiciones religiosas como por el liberalismo o el marxismo. Ya no se supone que el trabajo se asocia naturalmente a la libertad por su carácter moral o redentor. La propuesta puede parecer una locura. Pero en realidad es una antigua idea orientada esencialmente a eliminar la pobreza extrema y que se ha ido decantando hasta cristalizar en propuestas muy articuladas y razonables.

La propuesta central es que el Estado otorgue un pago básico a *todos*, se encuentren empleados o no, e independientemente de la edad, el estado civil y el ingreso. Este ingreso básico está pensado para proporcionar a *todos* un piso firme para sostenerse y para dar oportunidad a muchos de buscar empleos que los satisfagan aunque no sean muy bien pagados o incluso no ofrezcan pago alguno. La extensión de ese pago básico busca eliminar de raíz la pobreza extrema. El objetivo no es desmotivar las inclinaciones a trabajar, sino canalizarlas con libertad. Esta idea se ha aplicado parcial y a veces experimentalmente en Estados Unidos, Finlandia, la India, Brasil y otros lugares. Ha tenido en general éxito.

Desde luego el proyecto de un ingreso básico puede adaptarse a diferentes situaciones, aplicarse regionalmente o dirigirlo a las capas más pobres de la sociedad. Acaba de publicarse un excelente libro que explica con detalle las facetas de esta idea, escrito por dos politólogos belgas, Philippe

van Parijs y Yannick Vanderborght, titulado *Ingreso básico* (2017). Es una propuesta, sin duda, avanzada, que ha atravesado las fronteras ideológicas tradicionales y ha aparecido en terrenos de la derecha y de la izquierda. La han abrazado liberales y socialistas. No se trata de desmantelar los resortes del Estado de bienestar y de la seguridad social, sino de rearticularlos. El problema real al que se enfrenta la idea radica en su financiamiento. Es incosteable hoy a escala nacional incluso en los países ricos, pero es aplicable gradualmente y a escalas limitadas. La propuesta es muy compleja y seguramente se ramificará por diferentes caminos. Y es una idea muy creativa.

* * *

Ante las ideas vagas del candidato del PRI y los embrollos que proponía Morena, sin duda la propuesta de un ingreso básico universal era la alternativa más interesante y progresista. Creo que un ingreso básico sería muy útil hoy, ante los estragos provocados por el coronavirus. Pero era una idea demasiado complicada para explicar y requería de un proceso de implementación muy difícil y por etapas. En contraste, las incoherencias del proyecto de López Obrador revelaban una creciente inclinación hacia la derecha. Pero ofrecía algunas propuestas muy tangibles y concretas, como el tren turístico maya, la construcción de refinerías nuevas, no subir los impuestos a nadie, la eliminación de la corrupción, las millones de becas a jóvenes para trabajar en el sector privado, la clausura de la construcción del nuevo aeropuerto en Texcoco y los drásticos recortes en el gasto para alcanzar una “austeridad republicana”.

Más nebulosas, aunque atractivas, eran sus promesas de eliminar la corrupción, de lograr la autosuficiencia alimentaria, de bajar la violencia homicida gracias a la política de perdonar a delincuentes y de establecer una democracia directa. En su conjunto, se trataba de un enredo incoherente pero claramente orientado a la derecha. Muy pronto los empresarios comenzaron a intuir que el proyecto de López Obrador no pecaba por su radicalismo de izquierda, sino por su ineficacia: además, tenía un carácter confusamente reaccionario, más inquietante por sus incongruencias y embrollos que por su extremismo. Su supuesta

dimensión izquierdista no era más que una inclinación hacia el populismo, que se podría traducir en alguna forma de dádivas disfrazadas de becas, apoyos o créditos. La retórica antineoliberal dejó de espantar a muchos y las televisoras privadas cambiaron su actitud hacia el líder populista.

5. ¿Dónde está la izquierda?

Ante la evidente derechización de Morena y la fuerza que tenía la derecha en el Frente, nos enfrentábamos a la posibilidad de que la izquierda estuviese en franco proceso de extinción. El 6 de marzo de 2018 publiqué un artículo en *Reforma* que trataba de responder a esa pregunta:

> Muchos se preguntan si ha desaparecido la izquierda en México. Me parece que la izquierda mexicana ha quedado sepultada bajo el peso de sus torpezas y sus incoherencias. Podemos no obstante descubrir sus restos en tres espacios políticos: en el PRD, su lugar tradicional; en los intersticios de Morena; y en las franjas infrarrealistas. La izquierda con una vocación reformista y socialdemócrata sobrevive con dificultad en el PRD y se ha adherido a un Frente con el poderoso partido de la derecha democrática, el PAN. Todavía es pronto para comprobar si estos sectores reformistas logran filtrar propuestas de izquierda en el programa del Frente y de su candidato presidencial, Ricardo Anaya. Hay el peligro de que la alianza con el PAN y Movimiento Ciudadano (MC) se reduzca a una operación de salvamento burocrático de un partido herido por las escisiones. El PRD está compuesto de tribus enfrentadas; algunas de ellas son poco más que grupos oportunistas con poca sustancia política. Sin embargo, en el laberinto de sus querellas internas se alcanzan a percibir los destellos de una izquierda moderna.
>
> Otro sector de la izquierda ha quedado aplastado por el abrumador conservadurismo de López Obrador. Desde hace años he explicado que este líder populista es un conservador que no tiene nada de izquierda. Y hoy se ha vuelto francamente reaccionario. En su partido ya casi no se perciben los

signos vitales de la izquierda. Predomina allí un espíritu restaurador que sueña con volver al priismo de los años sesenta y setenta. El programa lo dicta el empresario Alfonso Romo, un multimillonario oportunista. En 2009, en un artículo donde me preguntaba si la izquierda estaba en peligro de extinción, escribí lo siguiente: “López Obrador fabricó una mezcla incongruente que acabó en un coctel fatal que le estalló en las manos. Presentó un programa que difícilmente podía ser considerado de izquierda, pero lo hizo con una actitud muy ruda. La combinación de blandura y dureza —de mansedumbre y terquedad— fue catastrófica. Ideas blandas en una cabeza dura no podían dar un buen resultado”. Este ensayo se publica ahora en mi nuevo libro, *La democracia fragmentada*, que sale bajo el sello Debolsillo de Penguin Random House (p. 21).

Las ruinas de la izquierda mexicana pueden ser excavadas también en las ramificadas y heterogéneas corrientes infrarrealistas, un conjunto de expresiones ideológicas que incluyen al EZLN, a los estudiantes de Ayotzinapa y a una infinidad de grupos ultraizquierdistas que pululan en el subsuelo de la política. Los indígenas neozapatistas que decidieron participar en las elecciones no han logrado el registro de María de Jesús Patricio, Marichuy, su candidata presidencial. Llama la atención el escaso apoyo que recibió la líder indígena.

La mayor parte de la izquierda se encuentra dispersa en la sociedad, al margen de los partidos y de los grupos políticos. Es una numerosa masa de votantes que se enfrenta a la confusión, perpleja ante la dificultad de encontrar opciones atractivas. El panorama electoral se encuentra inundado por el priismo nacionalista dividido en dos expresiones: su versión tecnocrática y su variante restauradora. La primera se presenta como moderna, pero arrastra el inmenso peso del aparato corrupto y autoritario del PRI. La segunda expresión ha cuajado en la deriva populista conservadora y reaccionaria de Morena. Esta situación recuerda la influencia avasalladora que ha tenido esa enfermedad política que es el peronismo en Argentina, que ha aparecido en diversas versiones y ha contaminado profundamente el escenario político. Al igual que en México, es difícil encontrar en Argentina huellas de la izquierda.

El priismo parece una enfermedad ocasionada por las peligrosas mutaciones estacionales del viejo virus nacionalista revolucionario. La izquierda dispersa en la sociedad deberá resignarse a decidir entre contagiarse una vez más de este virus o bien optar por la alternativa con tintes liberales, democráticos y reformistas que espero cristalice en el Frente que encabezan el PAN, el PRD y MC. El éxito de esta alianza se puede medir por el uso ilegal y abusivo del aparato de Estado contra su candidato: evidentemente Ricardo Anaya es visto como el principal enemigo del nacionalismo autoritario priista, que ahora encarna también en Morena.

* * *

Si Morena y López Obrador representaban al populismo reaccionario, ante el proceso electoral de 2018 era importante preguntarse dónde diablos se había metido la izquierda. Desde 2006 yo había advertido que el dirigente populista era un lastre para la izquierda. En 2018 el lastre se había vuelto tan pesado que había casi ahogado a la izquierda; y lo había hecho ¡en nombre de la propia izquierda!

La izquierda sucumbió a un síndrome desastroso: la lenta sustitución de las ideas por los sentimientos o las pasiones. Durante mucho tiempo la izquierda fue en México la principal generadora de ideas y la corriente que con más fuerza intentaba interpretar al mundo. La izquierda era marginal políticamente hablando, pero ocupó un papel muy importante en la gestación de nuevas ideas. La izquierda provocaba grandes discusiones. Podemos recordar las polémicas que emprendieron intelectuales y escritores de diversas corrientes, casi todas en la izquierda del espectro político, sobre la historia mexicana, la democracia, la identidad nacional, la estructura de clases, la anatomía de la cultura, los llamados “grandes problemas nacionales”, el socialismo, las revoluciones rusa, china o cubana y muchos temas más. Pensadores y escritores estaban inmersos en debates y reflexiones, desde Octavio Paz y Carlos Fuentes hasta Luis Villoro, Carlos Pereyra, Arnaldo Córdova y Carlos Monsiváis, para citar sólo a unos pocos de los muchos intelectuales de izquierda que se enfrascaron en discusiones. Pero en 2018 la izquierda había abandonado las ideas y exaltaba las emociones, una especie de actitud romántica. A fin de cuentas, el romanticismo, entre otras muchas cosas, fue una reacción contra la racionalidad capitalista y la modernidad.

Las cosas se habían invertido: quienes se postulaban en nombre de la izquierda —los populistas— eran políticamente muy fuertes, pero carecían de la capacidad de generar nuevas ideas y debates.

6. Números y mutaciones

La coyuntura electoral de 2018 encerraba un misterio. Las encuestas señalaban que el líder populista había acumulado una enorme cantidad de intenciones de voto. ¿De dónde había surgido esa masa electoral? Ese misterio no se ha disipado todavía, pues no han sido bien exploradas las circunstancias políticas de aquella época. Yo tengo al respecto algunas explicaciones, que propondré más adelante. Muchos de los flujos subterráneos y ocultos de la votación ocurrieron gracias a pactos y acuerdos desconocidos, aunque se sospecha su existencia. En mi artículo para *Reforma* del 3 de abril quise explicar las mutaciones que estaban ocurriendo, y para ello hice algunos cálculos elementales a partir de las encuestas y los datos de elecciones previas. El triunfo del populismo que se veía venir indicaba una gran expansión del descontento y la desesperación. Creo que con toda razón sospeché que las elecciones marcarían el momento en el que a México se lo llevaría la chingada:

> Podemos suponer que en las próximas elecciones presidenciales votarán unos 55 millones de ciudadanos mexicanos (un 63% del listado nominal). Esto significa que para que gane un candidato la presidencia necesitará obtener más de 18 millones de votos, es decir, un tercio del electorado. Como las encuestas no son muy confiables, quiero pensar los posibles resultados de las

elecciones del próximo 1 de julio a partir de los datos duros de las elecciones federales de hace tres años. Por no ser presidenciales, en las elecciones de 2015 sólo votó el 47% de la lista nominal de ciudadanos inscritos. El PRI junto con sus aliados consiguió más de 15 millones y medio de votos, de manera que le faltarían 2 millones y medio para acercarse al triunfo. Pero hoy es un partido en franco declive y con un candidato muy débil, José Antonio Meade, de manera que no parece muy probable que logre ganar.

Los tres partidos que hoy están coaligados en el Frente que propone a Ricardo Anaya también obtuvieron en 2015 unos 15 millones y medio de votos. Habrá que restar los votos que pierda el PAN a causa de la escisión del grupo calderonista encabezado por la candidata independiente Margarita Zavala y los votos que haya perdido el PRD por las pequeñas fracciones que lo han abandonado recientemente.

Los tres partidos que hoy impulsan a López Obrador consiguieron en 2015 unos 5.7 millones de votos. Ello quiere decir que su candidato tendrá que conseguir más de 12 millones de votos adicionales a los que obtuvieron hace tres años los partidos que lo apoyan ahora. Parece una cifra difícil de alcanzar aun tomando en cuenta el carisma, ya marchito, del candidato. Habrá quienes recuerden que hace seis años este mismo candidato obtuvo cerca de 16 millones de votos. Pero contó entonces con el apoyo de un PRD todavía unido; y no obstante, perdió ante Peña Nieto, quien obtuvo más de 19 millones de votos.

Aunque no ha arrancado plenamente aún la poderosa maquinaria electoral del PRI, que seguramente elevará el apoyo que hoy le auguran las encuestas, una gran parte del apoyo que necesitan Ricardo Anaya y López Obrador deberá proceder de la derrama de votos que no logre atraer esa maquinaria. Y otra parte de los apoyos tendrá que venir de los jóvenes que votan por primera vez y que podrían ser cerca de tres millones.

Si hemos de creer en las encuestas (me baso en oraculus.mx), hoy López Obrador habría alcanzado unos 22 millones de votos, Ricardo Anaya cerca de 14 millones y José Antonio Meade unos 13 millones. ¿Es creíble que el candidato de Morena obtenga hoy 16 millones de votos más que los que obtuvieron hace tres años los partidos que lo apoyan y más de 6 millones que en 2012? ¿Se percibe en la ciudadanía mexicana una gran mutación de ese calibre? ¿Es posible que López Obrador, desde que reinició su campaña inmediatamente después de perder en 2012 haya atraído en promedio a un millón de nuevos apoyos cada año? Yo tengo mis dudas.

Que pierda el PRI es algo que está en la lógica política de lo que ha ocurrido durante el sexenio de Peña Nieto. Que gane el PAN con sus aliados también forma parte de la lógica electoral de los últimos tiempos, cuando han ganado varias gubernaturas. Un triunfo de Morena es lógico si efectivamente ha cundido la desesperación y una gran mayoría de ciudadanos se encuentra sumida en un descontento profundo y amargo. ¿Hay una gran masa hundida en un estado de ánimo tan negro que se dispondría a votar por una alternativa incongruente, boba y reaccionaria? Ciertamente, hay señales de extrañas

mutaciones. Por ejemplo, en muchos domina una lógica perversa que sostiene que es imposible que a México le vaya peor y que estamos tan jodidos que vale la pena arriesgarse a dar un salto hacia promesas populistas con un arcaico tufo nacionalista.

¿Realmente es imposible que nos vaya peor? Basta un vistazo a la historia de varios países latinoamericanos para ubicar momentos en que se hundieron en crisis horribles. Después de las catástrofes sólo le quedaba a la gente preguntarse, como en la novela de Mario Vargas Llosa, ¿en qué momento se jodió el país? Las elecciones de este año podrían ser uno de esos momentos aciagos… Los perfiles ideológicos se han desdibujado y en su lugar predomina una lucha de la inteligencia contra la estupidez.

* * *

La realidad superó con creces mis temores. López Obrador no obtuvo los 22 millones de votos que yo supuse: ¡obtuvo 30 millones! El desplome electoral del PRI fue espectacular, pues no alcanzó siquiera los 10 millones de votos. Ricardo Anaya no llegó a recoger los más de 15 millones de votos que los partidos que integraban el Frente habían obtenido tres años antes. Había ocurrido algo que no era fácil de explicar. Los resultados de las elecciones no hicieron más que ampliar el tamaño del misterio. ¿Cómo explicar que el candidato de un partido (Morena) que tres años antes había obtenido en las elecciones intermedias menos de 6 millones de votos ahora lograra 30 millones?

7. Entre la sensatez y la rabia

El misterio que rodea el triunfo de López Obrador era en 2018 y sigue siendo hoy muy difícil de comprender. Algo había cambiado en los humores políticos de los mexicanos, en las alianzas soterradas, en las decisiones de los sindicatos, en las inclinaciones de los gobernadores y en las entrañas del gobierno. Los cambios en el humor de la ciudadanía era algo que se podía detectar fácilmente, pero no era sencillo determinar sus motivaciones y su extensión. El ensayo que escribí el 1 de mayo revelaba más los deseos de un sector de la intelectualidad reformista, de la que yo formaba parte, que a la situación en que vivía una porción inmensa de la población. Los intelectuales con frecuencia se debaten entre extremos: sobrevaloran la inteligencia de los ciudadanos o desprecian a la masa popular por su ignorancia y falta de luces. Ninguno de los extremos nos sirve para entender las coyunturas electorales. En la vida real se mezclan, a veces de manera insólita, la inteligencia y la estupidez de los electores. En 2018 yo no podía creer que hubiese una masa tan grande de electores que escogiese la opción menos inteligente. Por eso creía, equivocadamente, que el triunfo de López Obrador era difícil, aunque reconocía que era posible. La llegada de Trump a la presidencia del país vecino indicaba que un personaje poco inteligente podía ganar. Desde luego no fue la estupidez de

gran parte de los electores en Estados Unidos lo que motivó que Trump ganara. En la sociedad estadounidense había profundas tendencias y tradiciones que ayudaban a entender el desenlace electoral. Sin embargo, me parece que la llegada de Trump al poder encierra misterios que no han sido aun totalmente develados. Algo similar ocurre con el hecho de que el dirigente populista llegara en México al gobierno.

Los debates entre los candidatos durante la campaña electoral no siempre contienen las claves que ayudan a entender la circunstancias en que se produce la confrontación. El papel de López Obrador en los debates fue lamentable, y muchos de sus partidarios lo notaron. Por eso comenzaron a anunciar que habría fraude, como en las anteriores elecciones, pues temían que volviese a perder.

> El primer debate de los candidatos a la presidencia ha dejado en el escenario electoral dos alternativas opuestas: Ricardo Anaya y López Obrador. El candidato del PRI ha quedado claramente en un tercer plano. Me propongo hacer aquí un pequeño ejercicio de imaginación política, sin duda temerario, a partir de las encuestas, trabajando a partir de los resultados brutos como materia prima, o sea con lo que realmente contestan los ciudadanos encuestados, y no con los llamados resultados “efectivos”, que son el fruto de una corrección que borra a la franja de los que aún no han decidido y a los que por algún motivo no contestaron.
>
> La coyuntura electoral en este momento, a partir de las encuestas, se puede esbozar esquemáticamente de la siguiente manera. La opción encabezada por López Obrador tiene aproximadamente un tercio del electorado que ya ha definido su voto. Ricardo Anaya recibe alrededor de una cuarta parte de las intenciones de voto. Hay poco más de la quinta parte que reúne los votos por Meade y los candidatos independientes. Queda un resto de cerca del 20 por ciento que no contesta, no sabe o todavía no decide. Si estos últimos repartiesen su voto en las mismas proporciones en que se distribuye la mayoría que ya ha decidido, podría ganar López Obrador.
>
> Sin embargo, si analizamos las cosas con cuidado veremos que hay una amplia franja de ciudadanos que todavía no deciden o que probablemente cambien su intención de voto. Después del debate y faltando casi dos meses de campaña, muchos votantes comienzan a evaluar la utilidad de su voto. ¿Cuántos votantes abandonarán su afinidad por Morena al ver el lamentable comportamiento de su candidato? ¿Ciudadanos de inclinación panista votarán por Margarita Zavala contribuyendo con ello al avance de López Obrador? ¿Cómo se distribuirán los votos de los hoy indecisos? ¿Cuántos votantes

desilusionados del PRI se desbandarán, apoyando a los dos candidatos punteros? ¿Cómo y hacia dónde inducirán el voto los sindicatos, los grupos políticos marginados y los gobernadores? La situación después del primer debate ha hecho ver que el triunfo de López Obrador es posible pero muy difícil. Por ello los seguidores de López Obrador han comenzado a anunciar que habrá fraude, para deslegitimar las elecciones en caso de que pierdan. Pero la lucha por estimular el voto útil, que practican todos los partidos, no es fraudulenta: es parte de la competencia democrática.

López Obrador, desde su populismo conservador, dio un viraje más a la derecha, quedó atascado en la brusca maniobra y parece incapaz de generar nuevas ideas. Está atorado y no quiere moverse mucho para no perder el primer lugar que le asignan las encuestas. Por su lado, Ricardo Anaya inició un desplazamiento hacia la izquierda con el fin de ubicarse en el centro. El viraje hasta ahora es incompleto y le falta un programa de reformas para combatir la desigualdad y la pobreza que lo defina como un político liberal no atado al conservadurismo tradicional del PAN.

En Morena están encendidas las luces rojas de alarma para evitar que su candidato siga cometiendo esos típicos errores que lo han hundido en el pasado. Pero la constante huida, su ambigüedad y el miedo a la confrontación de ideas están dando malos resultados, a juzgar por el primer debate. Ricardo Anaya es un crítico agudo e inteligente que en el debate dejó malparados a sus adversarios. Ahora le falta atraer a muchos ciudadanos a un proyecto creativo y novedoso.

Para imaginar el posible desenlace es útil pensar en los sentimientos que predominarán en la franja indecisa, mudable y voluble. Si imperan en ella la desesperación y la rabia que se ha apoderado de una gran parte de los que se inclinan por el populismo, seguramente ganará Morena. Pero si dominan allí la sensatez y la prudencia, el candidato del Frente triunfará.

Ganará el populismo si el enojo social ha propagado la nostalgia por el nacionalismo revolucionario y si no se comprende que el intento de restaurar el antiguo régimen puede resultar catastrófico. No hay que confundir con moderación las incongruencias de un candidato que navega desorientado por un mundo que no entiende. Yo espero que la desesperación no lleve a confundir el cambio con un salto hacia atrás.

* * *

La amenaza que significaba López Obrador era clara: quería dar un salto hacia atrás, para llegar a los bellos tiempos de un pasado imaginario. Evidentemente, un retorno al México de los años sesenta y setenta era algo imposible, pero del intento de

restauración podía surgir un extraño esperpento, un adefesio político. Eso es exactamente lo que sucedió.

8. Regreso a la jaula

Cuando faltaba apenas un mes para las elecciones escribí un artículo muy duro analizando las inclinaciones políticas del que sería el futuro presidente de México. Ya era evidente que el populismo llegaría al poder y comprendí que aquello que había criticado durante toda mi vida, que la transición democrática parecía haber dejado atrás, estaba por regresar. Mis críticas al sistema autoritario habían desembocado en un libro que anunciaba el final de una época, *La jaula de la melancolía*. Ahora México parecía estar enfrentado a un pujante intento de regresar a la vieja jaula del autoritarismo. La añoranza por un pasado glorioso parecía ser un poderoso sentimiento que se extendía entre los ciudadanos. Era comprensible que la parte más empapada de priismo de la ciudadanía aspirase a un retorno al viejo autoritarismo, pues creía que la modernidad auspiciada por el llamado neoliberalismo, de Salinas de Gortari a Peña Nieto, no satisfacía sus anhelos. La frustración se expandía con fuerza y la nueva democracia era vista por muchos con desprecio, pues era la causa de que el pasado añorado se hubiese alejado. No se percibía que esa época de oro soñada era en realidad un espejismo en medio de la penosa travesía por el desierto capitalista de la modernidad democrática. La

transición era demasiado árida y no se veían por ningún lado los frutos prometidos.

Pero se percibía un fenómeno alarmante: el tedio. La democracia comenzó a parecerles aburrida a muchos. La esperanza no suele ser la que anuncia cambios; lo hacen más el tedio y la frivolidad. Ya lo había advertido Hegel en su *Fenomenología del espíritu*, donde se refiere al hastío y a la indiferencia que conlleva la falta de cumplimiento de lo prometido, la fastidiosa espera siempre renovada de que algo cambie. Estos síntomas son especialmente visibles en la intelectualidad que, como decía Hegel, se harta de la informe repetición de lo uno y lo mismo, repetición que adquiere la tediosa apariencia de la diversidad. El artículo titulado “Regreso a la jaula” se publicó en *Reforma* el 29 de mayo:

> Me temo que la ciudadanía que quiere regresar a la jaula de la melancolía nacionalista es más numerosa de lo que yo había pensado o deseado. Ello podría abrirle la puerta al populismo en las próximas elecciones. Los mexicanos que aprecian poco la democracia suelen aspirar a la regeneración de una patria mítica perdida. Es el retorno del axolote, incapaz de evolucionar, de escapar de su estado larvario, pasmado y concentrado en la regeneración de sí mismo. Describí esta condición propia del autoritarismo y del atraso mexicanos en mi libro *La jaula de la melancolía*.
>
> El axolote es famoso entre los biólogos por su extraordinaria capacidad de regeneración: no sólo regenera la pata cortada o la cola perdida, sino también porciones dañadas del cerebro o el corazón. Por ello, los científicos han buscado explicar el secreto de su enorme capacidad regenerativa. Se ha logrado secuenciar el genoma completo del axolote y se ha descubierto que carece del gen PAX3, pero sus funciones regenerativas han hallado relevo en otro gen, el PAX7. La medicina espera encontrar allí claves para estimular en los humanos la regeneración de órganos dañados.
>
> Pero en política la regeneración es un anhelo conservador que imagina a un pueblo que soporta los males de la modernidad porque cree que puede retornar a la edad de oro. Se trata del edén subvertido por la mafia del poder. El retorno del axolote representa la terquedad por volver a un progreso castrado por el atraso, a un pasado donde supuestamente el pueblo vive feliz estancado en la metamorfosis frustrada. Se trata de la restauración del nacionalismo revolucionario priista, ese viejo enemigo de la democracia. Hoy ya muchos entienden que el radicalismo de Obrador consiste en un salto al pasado y que estamos ante una reacción populista conservadora. Su viraje hacia la vieja derecha priista puede regenerar el autoritarismo.

Este viraje a la derecha está atrayendo a algunos sectores empresariales que añoran la protección del gobierno y que se mueven mal en los ambientes globalizados de la economía. Para entender la gran seducción que ejerce el populismo hay que examinar también la extraña atracción que sufren los medios masivos de comunicación y las redes sociales por las noticias purulentas y amarillas que emanan del discurso lleno de necedades y baratijas del candidato del movimiento regenerador. Es un fenómeno que hemos visto en los casos de Berlusconi y Trump. Por ello resulta que la inteligencia de un líder como Ricardo Anaya es vista como un fenómeno frío e insustancial aplastado por la simpleza del tartamudeo retórico y mental de Obrador, debido a que supuestamente hay en este último un calor emocional seductor.

La atracción por el populismo proviene no sólo de la melancolía por un pasado dorado, sino además por el tedio que algunos sufren debido a la grisura de la política mexicana. Hay sectores de la clase media (y muchos intelectuales) que, aburridos por el entorno, prefieren optar por el camino que parece conducir a un proceso accidentado y lleno de sobresaltos, pero divertido y truculento. El tedio y la melancolía suelen ser emociones paralelas estrechamente ligadas que en política suelen ocasionar desenlaces malignos.

Habría que agregar la fascinación que provoca algo poco explorado: el lavado de ideas sucias y llenas de polvo típicas del viejo autoritarismo priista para convertirlas en nociones que tienen una nueva apariencia. Hay ideas que el tiempo ha corrompido pero que pueden ser lavadas y blanqueadas con el objeto de ponerlas de nuevo en circulación. Muchos viejos votantes priistas pueden quedar narcotizados por esta curiosa alquimia política. Obrador terminó su lamentable participación en el segundo debate con una de estas viejas ideas recién lavadas: “Tenemos todo lo que se necesita —afirmó— para que México se convierta en una potencia económica y sea la capital del mundo por la impartición de justicia”. ¿Barriendo la escalera desde arriba y tirando la basura sobre los que están abajo abandonaremos el atraso y seremos una gran potencia moral y productiva? En realidad volveríamos a un estancamiento estimulado por la regeneración del viejo nacionalismo autoritario. Estamos ante la amenaza de quedar de nuevo atrapados en la jaula. Espero que no sea así.

* * *

Hoy parece una broma amarga la afirmación de López Obrador, según la cual México tenía todo lo necesario para convertirse en una potencia económica y ser la capital del mundo por la impartición de justicia. La política económica que anunció permitía augurar el desastre que nos esperaba, que ya despuntaba antes de que la

pandemia del coronavirus afectase a todo el mundo y acabase de destrozar la economía mexicana. Y la justicia sigue siendo tan precaria o más que hace dos años, con porcentajes altísimos de impunidad ante tasas muy elevadas de homicidio. Quienes vivían en el aburrimiento no podrán quejarse: hoy se vive en el sobresalto cotidiano, lleno de sorpresas por las malas noticias que llueven sobre el país. Creo que la mala deriva generada por el populismo era perfectamente previsible, y yo no fui el único en advertir la calamidad que se avecinaba. Lo que no había previsto era el giro irresponsable e insensato del priismo y del gobierno de Peña Nieto que auspició la llegada del populismo con un apoyo electoral enorme. Éste fue un giro con visos suicidas que, por ello mismo, no era fácil de suponer que sucedería.

9. Efectos perversos

El giro priista que le abrió paso al populismo fue un efecto perverso de la decisión del PAN de unirse en un frente con partidos de izquierda. Este reacomodo de fuerzas provocó lo que describí en un artículo que publiqué en *Reforma* el 26 de junio, cinco días antes de las elecciones:

> La coyuntura política que estamos viviendo ante las elecciones del 1 de julio se puede entender mejor si observamos los efectos perversos que han aparecido como consecuencia de decisiones tomadas en los partidos políticos. Un efecto perverso, en sociología, es el resultado inesperado y perjudicial de decisiones que buscaban otros fines. Cuando el PAN decidió ir a un frente con partidos de izquierda, para elevar su competitividad, quedó descartado el grupo calderonista con inclinaciones priistas. Con esta decisión se derrumbaron las expectativas del PRI, que veía buenas posibilidades de ganar las elecciones frente a una candidata muy débil como Margarita Zavala, y ante el candidato populista, Obrador, aparentemente desgastado por años de fracasos. La candidatura de Ricardo Anaya, que se movió hacia el centro, rompió en pedazos las esperanzas priistas y con ello despertó la ira del presidente Peña Nieto, que no le perdonó al líder del Frente que quisiera repetir lo que había logrado en Veracruz: derrotar al PRI. A partir de ese momento el principal enemigo del PRI fue el Frente encabezado por Anaya, quien fue el blanco de corruptas maniobras gubernamentales para liquidarlo. Y, ciertamente, quedó dañada la candidatura del Frente, aunque por un efecto perverso los votos no se los llevó Meade, sino Obrador. Las televisoras contribuyeron a este efecto.

Al mismo tiempo, Obrador dio un fuerte viraje a la derecha con la intención de atraer a votantes priistas y a la clase media. Este cambio atrajo a sectores sindicales y empresariales que se sentían discriminados por el gobierno priista. El propio Obrador ha reconocido que el enfrentamiento entre panistas y priistas le ha ayudado, y ha asegurado que terminará aplaudiéndoles porque le abrieron el paso. Es así como se fortaleció el proceso de restauración del nacionalismo revolucionario y de regeneración del autoritarismo. El populismo se enfrentó al priismo con métodos homeopáticos: más de lo mismo, pero en su versión primitiva.

Si gana Obrador la presidencia, como parecen indicar las encuestas, es posible que se abra la puerta a más efectos perversos. Dado el bajo calibre intelectual del líder populista y de su gabinete, y tomando en consideración la ristra de propuestas insensatas de su programa, es posible que —junto con el intento de restauración— las buenas intenciones desembarquen en un estancamiento lleno de incongruencias. ¿Qué sucederá cuando se vea que la corrupción no se detiene, que la violencia desencadenada por el crimen organizado no desciende, que la autosuficiencia alimentaria y energética es una quimera, que la desigualdad no se acaba? Es posible que ello ocurra, pues es evidente que la corrupción también está en las propias filas de Morena, que la amnistía pensada para abatir la violencia es un espejismo, que la pobreza no se liquida si no hay desarrollo económico. La resurrección del viejo esquema priista significa fortalecer todo aquello que era parte sustancial del antiguo régimen autoritario: corrupción, violencia, ineficiencia.

El retorno del nacionalismo revolucionario populista ha sido alentado por el propio gobierno priista de Peña Nieto y por las corrientes priistas del PAN. Absurdamente, les ha parecido una amenaza peligrosa el surgimiento de un liberalismo panista aliado a fuerzas reformistas de la izquierda. Hay aquí una curiosa versión de la parábola bíblica del retorno del hijo pródigo (Lucas 15:1132). El líder populista, después de malgastar su herencia priista, regresa a su origen político para disfrutar del festín electoral de bienvenida. Como el hijo pródigo, retorna al seno familiar del nacionalismo revolucionario después de haber pasado unos años pecaminosos arrejuntado con la izquierda. Se regenera su fidelidad originaria y atrae los votos de priistas.

Si queremos evitar más efectos perversos, lo sensato sería no votar ni por el priismo tecnocrático ni por el priismo regenerado.

* * *

En aquellos momentos ya se había disipado en cierta medida el misterio de la gran afluencia de apoyos a López Obrador. El gobierno priista le había abierto la puerta a su hijo pródigo, como expliqué con ironía en mi ensayo. Este hecho iba siendo cada vez

más reconocido. Varios priistas, en conversaciones privadas, reconocieron la triste verdad de un partido que había auspiciado el voto por el líder populista. Más tarde, en noviembre, una encuesta telefónica reveló que el 40% de quienes anteriormente habían votado por el PRI, ahora lo habían hecho por Morena. La misma encuesta mostró que el 15% de antiguos votantes del PRD no había votado por el candidato del Frente, Ricardo Anaya. Hubo también una quinta parte de antiguos votantes del PAN que había votado por Morena. Esta encuesta la realizó, para *Eje Central*, Indicadores SC, cuyo director calculó que el voto priista otorgó el 17.2% de los votos totales recibidos por Morena; el antiguo voto panista le dio el 8.7 por ciento.

Debido a esta situación, era comprensible que López Obrador anunciase que no perseguiría legalmente por corrupción a la administración priista saliente, pues lo suyo “no es la venganza”. Es decir, no castigaría a quienes habían propiciado un caudal millonario de votos a Morena. Lo que no sabemos es qué tipo de pactos secretos establecieron los operadores políticos de Obrador con las diferentes fuerzas priistas, con los sindicatos, con gobernadores y con sectores de la burocracia gubernamental. Aunque se habló de que había habido un pacto de Obrador con Peña Nieto, eso es algo que no se puede comprobar y que, por supuesto, fue negado. Lo único que podemos observar, por ahora, son los efectos de unos acuerdos, tácitos o implícitos, en los resultados electorales.

En noviembre de 2018 tuve una larga conversación con un miembro clave del gabinete de Peña Nieto. Me contó que efectivamente el PRI había decidido torpedear a Ricardo Anaya como respuesta a las amenazas y agresiones del candidato panista. Para justificarse, sostuvo que el primero en atacar fue Anaya. Yo comenté que era posible que Anaya se hubiese equivocado al suponer que el principal adversario era el PRI y no Morena. Pero ello no podía justificar que el gobierno priista interviniese directa e ilegalmente en la campaña electoral, al usar a la Procuraduría para acusar a Anaya de corrupción y lavado de dinero (acusaciones falsas que no se comprobaron). Mi interlocutor priista reconoció que el gobierno no había entendido que torpedear a Anaya favorecería a

López Obrador y no a José Antonio Meade, su candidato. Pero negó que hubiese habido un pacto entre Peña Nieto y el candidato de Morena, aunque aceptó que en algunos casos los gobiernos estatales indujeron el voto hacia López Obrador (mencionó Chiapas y Oaxaca, pero yo agregaría al menos el Estado de México). No dudó que los sindicatos también lo hubieran hecho, pero insistió que eso del pacto secreto era un mito, aunque reconoció que hubo un gran flujo de votos de antiguos priistas hacia López Obrador. Yo le dije que él habría sido un mejor candidato que Meade, pero que igual hubiese perdido. Se limitó a sonreír.

10. Eucaristía política

Después de las elecciones era importante tratar de entender qué clase de gobierno se perfilaba con el triunfo de López Obrador. Yo estaba convencido de que no sería un gobierno de izquierda. Para reflexionar sobre ello, me pareció que era necesario abordar la situación con ironía y evitar una desgastante e inútil amargura. Ahora había que aceptar el espectáculo que había roto el tedio y contemplar con curiosidad las peripecias del nuevo grupo en el poder. Ya había usado la metáfora religiosa del retorno del hijo pródigo. Ahora me divertía pensando que en las elecciones había presenciado una transubstanciación de votos. Todo parecía llevarnos a una tragicomedia y debíamos disponernos a contemplar un melodrama político singular. El 24 de julio publiqué en *Reforma* un artículo en el que acentué la actitud irónica que acaso nos ayudaría, a los perdedores, a sobrellevar las desventuras.

> Las elecciones del 1 de julio han mostrado que el desencanto profundo, el gran enojo y la nostalgia por el nacionalismo se extendieron a la mayoría del electorado y gracias a ello López Obrador logró un triunfo aplastante. Pero hay algo más que explica la victoria del populismo y que es importante entender. El flujo de votos hacia Morena se alimentó además de un gran caudal de votos tradicionalmente priistas que, de manera tanto espontánea como inducida, aumentaron mucho la masa de votos que recibió Obrador. Cuando el PRI y el gobierno de Peña Nieto se dieron cuenta de que su

estrategia electoral había fracasado, aflojaron los canales de control y, resignados, indujeron veladamente el voto por la alternativa que ofrecía una regeneración del priismo por nuevos caminos. Se resignaron a aceptar al hijo pródigo que regresaba al seno priista y auspiciaron que sindicatos, poderes fácticos, gobernadores y grupos de funcionarios encaminasen una especie singular de voto útil hacia Morena.

Basta observar los resultados electorales en el Estado de México y en Veracruz para comprender que muchos priistas acabaron aceptando la transubstanciación del viejo partido nacionalista revolucionario en el movimiento de regeneración invocado por Obrador. El cuerpo y la sangre del antiguo partido autoritario y corrupto se convierten en el pan y el vino de Morena. Las elecciones fueron sin duda un proceso democrático, pero fueron también una gran eucaristía política convocada por el populismo triunfante. Acaso esta transubstanciación sea la Cuarta Transformación anunciada por Obrador, la que ha llevado al nacionalismo revolucionario a encarnar sucesivamente en el PNR (Partido Nacional Revolucionario), el PRM (Partido de la Revolución Mexicana), el PRI (Partido Revolucionario Institucional) y ahora en Morena (Movimiento Regeneración Nacional).

Detrás de la avalancha de medidas espectaculares pero superficiales, destinadas a provocar el aplauso fácil, se descubre el intento por restaurar el antiguo régimen autoritario presidencialista. El nombramiento de 32 comisarios políticos en los estados, delegados federales que representarán directamente al poder central, está concebido como un proceso de consolidación de Morena como un partido oficial controlado por el gobierno. Ésta es la forma en la que operó el PRI durante decenios, como apéndice electoral del gobierno. Esta centralización trata de ser maquillada con la dispersión de muchas secretarías de gobierno en ciudades de provincia, lo que en realidad significará una mayor presencia del Poder Ejecutivo en los estados (y un cierto desorden). A esto debe agregarse el hecho de que el Instituto Nacional Electoral (INE) ha hecho evidente que Morena es un partido que impulsó la corrupción por medio de un fideicomiso para lavar dinero con la apariencia de apoyar a los damnificados por el sismo del 19 de septiembre de 2017. Por ello Morena deberá pagar una enorme multa de 197 millones de pesos. Apenas tres semanas después de las elecciones, tenemos ante nuestros ojos todas las señales de un decidido intento de restauración del viejo y corrupto sistema autoritario. La grosera agresión de Obrador al INE y a los diarios que informaron del hecho no augura nada bueno.

No estamos ante la inminente instauración de un gobierno de izquierda, razón por la cual los empresarios están relativamente tranquilos. A ellos el autoritarismo no les preocupa mucho. Los drásticos y severos recortes en el gasto público que se han anunciado revelan, por el contrario, una inclinación francamente conservadora que se aúna a un rechazo a aumentar los impuestos. La composición del gabinete de Obrador muestra un perfil derechista, con pocas excepciones. La política económica que se ha perfilado parece un neoliberalismo con dosis de nacionalismo populista.

Una restauración plena es imposible después de la transición democrática y ante el nuevo contexto capitalista mundial. Pero existe el peligro de que el intento conservador de volver al pasado genere una gran confusión política y un desorden social. El camino de una regeneración del autoritarismo podría ser muy accidentado, especialmente si los grandes problemas que movieron a muchos electores a inclinarse por Morena —la corrupción y la violencia homicida— no llegan a enfrentarse de inmediato con inteligencia. El priismo reciclado podría ser una fórmula letal. La transubstanciación podría invertirse, en una eucaristía negativa y picaresca, de modo que el pan se convierta en carne corrupta y el vino en sangre derramada.

* * *

El gabinete que anunció López Obrador era claramente de derecha. Los ministros que ocuparían las secretarías de Gobernación, Hacienda, Comunicaciones, Economía, Agricultura y Educación no eran ejemplos de radicales izquierdistas. Eran políticos que provenían del antiguo régimen o tecnócratas tradicionales. El jefe de gabinete era un mal empresario, multimillonario de extrema derecha. Podría decirse que algunos pocos cargos ministeriales emitían un ligero aroma de izquierda, como las secretarias del Trabajo y de la Función Pública. En su conjunto se trataba de un equipo de bajo nivel que no parecía dispuesto a aventuras radicales al estilo bolivariano. Nadie parecía dispuesto a impulsar una revolución cultural ni un proceso masivo de estatizaciones. Las promesas de austeridad y de no elevar los impuestos eran de corte abiertamente conservador. Lo que más preocupaba a los empresarios era la amenaza de clausurar la construcción del aeropuerto de Texcoco. Quedaba por ver si los llamados superdelegados con funciones de comisarios políticos lograrían restaurar el control central de los gobiernos estatales.

El panorama me pareció desolador y me preparaba para contemplar el gran espectáculo de la transubstanciación errática del priismo en los aparatos del gobierno. Creo que ciertamente se abrió un atrabancado proceso de restauración de los viejos hábitos políticos propios del antiguo régimen. Pero ocurrió con tal desorden

y torpeza que lo que hoy tenemos que soportar es una caricatura mal hecha de viejo nacionalismo revolucionario.

El misterio que rodeaba las elecciones de 2018 se iba aclarando. Pero me llenaba de pesimismo ver que el gobierno priista, junto con sus tentáculos, había auspiciado el triunfo de López Obrador. Fue un acto de enorme corrupción política, que ocasionó un gran daño a la democracia; y además tuvo ciertos visos suicidas, pues provocó un gran debilitamiento del PRI. ¿Compró Peña Nieto con su decisión la promesa de que no sería perseguido por el gobierno de López Obrador? Es muy posible, pero es difícil saberlo a ciencia cierta. Si así fue, nada garantizaba que el nuevo presidente cumpliría la promesa.

SEGUNDA PARTE
LOS PRIMEROS RETROCESOS

1. Gansadas

En agosto de 2018, al iniciarse la nueva legislatura, ocurrió un acto espectacular de corrupción política. Lo primero que hicieron los diputados de Morena fue un pacto con el más corrupto de todos los partidos, el Verde, para comprarle cinco de sus diputados y pasarlos al grupo de Morena. Con ello el partido del presidente logró completar la mayoría absoluta. Para comprender cómo se logró esto hay que recordar que, al mismo tiempo, en el Senado, el dirigente del Partido Verde, Manuel Velasco, había solicitado una licencia para regresar a Chiapas y retomar el puesto de gobernador. La petición le fue negada. Pero después de que su partido donó cinco diputados al partido oficial, el Senado convocó a una nueva votación pocas horas después y, con el visto bueno del líder de la fracción de Morena, se aprobó la licencia. El milagro había ocurrido y el senador Manuel Velasco pudo regresar a Chiapas para ser nombrado gobernador sustituto (de él mismo). Seguramente hubo otros pactos ocultos como éste, lo que revelaba que el Congreso seguía inmerso en la vieja cultura priista. El dirigente de Morena en el Senado, Ricardo Monreal, negó que hubiese habido una transa, y el Partido Verde sostuvo que vendió a sus diputados a cambio del apoyo de Morena a una ley para ayudar a los niños con cáncer. A esto se agregó el hecho de que fraudulentamente Morena obtuvo muchos

más diputados que los que permite la Constitución, gracias a que registró sus candidatos con el disfraz de otros partidos. Desgraciadamente, los partidos de oposición dejaron pasar este hecho escandaloso.

A fines de octubre, aun antes de tomar posesión del cargo de presidente, López Obrador decidió dar un golpe espectacular para mostrar que ejercería el poder con fuerza. En una consulta completamente amañada, el "pueblo" decidió que debía clausurarse la construcción del aeropuerto de Texcoco, que tenía un tercio de avance, para en su lugar reconvertir el viejo aeródromo militar de Santa Lucía en una nueva terminal aérea para la Ciudad de México. En esta consulta apenas participaron poco más de un millón de ciudadanos (menos del 1% del padrón electoral) y el 70% votó por cerrar el proyecto de Texcoco. Se paralizó una inversión multimillonaria en la obra ya construida hasta ese momento. Fue claramente un golpe político. Obrador declaró: "¿Quién manda? ¿No es el pueblo? ¿No son los ciudadanos? ¿No es eso la democracia? Ése es el cambio. Entonces, se acabó el predominio de una minoría y la vinculación entre el poder económico y el poder político; la toma, el que el gobierno esté secuestrado sólo al servicio de un grupo. El gobierno es de todos, representa a todos". Manifestaba claramente la aspiración a volver al antiguo régimen, cuando el gobierno controlaba con mano férrea a los empresarios. Estas declaraciones del futuro presidente fueron hechas teniendo a su lado a los empresarios José María Riobóo, quien le había construido los segundos pisos del Periférico en la Ciudad de México cuando fue jefe de Gobierno, y Alfonso Romo, su jefe de gabinete. También estaba su futuro secretario de Comunicaciones, Javier Jiménez Espriú, que no era tampoco precisamente un personaje de izquierda. López Obrador no estaba anunciando una vía al socialismo, sino un retorno al nacionalismo autoritario del antiguo régimen. Todo indicaba que se inclinaba por un capitalismo subdesarrollado y bananero.

El mensaje era muy claro: "Yo no voy a ser florero —declaró Obrador—; no estoy de adorno, yo traigo un mandato de los mexicanos; quieren los mexicanos que se acabe, que se destierre,

la corrupción, la impunidad. Y me canso ganso, vamos a acabar con la corrupción". Con esa expresión que había hecho popular a base de repetirla constantemente, el futuro presidente afirmó su terquedad y justificó su primera gran gansada. Afirmaba que había un proyecto corrupto detrás de la construcción del aeropuerto en Texcoco, que supuestamente consistía en apropiarse de los terrenos del actual aeropuerto de la Ciudad de México para construir allí un barrio lujoso como el de Santa Fe. Nunca se probó que hubiera corrupción y no se persiguió a los constructores del aeropuerto de Texcoco. López Obrador no paraba de repetir que no se perseguiría a los corruptos del pasado neoliberal, pero que habría mano dura con los *nuevos* corruptos.

Poco antes de tomar posesión del cargo, el futuro presidente dejó caer otra bomba. Contradiciendo lo que durante años de campaña había afirmado, dijo que organizaría un cuerpo militar con soldados y marinos, para sustituir a la Policía Federal. La Guardia Nacional sería un cuerpo militarizado que respondería principalmente al ejército y no tanto a mandos civiles. Las secretarías de Gobernación y de Seguridad quedaban marginadas. Se legalizaría el uso de militares en tareas de orden civil, algo que había criticado ásperamente durante su campaña electoral. Intuía que ésta sería una medida popular, dada la enorme y generalizada desconfianza en las policías civiles. Una vez más el "pueblo", por medio ahora de su representante, dictaría los destinos de la nación, ahora a paso de ganso.

Yo creí que López Obrador no ganaría las elecciones de 2018, como le había ocurrido en las dos ocasiones anteriores. Me faltó entender mejor el contexto y las circunstancias en que ocurrió la competencia electoral que lo llevó a la presidencia. Como ha visto el lector, poco a poco me fui corrigiendo al advertir que el escenario había cambiado. Tendencias profundas y veladas que yo creía extinguidas resurgieron y cambiaron el panorama. Cuando en 2006 se conocieron los resultados electorales, López Obrador, descompuesto y sin reflexionar, exclamó airado: "¡Al diablo con sus instituciones!". Esa frase, que fue muy comentada con espanto, ocultaba una situación paradójica y difícil de entender en ese

momento: el líder populista que mandaba al demonio las instituciones era en realidad una criatura de las instituciones políticas mexicanas que se construyeron a lo largo del siglo XX. Y las instituciones que rechazaba eran las que impulsó la sociedad civil durante la transición democrática. El triunfo de López Obrador en 2018 fue impulsado por las viejas instituciones autoritarias que no habían muerto y que estaban subyacentes.

2. Instituciones y democracia

Cuando arrancó el gobierno de López Obrador el 1 de diciembre de 2018 muchos se preguntaban si comenzaría una demolición de las instituciones políticas. Como se había anunciado que se iniciaría la "Cuarta Transformación", —las tres anteriores son la Independencia, la Reforma y la Revolución—, se daba a pensar que habría un cambio de inmenso calado. Esta preocupación fue uno de los temas que abordamos en el foro "Desafíos de la libertad en el siglo XXI", que se reunió en la Universidad de Guadalajara el 26 de mayo de 2019, y que Mario Vargas Llosa abrió con una conferencia inaugural. En esta reunión intervine para exponer mis reflexiones sobre la relación entre populismo e institucionalización. A continuación reproduzco, con algunos cambios, las ideas que expuse en Guadalajara a los seis meses de iniciado el gobierno de López Obrador.

Si reflexionamos sobre la historia política del México del siglo pasado, nos topamos con una paradoja. Las expresiones del populismo que conocemos han llegado por la vía institucional, esa peculiar vía nacionalista y revolucionaria que dominó durante el siglo XX. Ese nacionalismo revolucionario institucional fue durante décadas la base política y cultural del autoritarismo que durante años oprimió a México. Las instituciones gubernamentales no fueron un contrapeso, sino un puntal del autoritarismo. Se desarrollaron instituciones autoritarias y surgieron también instituciones de

carácter populista, como el ejido o las organizaciones obreras y campesinas oficiales.

Yo creo que una de las extrañas peculiaridades del sistema político mexicano, que tanto ha fascinado a políticos y politólogos en todo el mundo, es justamente esta paradoja: es capaz de mezclar populismo con institucionalidad. Esta paradoja está incorporada en el nombre mismo del partido, es el Partido Revolucionario Institucional: logró institucionalizar la revolución. Eso se ha logrado, desde luego, en muchos otros lugares: eso ocurrió en la Unión Soviética, de alguna manera, pero no se trató de un fenómeno populista. En cambio, el antiguo régimen mexicano está profundamente teñido de populismo, pero ha sido también muchas más cosas. En esos setenta años hubo toda clase de corrientes políticas, y ciertamente, después de Echeverría y López Portillo, hubo un viraje hacia lo que a lo mejor se podría denominar como una especie de tecnocracia liberal poco democrática, o incluso nada democrática. Yo creo que hoy sin duda vivimos a escala global una confrontación entre estas tecnocracias liberales, por un lado, y los nacionalismos victimistas más o menos populistas, por otro. Esta confrontación la vivimos en México durante el último periodo del antiguo régimen.

Hay que reconocer que el populismo que hoy gobierna a México es una criatura de la institucionalidad revolucionaria. Es un vástago que se desprendió del aparato gubernamental priista cuando fue abandonado el populismo de Echeverría y López Portillo para dar paso a una modernización llamada neoliberal. Ese populismo nacionalista se alió a algunas expresiones de la izquierda, lo que le dio un semblante progresista e incluso radical en algunos momentos.

En la oposición, especialmente desde la transición democrática, el populismo sufrió una lenta involución e inició un retorno a las tradiciones conservadoras originales propias de la cultura institucional revolucionaria. Después de dos derrotas electorales, el populismo acentuó su giro a la derecha, rompió el cascarón izquierdista y con ello logró ganar las elecciones de 2018. Llegó al poder un populismo conservador e incluso reaccionario que se ha puesto como objetivo un regreso a la época preneoliberal. ¿Cómo se explica esta situación? ¿Por qué ganó el populismo?

Para responder a estas preguntas es necesario entender el fenómeno populista. Si partimos de las experiencias latinoamericanas, podemos ver que el populismo tiene tres componentes básicos. En primer lugar, una masa de población heterogénea formada de residuos de sectores sociales tradicionales agraviados y excluidos por la modernización, y que aparecen como incongruentes y dislocados. En segundo lugar, una modernización capitalista extremadamente rápida y agresiva que genera lo que Torcuato di Tella denominó un “efecto de deslumbramiento” en la masa social excluida y empobrecida que responde con un profundo resentimiento. Y en tercer lugar, un líder carismático y autoritario que apela al pueblo con recursos emotivos,

un ramillete contradictorio de ideas y que encabeza un movimiento que sobrepasa a los partidos tradicionales.

El populismo es una forma de cultura política, no una expresión ideológica, aunque en ocasiones construye una orientación política que suele estar llena de contradicciones y que genera resultados catastróficos (como en Venezuela). He descrito el populismo como una cultura política alimentada por la ebullición de masas sociales caracterizadas por un abigarrado asincronismo y que reaccionan, deslumbradas, contra los rápidos flujos de modernización. Creo que esta situación describe el auge y el triunfo de Obrador.

A diferencia de lo que a veces se piensa, tanto en México como en el extranjero, yo creo que no tenemos un régimen de izquierda, sino un gobierno populista conservador. No hay un proceso de regeneración para mejorar lo que se ha descompuesto, sino un movimiento de restauración del viejo régimen político autoritario. El presidente Obrador ha tomado tres importantes decisiones que son típicamente derechistas (y neoliberales): no subir los impuestos, aplicar una dura política de austeridad e impulsar la militarización y la legalización de la función policiaca del ejército. El gobierno populista, al mismo tiempo, se orienta hacia una política de subsidios y subvenciones al estilo del viejo PRI. No en balde Obrador ha expresado su admiración por Antonio Ortiz Mena, quien fuera secretario de Hacienda de los presidentes López Mateos y Díaz Ordaz entre 1958 y 1970, cuando la economía crecía a más del 6 por ciento y la inflación apenas superaba el 2 por ciento. Claro que ese paraíso al que quiere regresar formó parte de los años dorados de la economía mundial, los “gloriosos treinta años” que se iniciaron en 1945, después de la Segunda Guerra Mundial.

El nuevo gobierno también quiere regresar al viejo centralismo y al autoritarismo del antiguo régimen nacionalista. Se sueña con fortalecer los sectores estatales de la economía, sustituir importaciones y fortalecer los cultivos tradicionales campesinos con precios de garantía. Pero el símbolo espectacular de la nueva política económica ha sido la cancelación del nuevo aeropuerto de Texcoco, acción que ha detonado varias alarmas. Todo parece indicar que al presidente Obrador le disgusta el capitalismo moderno, agresivo y globalizador, y que prefiere el capitalismo chatarra y subdesarrollado que pretende impulsar con una nueva refinería en Tabasco y un tren turístico en la región maya.

Hay dos temas que menciona con insistencia el presidente: el combate a la corrupción y el abatimiento de la violencia homicida. Aunque habla mucho de estos problemas, no parece que los haya resuelto ni que esté en camino de hacerlo. Sin embargo, ha colocado en su entorno a personajes de quienes se sospecha que tienen un pasado corrupto, como es el caso de Manuel Bartlett. Pero al parecer ha logrado frenar los ingresos ilegales de los altos funcionarios, aunque la política ha mantenido sus formas corruptas, no en su sentido de soborno y cohecho, sino en su acepción de dañar, podrir o deteriorar el comportamiento de altos funcionarios y parlamentarios. Se practican la mentira, la ineficiencia y la demagogia, pero se restringen las

ganancias ilícitas de la burocracia gubernamental. Basta observar el comportamiento de las cámaras de Diputados y de Senadores para comprobar la persistencia de la vieja sumisión a los deseos presidenciales y el abandono de su función como contrapeso institucional. En ello la alianza del partido oficial con el viejo priismo ha sido muy importante, como se observó durante la aprobación de la contrarreforma educativa y la Guardia Nacional militarizada. Se supone que la militarización será clave para abatir la violencia y garantizar la seguridad ciudadana, pero ya vimos que la función del ejército durante los últimos doce años no logró estos objetivos. Se tiene fe en que su mera legalización, adicionada a los millones invertidos en becas y subsidios para combatir la pobreza, abatirá la violencia. No parece creíble.

El intento de restaurar antiguas instituciones autoritarias podría convertirse en una amenaza real. Pero como una plena restauración del antiguo régimen, tal como funcionaba en los años sesenta del siglo pasado, es algo que parece imposible, los peligros pueden surgir durante el desorden, las tensiones y la crisis que surjan durante el intento restaurador. En esos momentos críticos podrían aparecer alternativas autoritarias. El previsible fracaso de la restauración puede tener consecuencias colaterales y dejar al país en una condición muy difícil. Las instituciones democráticas podrían quedar muy dañadas y con ello México quedaría sin los contrapesos necesarios para asegurar la libertad política.

Quiero agregar otra reflexión. Una democracia avanzada, una democracia sólida, necesita también algo que suele eludirse en México, dado el mal estado del sistema político: necesita partidos políticos. La sociedad civil necesita estar dividida en partidos políticos que compitan bajo ciertas condiciones, bajo condiciones democráticas. No debemos olvidar a los partidos políticos, aunque, como se observó en las últimas elecciones, han entrado en una gran decadencia. El PRI entró en un proceso de tecnocratización semiliberal o neoliberal que fue arruinado por la corrupción. La izquierda prácticamente ha desaparecido del panorama; y la derecha democrática, o más o menos democrática, agrupada en el PAN, está pasando por una situación sumamente difícil. Es decir, estamos ante un sistema de partidos políticos muy débil, en situación crítica, y eso es verdaderamente alarmante.

Al mismo tiempo, tenemos el nuevo partido que está en el gobierno, que todavía no es plenamente un partido, y que está tratando de consolidarse a la manera antigua. Hay que mencionar los tentáculos que extiende el presidente Obrador a través de los superdelegados. Es una especie de retorno o pseudoretorno a la organización de un partido oficial dirigido desde el gobierno. A diferencia de lo que ocurría en el antiguo régimen, cuando los canales de control se ejercían a través de la Secretaría de Gobernación, ahora se quieren ejercer a través de la Secretaría de Hacienda. Acaso allí se encuentre la causa de su fracaso, pero esto tal vez sea meramente mi deseo, mi *wishful thinking*… Los nuevos canales de control podrían realmente no funcionar desde el punto de vista político y conducir a un fracaso. Ya lo hemos

visto con la crisis de financiamiento a la salud pública y sobre todo al seguro social.

Esta política reaccionaria derechista de austeridad está afectando al gobierno de otra manera que quiero señalar. Yo creo que la inteligencia, la inteligencia política, sobre todo, está sometida a un duro programa de austeridad y escasea en las filas del gobierno. Es necesaria cierta pericia para que, de izquierda o de derecha o incluso desde una perspectiva populista, las cosas funcionen bien. Las cosas no están funcionando bien porque no hay suficiente eficiencia en el nuevo gobierno y eso creo que es la situación verdaderamente trágica y dramática que estamos observando desde el comienzo del gobierno populista.

Éste era el panorama que yo observaba en 2019. Creo que abordé bien los puntos más críticos de la situación política del momento. Los problemas que señalé se agudizaron y surgieron nuevas e inquietantes situaciones.

3. Retropopulismo y extravagancia

En septiembre de 2019 fui invitado por la revista *Proceso* para reflexionar sobre el “estilo personal de gobierno”. Más adelante abordaré este tema, pues en aquella ocasión me pareció preferible reflexionar sobre la línea política de López Obrador tal como se delineaba a los nueve meses de haber llegado al poder. Las reflexiones que siguen se basan en aquel ensayo que publiqué en *Proceso*.

López Obrador me ha parecido, desde que emergió en la escena mexicana, como un ejemplo de líder populista sacado de un manual de ciencia política. Su nacionalismo autoritario y su infatuación como representante de todo el pueblo no dejan lugar a dudas sobre su talante populista. Pero cabe preguntarse: ¿qué clase de populista es hoy el presidente Obrador? ¿Qué estilo personal le imprime a su gobierno? ¿Qué lo distingue de los ejemplos de dirigentes populistas latinoamericanos clásicos como Perón o de versiones posteriores encarnadas en personajes como Hugo Chávez? ¿Qué lo hace diferente del gran fundador del populismo mexicano, Lázaro Cárdenas?

Quiero explorar respuestas a estas preguntas. Una primera peculiaridad que salta a la vista es la actitud restauradora de Obrador, que mira más hacia el pasado que hacia el futuro. Estamos ante un peculiar retropopulismo. Quiere renovar un antiguo régimen. Quiere regenerar supuestas bondades de un orden previo al pecado neoliberal. Su proyecto no fue viable hasta que el partido del antiguo régimen, el PRI, le abrió el camino hacia la presidencia, en un curioso acto suicida. El viejo partido del nacionalismo revolucionario

institucional dirigió flujos de votantes hacia Obrador y con una maniobra corrupta, usando la Procuraduría General de la República, debilitó a su rival, Ricardo Anaya. Obrador ganó gracias al defectuoso y corrupto gobierno del PRI y a la inducción de votos priistas hacia Morena. El PRI logró derrotar ampliamente a Obrador en las elecciones presidenciales de 2012, pero convirtió su triunfo en una alternativa fallida que acabó inclinándose por abrirle las compuertas al populismo.

Para llegar a la presidencia, Obrador, que ya era un populista conservador desde hacía años, dio un giro espectacular más a la derecha para que no quedaran dudas sobre su decisión de abandonar los terrenos de la izquierda. Hizo evidentes sus intenciones restauradoras y su inclinación por la austeridad y los recortes. A varias medidas francamente reaccionarias de su programa, una vez que llegó a la presidencia agregó sorpresivamente las decisiones de legalizar las funciones policiacas del ejército, creando la Guardia Nacional, y de perseguir a los migrantes centroamericanos, al aceptar vergonzosamente las órdenes del otro populista reaccionario que gobernaba al otro lado de la frontera. Todo ello acompañado de la resurrección de una política populista de subsidios y subvenciones como hacía el viejo PRI. En resumen: retropopulismo.

Cualquier economista sensato de izquierda sabe, como lo ha mostrado Thomas Piketty, que, tanto en términos de justicia como de eficacia, la peor manera de reducir la deuda pública consiste en una prolongada austeridad. Esta opción es la que ha escogido Obrador, con su obsesión por los recortes. Es la señal inequívoca de una política económica de derecha neoliberal. Pero el suyo es un neoliberalismo raro, alérgico al capitalismo moderno, que prefiere formas de acumulación de capital primitivas. La izquierda, en sus diversas variedades, suele mirar hacia el futuro. El estilo político de Obrador, en contraste, se basa en una verdadera manía por mirar atrás. Incluso el pretencioso lema que anuncia una “Cuarta Transformación” parte de la ilusión por emular los logros de la Independencia, la Reforma y la Revolución. Los delirios por repetir hazañas del pasado suelen fracasar y producir estancamiento. Como es bien sabido por los historiadores, una verdadera restauración es algo imposible que jamás ha ocurrido. Señalar que hay tendencias restauradoras es importante para entender las intenciones de los políticos, pero no para suponer que será posible restablecer el pasado añorado. Es obvio que el nuevo partido gobernante, Morena, no logrará igualar al viejo PRI. Pero son significativos sus impulsos retrógrados.

Hay una segunda dimensión inquietante en la actividad política del presidente Obrador. Me refiero a su extravagancia. El conjunto de decisiones que ha adoptado, además de mostrar una inclinación reaccionaria, es un amasijo incoherente y errático. Ha provocado alarma por sus posibles consecuencias desastrosas y, de momento, ha auspiciado una parálisis económica. En su monomanía ahorrativa el presidente ha decidido canalizar los recursos al tren turístico maya, a la refinería de Dos Bocas y al opaco flujo destinado, entre otras cosas, al programa de Jóvenes Construyendo el Futuro.

Otra idea disparatada al parecer ha sido frenada: la dispersión de las secretarías de gobierno por diferentes regiones. Además, lo positivo de la reforma educativa ha sido cancelado y la educación básica no dará el salto cualitativo necesario para formar una masa civil moderna preparada para el trabajo eficiente y productivo. El pesimismo fue estimulado por la estrafalaria cancelación del aeropuerto nuevo en Texcoco y el desorden ha cundido en las dependencias del gobierno, que han despedido a miles de empleados y no reciben recursos financieros suficientes. El escándalo estalló en los espacios de la salud pública cuando se recortaron los recursos y escasearon los medicamentos. El estrambótico conjunto de decisiones se ha topado con la realidad: la violencia crece, aumenta el número de homicidios y mucha gente tiene la impresión de que las fuerzas castrenses, en su nuevo uniforme, son impotentes para garantizar la seguridad. El colmo del extravagante simulacro con que se inauguró el sexenio fue la tragicomedia huachicolera, en la que los errores del gobierno fueron cubiertos por una lucha rocambolesca por tratar de controlar la corrupción en Pemex y frenar el robo de gasolina. Cundió la escasez de combustible durante algunas semanas y no queda claro si la corrupción fue controlada. Los huachicoleros no dejaron de operar.

Por supuesto las extravagancias son un espectáculo divertido que hace reír a muchos que no se dan cuenta de su dimensión amarga. Las "mañaneras" del presidente son una exhibición matutina de disparates y ocurrencias que mantienen a muchos atrapados en el insólito teatro de la nueva política. Parece muy difícil pensar que las decisiones que ha tomado y las que ha anunciado el presidente Obrador sean un equivalente en el siglo XXI de la independencia que liberó a México del dominio español o de la transformación reformista de Benito Juárez o del derrumbe de la dictadura de Porfirio Díaz que abrió paso a un nuevo régimen. No hay síntomas de que estemos a punto de vivir cambios tan profundos. Espero que hoy no estemos tampoco presenciando un proceso de tan graves consecuencias como fueron el peronismo en Argentina y el chavismo en Venezuela, para mencionar casos espectaculares de populismo en América Latina. Aparentemente tampoco estamos presenciando la cristalización de cambios como los que impulsó Lázaro Cárdenas, el gran arquitecto del sistema político que duró más de sesenta años. La llamada 4T no será ese cambio grandioso que anuncia López Obrador, pero sus consecuencias pueden ser devastadoras.

Me temo que el desorden que podrían generar las extravagancias retropopulistas podría dejar cicatrices en la vida política. El peligro es que el gobierno de Obrador infiera heridas profundas en el sistema democrático que apenas tiene poco más de veinte años de existencia. No sabemos cómo reaccionará el presidente si dentro de algún tiempo su gobierno no logra llegar al paraíso de bienestar, seguridad, honradez y crecimiento económico que ha prometido. Si se llega a ese punto crítico me temo que las pocas luces que iluminan la actividad del presidente lo lleven a dar palos de ciego que arruinen la civilidad y la democracia que penosamente hemos comenzado a alcanzar.

4. Pepenador de ideas

Poco antes de ganar la presidencia, López Obrador explicó en un libro sus propósitos y sus promesas. Hay que reconocer que ha ido cumpliendo —o intentando cumplir— las medidas que anunció. En este libro, titulado *2018: La salida. Decadencia y renacimiento de México*, anunciaba lo que al final de su sexenio se alcanzaría. Quiero resumir esta visión idílica y contrastarla con las medidas que anunció y que en parte están siendo aplicadas por su gobierno. En 2024, afirmaba, la economía crecería a una tasa del 6%. Ofrecía, para llegar a ese final feliz, que habría un crecimiento económico anual de 4%. Estaba seguro de que a mitad del sexenio el país sería autosuficiente en maíz y frijol. Prometió que en 2024 todo el territorio nacional sería reforestado. Al terminar su gobierno ya no habría migración del campo a las ciudades o a Estados Unidos. Por el contrario, habría un regreso al campo. En las regiones rurales la gente se quedaría contenta trabajando en el lugar donde nació, en su medio ambiente, con su familia, sus costumbres y su cultura. Ya no habría necesidad de abandonar la tierra natal. En 2024 los índices de delincuencia se habrían abatido a la mitad y la corrupción de cuello blanco habría desaparecido totalmente. Para ese año se habría consumado una revolución de las conciencias, la que impediría el predominio del dinero, del engaño, de la imposición del

afán de lucro sobre la dignidad, la verdad, la moral y el amor al prójimo.

¿Cómo creía López Obrador que se llegaría a este final feliz? En ningún momento anuncia la llegada de alguna clase de socialismo, ni menciona que el capitalismo llegará a su fin. De hecho, casi nunca usa los conceptos de socialismo o capitalismo. Anuncia, sí, que acabará con el neoliberalismo para siempre, con lo cual se refiere a la política de todos los gobiernos entre 1983 y 2018. El enemigo es el neoliberalismo y el destino es lo que llama la "república amorosa". No se propone una política anticapitalista ni quiere construir una alternativa radical de tipo socialista.

En el libro que publicó antes de ganar las elecciones —al igual que en sus discursos— propone medidas concretas para alcanzar ese final feliz en 2024. Son más o menos las que ha estado intentando aplicar, con éxito desigual, durante más de dos años de gobierno. Por lo que podemos comprobar, estamos lejísimos de sus promesas. El crecimiento económico es negativo y ya lo era antes de la llegada de la pandemia por covid-19. Las tasas de delincuencia y de homicidios no se han abatido. La autosuficiencia alimentaria está muy lejos. La delincuencia y la corrupción en los niveles medios y bajos de la burocracia siguen predominando. La población en situación de pobreza ha crecido.

La explicación del fracaso se encuentra en las mismas medidas que propuso López Obrador y que ha aplicado. Más allá de las vaguedades o la demagogia que impregnan su discurso, hay propuestas concretas que sin duda son el origen del fracaso. En el marco de una política de extrema austeridad y de cero endeudamiento, las medidas se concentran en tres rubros: prioridad a la economía campesina, al sector petrolero y a la construcción. Todo ello en el marco de un desplome de las inversiones privadas y una debilidad en el consumo.

En cuanto a la economía rural, rechaza las condiciones impuestas por el mercado y promueve demagógicamente la producción campesina para el consumo en las comunidades, fortalecida con créditos a la palabra y precios de garantía. El campesinado es visto como un sector viable de la economía y

garante de la autosuficiencia alimentaria. Además, el campesinado es concebido como la matriz de la identidad nacional. Todo esto es absurdo, pues la economía campesina es marginal e ineficiente, el autoconsumo en las comunidades es sólo una forma de sobrevivencia para quienes viven en la miseria y el alma campesina del mexicano hace mucho que se extinguió. Regalar dinero para financiar sin control la siembra de un millón de hectáreas de árboles maderables muy posiblemente será, en el mejor de los casos, un mecanismo similar al autoconsumo de maíz y frijol, para que no se muera de hambre la población rural sumida en la miseria, pero difícilmente será un estímulo a la producción. Como ya ocurrió en el pasado, esta clase de medidas acaban siendo un complemento a los escasos salarios que reciben los más pobres del campo. Nada de esto frenará la expulsión de gente que huye de la miseria rural.

El segundo eje de la política económica radica en el rescate del sector energético, especialmente de la extracción de petróleo y de su refinación. El punto de partida es la convicción de que la demanda de gasolinas se elevará. Por ello se anuncia la construcción de dos refinerías en Dos Bocas (Tabasco) y en Atasta (Campeche). Como sabemos, este sueño ha quedado reducido a una sola refinería, la de Tabasco, y el acondicionamiento de las ya existentes. Esta política es económicamente absurda en un mundo en el que el petróleo es paulatinamente sustituido por otras fuentes de energía. La razón de esta medida es exclusivamente política: evitar la dependencia del consumo nacional de la compra de gasolina en Estados Unidos. En el mundo globalizado en el que vivimos, la peor dependencia no es la que se basa en la compra de bienes extranjeros, sino la pobreza aunada a la falta de educación de gran parte de la población y la precariedad de las empresas nacionales.

El tercer eje de la política económica es la construcción de grandes obras y el impulso a la microeconomía. Manifiesta una cierta manía constructora que resulta paradójica después de haber detenido la construcción del gran aeropuerto en Texcoco, con lo que se ha dilapidado una gran cantidad de dinero, pues la obra estaba ya edificada en un 30%. El libro de López Obrador anuncia

claramente la cancelación de esta obra, para en su lugar construir dos nuevas pistas en el aeropuerto militar de Santa Lucía. Construir mucho y construir cada vez más parece ser la obsesión que impulsa las medidas propuestas por López Obrador en su libro, basadas en la curiosa y falsa afirmación de que en México “los obreros de la construcción son los mejores del mundo”. Además, se promete la construcción de un corredor comercial en el istmo de Tehuantepec, de varios trenes de alta velocidad para conectar la Ciudad de México con la frontera norte y del tren turístico de la ruta maya. Como se sabe, así como se esfumó la refinería de Campeche, los trenes de alta velocidad a la frontera quedaron en la imaginación del presidente. En cambio, al parecer quiere resucitar el proyecto fallido de Peña Nieto de un tren a Querétaro desde la Ciudad de México. Se agrega a la caprichosa manía constructora, el apoyo decidido y preferente a las microempresas y a las empresas medianas. Para justificar esta medida —que corre paralela a su idea de que el campesino debe ser la base de la autosuficiencia alimentaria— es sintomático que se basa en las teorías de Gabriel Zaid, que no es un pensador que se pueda definir como de izquierda.

Campesinos y microempresarios representan, en la mente de López Obrador, una base fundamental de la recuperación económica. En la raíz de la propuesta de Zaid, que recupera López Obrador, se encuentran las ideas distribucionistas de Chesterton, el escritor inglés que deseaba, como dijo, poco capitalismo y muchos capitalistas. Ésa es la idea que parece orientar la propuesta de López Obrador, salvo por lo que se refiere a la enorme pirámide estatal de Pemex, faraónica e ineficiente, en la que ha puesto grandes esperanzas. López Obrador ha preferido las ideas católicas de Chesterton y Gabriel Zaid (mal digeridas) a las propuestas de un reformista socialdemócrata como Thomas Piketty (a quien seguramente no conoce).

Podemos comprender que el arduo trabajo de campesinos, petroleros, constructores de obra y microempresarios no podrá ser el motor de una potente economía que llegue a crecer al 6%. Aunque es posible que López Obrador tenga en la mente a un país nórdico como Noruega, ésta parece ser más la receta de un

capitalismo atrasado típico de los países de lo que antes se llamaba el tercer mundo. Desde luego, López Obrador no propone liquidar o desaparecer al resto de la economía, a las grandes empresas privadas o a los bancos. Pero su política genera desconcierto y desconfianza, lo que se traduce en bajos niveles de inversión.

Algo peculiar del libro que estoy comentando radica en que la mayor parte de sus páginas están dedicadas a criticar los males provocados por el neoliberalismo. Ello da la impresión de un gran radicalismo, pues en realidad los problemas criticados son un efecto de todo sistema capitalista, sea de orientación neoliberal o no. La economía capitalista genera desigualdad, explotación, miseria, corrupción y malestar. Está en su naturaleza provocar estos males y otros daños sociales, que han sido denunciados y analizados desde hace mucho por la izquierda. La izquierda de tradición socialdemócrata siempre se ha propuesto reformar al capitalismo, pero no aniquilarlo. López Obrador, aparentemente, tampoco quiere aniquilarlo, pero en lugar de reformas lo que propone es ponerle lastres, frenar su crecimiento y volver a formas de producción arcaicas e ineficientes.

Las ideas que expone López Obrador son un curioso y confuso batiburrillo. Parecen el resultado del trabajo de un pepenador que —como una urraca— va recogiendo restos sobrantes, desperdicios, pedacería y basura. Aunque constantemente proclama que está provocando un cambio de régimen, la llamada pomposamente 4T no parece más que un intento de retornar a los años sesenta y setenta del siglo pasado. No debe por lo tanto extrañar que su secretario de Hacienda, Carlos Urzúa, un economista sensato, renunciara a su cargo a poco más de medio año de iniciado el sexenio. En la explicación que dio de su renuncia se declaró neokeynesiano y socialdemócrata al estilo nórdico. Dijo que no estaba de acuerdo con la cancelación del aeropuerto en Texcoco, ni con la construcción de dos pistas en Santa Lucía. Afirmó que proponía una reforma fiscal y que estaba en contra de la construcción de la refinería de Dos Bocas. Si hubiera leído el libro de López Obrador, habría visto que todo ello estaba previamente contemplado. O tal vez creyó que acabaría reinando la cordura, ya puestos a gobernar. En su carta de

renuncia Urzúa dijo: “En esta administración se han tomado decisiones de política pública sin el suficiente sustento. Estoy convencido de que toda política económica debe realizarse con base en evidencia, cuidando los diversos efectos que ésta pueda tener y libre de todo extremismo, sea éste de derecha o izquierda. Sin embargo, durante mi gestión las convicciones anteriores no encontraron eco”.

Hay algo muy revelador en la renuncia de Urzúa, además de señalar lo absurdo de las medidas que se estaban implantando. Señaló directamente a quienes lo habían motivado a abandonar el gobierno. En su carta de renuncia explica: “me resultó inaceptable la imposición de funcionarios que no tienen conocimiento de la Hacienda Pública. Esto fue motivado por personajes influyentes del actual gobierno con un patente conflicto de interés”. Señala a Alfonso Romo, de quien en una entrevista posterior dice es “un hombre de extrema derecha” que oscila “entre el Opus Dei y los Legionarios de Cristo”. Y se pregunta: “¿Cómo un hombre así, que llegó a admirar a Augusto Pinochet y a Marcial Maciel, acabó no sólo siendo amigo de López Obrador, sino incluso siendo el jefe de la Oficina de la Presidencia?”. Urzúa menciona a otros dos personajes del gobierno que lo molestaron: Manuel Bartlett, el famoso priista al que se le “cayó” el sistema en ocasión del fraude electoral de 1988, cuando era secretario de Gobernación, y sobre quien circulan sospechas de que fue el autor intelectual del asesinato del periodista Manuel Buendía en 1984. Bartlett provocó el conflicto con Canadá por el gasoducto que va de Texas a Tuxpan, lo que fue la gota en el vaso de agua que provocó la salida de Urzúa del gobierno. El tercer personaje que influyó en la renuncia del secretario de Hacienda fue Irma Sandoval, secretaria de la Función Pública, que proviene de una familia de prestigiosos dirigentes comunistas, y que auspició la política reaccionaria de grandes y exagerados recortes al gasto, con la que Urzúa estaba en desacuerdo.

El incidente de la renuncia de Urzúa no sólo reveló las contradicciones y las tonterías de la política económica, sino también el embrollo ideológico en que se encuentra atrapado el

gobierno, un desorden que acaba erosionando la gestión gubernamental.

5. La república religiosa

Hay una propuesta de López Obrador que revela con claridad el carácter reaccionario de su visión política. Se trata de la aprobación de una “constitución moral” y de la consiguiente creación de una “república amorosa”. En su libro *2018: La salida* (2017) dedica un capítulo a este asunto, y lo reproduce casi sin cambios en otro libro de 2019, *Hacia una economía moral*. Allí explica que quiere instituir una república amorosa en la que cristalice una nueva forma de hacer política, según él, aplicando armónicamente la honestidad, la justicia y el amor. Las dos primeras para mejorar las condiciones de vida y alcanzar la paz pública, y el amor “para promover el bien y alcanzar la felicidad”. “De aquí que sea indispensable —dice— auspiciar una nueva corriente de pensamiento para promover un paradigma moral de amor a la familia, al prójimo, a la naturaleza y al país”. Su premisa es que sólo se llega a la felicidad mediante la bondad. Es la moral la que abre las puertas del bienestar. Esta corriente de pensamiento debe convertir sus fundamentos en un “código del bien”, en una “constitución moral” que le permita al gobierno, una vez elaborada, fomentar sus valores en escuelas, hogares, prensa, radio, televisión y redes sociales. De esta manera, el Estado no sólo debe estar dotado de una ideología, sino también de una moral que debe ser propagada. No puedo menos que

recordar aquella idea de crear un “hombre nuevo”, en los regímenes comunistas, o la exaltación que hizo el nazismo de la raza aria como biológica y espiritualmente superior. Pero la república amorosa de López Obrador parece ser una versión muy diluida y blanda de estas expresiones; es una versión desleída por su populismo y su religiosidad. Pero es además un atentado contra la laicidad del Estado. La actitud contra el laicismo cristalizó, por ejemplo, en un reglamento para la Secretaría de Gobernación emitido por el presidente el 31 de mayo de 2019, en el que se propone colaborar con asociaciones religiosas, iglesias, agrupaciones, organizaciones e instituciones religiosas para que participen en la “reconstrucción del tejido social” y en proyectos de “cultura de la paz”.

Hay un intento de legitimar históricamente la propuesta de una constitución moral, para que el Estado pueda promoverla. Para ello López Obrador pone los ejemplos de la declaración de independencia de Estados Unidos y de la constitución francesa de 1793. La felicidad, en estas formulaciones, es un derecho de las personas y no una norma moral. Es un abuso encontrar en estos textos algo que pueda inspirar la creación de alguna institución pública o un código moral dedicados a impartir la felicidad de manera semejante a como se imparte justicia. Las constituciones no deben ser inspiradoras de la instauración de iglesias y de preceptos religiosos. Prácticamente todo lo que cita López Obrador para fundamentar su propuesta de una república amorosa tiene un carácter religioso, desde abundantes citas de la Biblia hasta los textos de inspiración cristiana de Lev Tolstói y de Alfonso Reyes. Agrega unas pocas pinceladas procedentes de las fuentes más disparatadas, que incluyen a Aristóteles, Buda, Confucio, José Martí, Ricardo Flores Magón, Eduardo Galeano y Silvio Rodríguez. El resultado es un popurrí teórico dedicado a exaltar el amor y la bondad como arietes contra el individualismo, al que considera como una “mancha negra” tan horrenda como la codicia y el odio. Esta animadversión contra el individualismo está completamente fuera de lugar en un político que a cada paso proclama ser liberal y no conservador. López Obrador no se percata de que el individualismo es una de las vetas más importantes del liberalismo.

Tiene una concepción muy estrecha del individualismo, y posiblemente usa el término simplemente como sinónimo de egoísmo, defecto que atribuye al neoliberalismo que tanto dice detestar. Y para “revertir el actual predominio del individualismo” es necesario, afirma, partir de la “reserva moral y cultural que todavía existe en la familia y en las comunidades del México profundo”. Esta exaltación de la familia explica que sistemáticamente niegue la extendida violencia doméstica contra las mujeres, que ha aumentado con el encierro provocado por el covid-19.

Esta moral es similar a la reserva de petróleo que tiene México en las profundidades de su territorio. En las profundidades del pueblo todavía reposa una inmensa bondad que es necesario extraer para plasmarla en una constitución moral. Para esta extracción López Obrador nombró una comisión de cuatro fieles de la 4T, entre ellos el vocero de la Presidencia, que se dedicó a redactar una propuesta para ser discutida y aprobada por los ciudadanos en no se sabe bien qué clase de ritual político. Esta operación propagandística de exaltación de la felicidad frente a la menospreciable producción de riqueza y de bienes terrenales es muy útil al presidente para encubrir sus errores cuando la economía tropieza a consecuencia de su política populista. La constitución moral cristalizó en una *Guía ética para la transformación de México* que el presidente presentó en noviembre de 2020.

Ya hace tiempo que el rey de Bután se propuso dejar de tomar en cuenta el producto interno bruto (PIB), que está por los suelos, para en su lugar tomar en cuenta la felicidad interna bruta (FIB), que aparentemente es muy alta en su país. Supongo que ahora en México, siguiendo esa real inspiración, se procurará elevar el amor interno bruto (AIB) para compensar los tropiezos en la producción de bienes materiales. Pero no hay que creer que se trata de un amor bruto material como expresión de un erotismo sensual, sino de una dimensión espiritual de raíz cristiana promovida oficialmente por el gobierno.

No esperó López Obrador a que se aprobase su constitución moral para empezar a predicar desde Palacio Nacional las virtudes de su idea. Un momento que le pareció adecuado, y siguiendo la

tradición bíblica, fue cuando la plaga del coronavirus se extendió por el país. Entonces, como un Moisés, pero no en el desierto, sino desde un palacio, el presidente grabó en video un decálogo dirigido al pueblo. Desde un pasillo fastuoso y elegante de Palacio Nacional, anunció sus diez mandatos: llamó a seguir la palabra oficial de las autoridades sanitarias, a ser optimistas, a rechazar el egoísmo y el individualismo, a no dejarse envolver por lo material, a bajar de peso y vivir calmadamente, a gozar del cielo, del sol, del aire puro y de la naturaleza, a alimentarse con productos naturales, a hacer ejercicio, a eliminar las actitudes racistas, clasistas, sexistas o discriminatorias y —por último— a escoger el camino de la espiritualidad, sea como religión, ideal, utopía, sueño o propósito de vida. Casi no puede creerse la cursilería y frivolidad de este decálogo, un acto de propaganda emitido en tiempos de extrema angustia, desempleo, miedo y dolor. No fue un acto de gobierno, sino un llamado a tener fe en una república amorosa encabezada por un predicador de pueblo.

¿Qué puede hacer un mexicano pobre que ha perdido su magra fuente de ingresos o está en peligro de perderla ante el mandato del doctor López-Gatell de quedarse en casa? ¿Cómo no ser individualista si no se tiene qué comer? ¿Cómo rechazar lo material si se vive en la indigencia? Aconsejar a los pobres que bajen de peso, se alimenten bien y hagan ejercicio resulta casi un insulto. Es paradójico pedir a los más necesitados y marginales que abandonen actitudes discriminatorias cuando ellos son precisamente los que más sufren de los estragos del racismo, el clasismo y el sexismo. El decálogo de López Obrador no va dirigido a los pobres, sino a una clase media atemorizada a la que quiere atraer hacia el camino abierto por su moralina espiritual y a la que llama a ser compasiva o caritativa con los que sufren. Pero los que sufren y viven en la miseria prescindirán de los diez mandamientos del presidente.

La propuesta de constituir una república amorosa pretende escapar de su evidente raíz religiosa al invocar como ejemplo y guía la vieja *Cartilla moral* de Alfonso Reyes. Pero no es así: el texto de Reyes advierte que “la moral de los pueblos civilizados está toda contenida en el cristianismo”, aunque sin duda su autor acudió al

apoyo de los clásicos griegos para darle un tono laico. La *Cartilla moral* le fue encargada a Reyes en 1944 por la Secretaría de Educación Pública para acompañar otra cartilla destinada a enseñar a leer que se usaría en una gran campaña contra el analfabetismo. Cuando el secretario de educación, Jaime Torres Bodet, leyó el texto, se negó a publicarlo, sin duda, porque le disgustó el aire religioso y el carácter reaccionario del escrito de Reyes. Tuvo toda la razón. Torres Bodet, un poeta muy culto e inteligente, se dio cuenta de que tras la retórica laica de la *Cartilla moral* había una propuesta asociada a la civilización cristiana. Reyes, por ejemplo, rastrea la fuerza que evita entre los humanos el exceso en todas sus formas en la combinación de dos diosas —y dos conceptos—, Némesis y Aidos. Némesis encarna la reprobación indignada del exceso, sea de orgullo, de felicidad o de belleza; se asocia a la justicia. Aidos, por su lado, personifica el sentido de vergüenza, pudor y dignidad propia. Reyes observa que este sentido de vergüenza era visto por los griegos como impuesto desde afuera y que el cristianismo transformó la vergüenza en un sentimiento interior, el de la culpa, que por supuesto se asocia a la noción religiosa de pecado. La *Cartilla moral* utiliza estos argumentos para fundamentar la idea del respeto que cada humano se debe a sí mismo, lo que asegura una "buena economía del alma" y el "buen funcionamiento de nuestro espíritu". Desde luego, Reyes se expresa con maestría y elegancia, nada comparable a la prosa pedestre y cursi con que López Obrador expone las bases de la constitución moral que debe regir a los mexicanos agrupados en una república amorosa. Es posible que el cristianismo de López Obrador se haya inspirado originalmente en el maestro que en Villahermosa le dio clases de civismo cuando estudiaba la secundaria y que ha escrito un libro en el que sostiene que el Jesús bíblico fue un líder nacionalista y antiimperialista. Me refiero a Rodolfo Lara Lagunas, a quien López Obrador aprecia mucho. En su libro *Jesús, líder de izquierda* (2019) inventa a un mesías carismático, dirigente del movimiento de los zelotas, patriota y revolucionario, que luchó contra la oligarquía judía colaboradora del imperio romano en nombre de los más pobres. Es

evidentemente una proyección de la imagen de López Obrador a la antigua Galilea.

Se podría creer que todo este tinglado moral no va más allá de unos sueños utópicos, religiosos y reaccionarios del presidente, y que no se trata de una amenaza real. No es así. El problema es que, en nombre de esa constitución moral se ha violado la Constitución que rige a los mexicanos. La constitución moral se esgrime para legitimar los atropellos a la Constitución real. Un ejemplo especialmente alarmante fue cuando Morena y sus partidos aliados violaron la cláusula de sobrerrepresentación para, sin tener el voto necesario de los ciudadanos, alcanzar una aplastante mayoría de representantes en el Congreso, tanto en la Cámara de Diputados como en la de Senadores. Los principios morales que asumieron los llevaron a arrollar las leyes y, con ello, avanzar por el camino de retorno al autoritarismo.

6. El estilo irracional de gobernar

El historiador Daniel Cosío Villegas, en un brillante estudio sobre el presidente Luis Echeverría, hizo famosa la frase con que tituló su libro: *El estilo personal de gobernar*. Justificaba sus reflexiones por el hecho de que en México la gran debilidad de las instituciones políticas, ante el inmenso poder del presidente, hacían necesario examinar el temperamento, el carácter, las simpatías y las antipatías, la educación y la experiencia de la persona que ejerce el Poder Ejecutivo. Con esto impulsó una manera de comentar la vida política que toma menos en cuenta las ideas y el contexto social, para concentrarse en el estilo personal que los presidentes le imprimen a sus actos y declaraciones. No proponía Cosío Villegas un análisis psicológico del presidente, sino una reflexión sobre las huellas que su carácter dejaba en sus obras y sus palabras. Ante la peculiar fisonomía mental del presidente López Obrador, los comentaristas y los analistas han encontrado un terreno fértil para sus reflexiones. Les facilita su trabajo el hecho de que el presidente hace una especie de catarsis en sus cotidianas conferencias de prensa, las famosas “mañaneras”, donde practica el arte de madrugar para ver si logra que amanezca más temprano en el país, y se disipe la oscuridad gracias al conjuro de sus palabras.

El estilo muchas veces oculta las situaciones en las que transcurre la escena política. No siempre es revelador. El estilo del gesticulador que presentó Rodolfo Usigli en su conocida obra de teatro es la máscara de quien asume una identidad revolucionaria que no es la suya. Es posible que esta idea provenga de Schopenhauer, quien pensaba que imitar el estilo de otro hombre es como llevar una máscara, y que ello acaba provocando disgusto, porque carece de vida. En su conocido ensayo sobre el estilo Schopenhauer afirmó que el pensamiento es lo que da belleza al estilo, y que quienes no piensan bien tienen que adornar sus pensamientos con estilo. El estilo, así, puede ocultar al pensamiento débil. En México, desde Usigli, estamos hartos de contemplar el estilo de gesticuladores políticos que se esconden detrás de máscaras. Sin duda, las máscaras son reveladoras a su manera, como lo es también el estilo de gobernar de un político. ¿El estilo de López Obrador es el de un gesticulador?

El régimen de López Obrador ha sido bautizado como el gobierno de la 4T, es decir, de la Cuarta Trasformación. Las tres anteriores fueron la independencia de España, la reforma liberal y la revolución de 1910. Posiblemente estas grandes trasformaciones son las tres máscaras que adopta como estilo de gobierno el presidente. Más concretamente, podemos ver que usa las máscaras de Morelos, Juárez y Madero para representar un cuarto episodio supuestamente tan trascendental como los tres anteriores. Tenemos aquí a un personaje que declara su humilde servidumbre ante una nación que debe ser independiente, aunque no haya ya un enemigo colonialista al que vencer. También encarna la severa austeridad y la gran tenacidad de un reformista liberal que se enfrenta a los molinos de viento de un conservadurismo inventado. Asimismo, retoma la espiritualidad mística y moralista de un luchador por la democracia contra una dictadura imaginaria. Allí están las tres máscaras, completamente fuera de su contexto original, que fueron terribles tiempos de guerra: ya no hay una España colonial de la cual independizarse. Tampoco vemos una Iglesia ultraconservadora a la que es necesario arrebatar de sus manos muertas las propiedades que acapara. Imposible, además, ubicar una larga dictadura que sea

preciso derrocar. Pero sí aparecen los enemigos fantasmales que hay que combatir o reducir: el reino de España, los conservadores y los neoporfiristas. El combate contra estos tres fantasmas se transforma en un estilo de gobierno. La historia tachonada de grandes héroes que invoca López Obrador elude su lado amargo, incómodo e irónico: la independencia acaba degradada por un ridículo emperador, la reforma liberal desemboca en la dictadura y la revolución acaba en manos de burócratas autoritarios. Me temo que la transición a la democracia acabe naufragando gracias a un demagogo populista.

El resultado de la puesta en escena de una fantasmagórica Cuarta Transformación acaba en un estilo irracional de gobernar que no tiene relación con la realidad que vivimos. Funciona como una realidad imaginaria inventada desde Palacio Nacional, donde se evocan los tiempos heroicos que desde allí se vivieron hace muchos años. Es muy común que los gobernantes mientan repetidamente, y López Obrador lo hace con fruición. Pero además da la impresión de que se ha inventado una realidad falsa y no sabemos si realmente cree en ella o sólo lo pretende. La ineptitud que muestra en muchas tareas de gobierno puede ser una señal de que verdaderamente está convencido de que existe esa realidad alternativa. Esta realidad consiste en un país esencialmente corrupto y decadente, dominado por una mafia de oligarcas nefastos, poblado de una multitud de opositores corroídos por el conservadurismo en un mundo carente de espiritualidad y sobrado de egoísmo. Éste es el mundo contra el que se enfrenta y que quiere transformar. Por supuesto no quiero negar que el capitalismo, el mexicano y el global, esté lleno de defectos y sea un sistema que se sostiene gracias a la explotación de la mayoría. Pero López Obrador no se propone derrocar este sistema con el garrote de su 4T. En su realidad imaginaria no hay un régimen capitalista para reformar o combatir, sino un pueblo bueno y unos cuantos empresarios honestos en los que pretende apoyarse y otros muchos corruptos a los que hay que moralizar y leerles la cartilla de un proyecto económico que gira en torno de un vago nacionalismo, apoyado en el petróleo y en una estatización mal delineada. Pero como lo domina una obsesión por la austeridad,

está debilitando las funciones administrativas y técnicas del gobierno que se supone debe concretar el proyecto económico. Aparentemente, quiere compensar los déficits que produce la austeridad con altas dosis de demagogia y moralina. Esta puesta en escena acaba generando una gran ineptitud en la operación del gobierno. El estilo personal ha devorado la racionalidad necesaria para que las instituciones funcionen adecuadamente.

Con frecuencia se define a López Obrador como un líder carismático. El carisma se suele asociar a un fenómeno político peculiar, el bonapartismo, caracterizado por el surgimiento de un dirigente poderoso apoyado por una amplia masa popular. Los líderes populistas han sido definidos como bonapartistas dotados de un atractivo carisma. Max Weber, el sociólogo que mejor ha explorado el fenómeno carismático, señaló que lo importante no son las cualidades del líder, sino la manera en que sus adeptos lo valoran y le asignan una capacidad extraordinaria. Se suele atribuir al líder una capacidad profética y mesiánica. Pero lo que caracteriza al carisma político no son los dones excepcionales que se le atribuyen al líder, sino el hecho de que hay una masa social que está fervorosamente convencida de que el dirigente tiene dotes asombrosas que lo impulsan a cumplir una misión.

El fenómeno del populismo bonapartista carismático, por su carácter espectacular, a veces oculta un hecho fundamental: son las circunstancias sociales las que determinan el surgimiento del líder y no su supuesto carácter superior. Este hecho puede ilustrarse con el penetrante análisis, ya clásico, que hizo Karl Marx de ese episodio que llamó “el 18 brumario de Luis Bonaparte”. Para Marx el golpe que llevó al poder a este líder fue la manifestación del famoso *dictum* según el cual, como dijo Hegel, los grandes hechos y personajes de la historia se producen dos veces; pero a Hegel se le olvidó decir, añadió Marx, que ocurren primero como tragedia y después como farsa. Fueron las confrontaciones sociales en Francia las que crearon “las circunstancias y las condiciones que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe”, subrayó Marx. El sobrino de Napoleón Bonaparte repitió las hazañas

de su tío como farsa. Una de sus tonterías fue la expedición a México, que terminó en una derrota estrepitosa y ridícula.

Algo similar ocurre con líderes populistas que pretenden encarnar a grandes personajes de la historia, como a Simón Bolívar o a Benito Juárez. No son más que una farsa que repite grandes acontecimientos en forma grotesca. Muchas veces la repetición ocurre como una bufonada desastrosa. Es lo que ocurrió en Venezuela con Hugo Chávez y lo que está pasando en México con López Obrador. Cuando las circunstancias políticas y sociales colocan en el poder a un líder que no está a la altura de los retos que enfrenta, los resultados son aciagos. Si se prolongan durante mucho tiempo, como en Venezuela, las consecuencias son catastróficas. Pero la comparación entre Chávez y López Obrador sólo sirve para comprender la naturaleza del evento inicial, pues la deriva de los dos líderes es muy diferente: uno desembocó en un absurdo "socialismo del siglo XX" y el otro está intentando consolidar un régimen populista de derecha. Pero no hay que descartar que, aun carente de vocación revolucionaria izquierdista, las tensiones o la crisis inclinen a López Obrador hacia actos delirantes, como sucedió con el presidente López Portillo, quien en un arranque estatizó de manera fulminante a la banca privada en 1982, sin que ello inaugurase un cambio político hacia la izquierda. De hecho, la nacionalización de la banca fue la patada de ahogado de un régimen que abrió las puertas al periodo neoliberal que hoy López Obrador quiere cerrar.

La irracionalidad y las bufonadas aparecieron desde el primer día en que López Obrador tomó posesión del cargo de presidente. El 1 de diciembre de 2018, después de dar un insulso discurso en el Congreso donde reafirmó los tópicos que incansablemente ha repetido durante años, tuvo la ocurrencia de participar en una ceremonia en el Zócalo organizada por sus seguidores para que los "pueblos originarios" le entregaran el bastón de mando. Fue uno de los actos más ridículos y artificiales que yo haya visto, que me recordó la cursilería indigenista de Echeverría y López Portillo. Pero ahora el *kitsch* llegó a un extremo casi sublime. En la ceremonia, más serio que el retrato de un prócer de la patria, el presidente fue

purificado mediante rituales seudomágicos y seudoreligiosos. Fue la representación solemne y artificiosa del más barato indigenismo. Aparentemente, fue la actriz Jesusa Rodríguez la encargada de la coreografía del acartonado ritual, inventado para conmover hasta las lágrimas a los fans del presidente con altas dosis de ramplonería. Fue un montaje falso y absurdo, verdaderamente vergonzoso, una burla a los indígenas. Los 68 supuestos “representantes” de los indígenas fueron acarreados a un espectáculo degradante para hacerle una “limpia” al presidente con el fin de “purificarlo”. En retribución, ya depurado, declaró pomposamente que buscaría a su vez purificar la vida y la función públicas. Después de recibir el bastón de mando, en un larguísimo discurso reafirmó uno por uno los cien compromisos que lo guiarían en su mandato. No fue conciliador, sino agresivo. Muy incoherente y contradictorio, repitiendo lo que dijo durante toda su campaña. No se presentó como un estadista. Fue el merolico de siempre. Durante la ceremonia un indígena se acercó al presidente, le dio un crucifijo y se arrodilló ante él. El presidente, a su vez, se arrodilló con falsa humildad ante el indígena. En algún momento declaró enfáticamente: “No tengo derecho a fallar [al pueblo de México]. Nada material me interesa, ni me importa la parafernalia del poder”. Pero lo que contemplamos en esa ceremonia fue precisamente la más espectacular parafernalia inventada para celebrar su llegada al poder. Y lo que vemos dos años después es que le está fallando a México. El presidente muestra una desmedida ansia de poder y una gran sed de trascendencia.

TERCERA PARTE
EL FRACASO

1. El protector

El populismo parte de una exaltación del pueblo como fuente originaria de las bondades del líder, quien se erige no solamente como su representante, sino también como su protector o benefactor. El populismo, por consiguiente, implementa mecanismos concretos para favorecer a los sectores populares, especialmente a los que viven en condiciones de pobreza y precariedad. En principio, no hay nada criticable en ello. Pero hay que analizar estas acciones en el contexto más amplio de un proyecto de política económica peculiar. Usualmente el populismo distingue las acciones de quienes benefician al pueblo y las contrasta con las actitudes de quienes lo perjudican. Con ello pretende reducir la política económica a un dilema moral. En consecuencia, llega a una posición política maniquea que sólo distingue a los buenos de los malos, y que impone una polarización artificial en sociedades muy complejas y llenas de matices. En la retórica de López Obrador solamente hay dos opciones: la suya, que es la buena, es la postura liberal que se enfrenta a la alternativa conservadora, que es maligna. Está extrapolando la época de Benito Juárez a la situación actual de manera absurda. Esta exclusión de los matices, tan importante en la democracia, conlleva un talante autoritario.

Vale la pena examinar muy brevemente los mecanismos que el gobierno está aplicando para beneficiar al pueblo, y que se orientan por la consabida consigna: “por el bien de todos, primero los pobres”. Aquí aparentemente hay una coincidencia entre las decisiones del gobierno populista y los postulados que orientan al clásico Estado de bienestar impulsado por las socialdemocracias. Por ejemplo, López Obrador ha decidido extender a toda la población mayor de 68 años una pensión bimensual de 2,700 pesos y una pensión similar a todas las personas con discapacidad. Ha implementado un amplio programa de becas a estudiantes de todos los niveles, comenzando por los apoyos a niños y jóvenes de familias en pobreza extrema. Se agrega una beca a todos los estudiantes adolescentes de 15 a 18 años y otra selectiva para estudios superiores y universitarios. Los mayores de 68 años beneficiados son unos 8 millones de personas y los estudiantes becados serán más de 10 millones. Otro programa emblemático, denominado “Jóvenes Construyendo el Futuro”, se propone becar en los próximos años a más de 2 millones de ciudadanos de entre 18 y 29 años, para que se formen trabajando en empresas que los acojan como aprendices. En total, más de 20 millones de personas recibirán estos apoyos. Además, el gobierno de López Obrador incrementó sustancialmente los salarios mínimos.

Más allá de los defectos que puedan tener estos programas y de los retrasos que los afecten, algo en lo que por ahora no me detendré, vale la pena meditar sobre sus posibles consecuencias. No me refiero a los evidentes y loables efectos beneficiosos asociados a las ayudas a los más pobres y desprotegidos. Estas medidas están supuestamente pensadas para impulsar el crecimiento económico y el bienestar de toda la sociedad mexicana. Son parte de un plan más amplio, que no tiene semejanza con las propuestas socialdemócratas. Se pretende que estas acciones, asociadas al apoyo a los campesinos, a los microempresarios, a la refinación de petróleo y a la construcción de vías de comunicación, han de ser el detonador del crecimiento y del desarrollo. Pero en un contexto capitalista las cosas no son tan sencillas, pues el dinamismo del sistema radica en la búsqueda de ganancias y no en

una doctrina moral como la de López Obrador, caduca y reaccionaria. La aplicación de esta política provoca grandes desequilibrios y reacciones negativas en los sectores empresariales más eficientes y productivos. La economía capitalista se estanca y deja de producir riqueza. Pero produce cada vez más pobres a los que hay que ayudar para que escapen de la miseria.

A estos problemas se añade que hay una motivación política en las medidas que aplica el gobierno: hay un objetivo obviamente proselitista y electoralista al canalizar apoyos económicos directos a millones de personas que forman una extensa base clientelar para el partido que está en el poder. Esto mismo es lo que ha hecho el PRI durante el largo periodo en el que ejerció el poder sin contrapeso. Así que no solamente hay intenciones humanitarias en estos apoyos. Hay un obvio sesgo político: la "economía moral" que se aplica es también una fábrica de votos pensada para mantener en el poder al grupo populista.

Al mismo tiempo surge un círculo vicioso: para liberar recursos financieros y realizar estos programas el gobierno se ha sometido a un extremo régimen de austeridad que ha provocado mucho desempleo y una baja en la derrama de ingresos, lo que deprime al mercado interno. El resultado de todo esto es que aparecen tendencias recesivas que acaban perjudicando precisamente a aquellos que se supone debían ser protegidos: los pobres. Las inversiones en comunicaciones (aeropuerto de Santa Lucía y tren maya) y en petróleo (refinerías) no llegan a ser suficientes para compensar el retroceso económico, además de ser muy cuestionables.

Los resultados negativos de esta política populista ya eran bien visibles a comienzos de 2020, cuando México fue alcanzado por la pandemia del covid-19. Las consecuencias han sido catastróficas y nadie entiende por qué el presidente dijo que el coronavirus le caía "como anillo al dedo", a menos que tuviese en mente que los efectos económicos de la pandemia ocultarían su pésima gestión. Si el gobierno, para mostrar su fuerza a los poderosos empresarios, en lugar de cancelar la construcción del aeropuerto en Texcoco hubiese procedido a una reforma fiscal para elevar los impuestos a los más

ricos, hoy la situación sería muy diferente. Pero después de los estragos del covid-19 ya no parece posible una importante reforma fiscal. Hay que recordar que López Obrador había proclamado que su gobierno tendría suficiente dinero por el mero hecho de eliminar la corrupción, pues se ahorrarían 500 mil millones de pesos que por ese medio se perdían. El cálculo era una tontería, pues al bloquear la corrupción —algo elogiable—, en realidad quienes ahorrarían dinero serían las empresas que solían pagar mordidas a los burócratas. Cuando llegó al gobierno se encontró que no tendría ese dinero. Por ello, los recursos para que el líder protector beneficiase a “su” pueblo quedaron muy reducidos. A ello se agregó el imprevisto desplome de los precios del petróleo y la gestión deficiente que caracteriza a los nuevos funcionarios del gobierno.

Además de la pandemia del coronavirus, otro acontecimiento golpeó decisivamente la política populista y marcó el inicio de la decadencia del gobierno. Me refiero a la gran manifestación de mujeres del domingo 8 de marzo de 2020, convocada por Las Brujas del Mar, y el impresionante paro feminista del día siguiente. El movimiento de mujeres se enfrentó claramente al desdén del presidente y lo exhibió como un político cerrado, cerril y machista. El gobierno de López Obrador quedó herido por el movimiento feminista y ya no se ha recuperado de ese golpe. Poco después llegó la pandemia del covid-19 que provocó el derrumbe de los planes de la 4T. Todos los éxitos económicos que se pretendían se desplomaron y desaparecieron del horizonte. No fue capaz el presidente de delinear una política clara y precisa para enfrentar la crisis. Todo siguió igual por un tiempo. El gobierno insistía que para enfrentar la epidemia bastaba continuar con los programas de apoyos y becas, seguir construyendo la refinería de Dos Bocas, el tren maya, el aeropuerto de Santa Lucía y el corredor transístmico. No agregó nada más, salvo que decidió aumentar los recortes al gasto. López Obrador despreció la amenaza del covid-19, como hicieron Donald Trump, Jair Bolsonaro, Boris Johnson y Vladimir Putin, con consecuencias infaustas. Y como casi todos ellos, acabó contagiado. En plena pandemia, siguió con sus viajes por el país, besó a niños, le dio la mano a la madre de un sanguinario criminal

(el Chapo Guzmán) y llamó a la gente a reunirse, a festejar y a acudir a los mercados. Hasta que los médicos lograron frenarlo, tardíamente, y se resistió a medidas severas de aislamiento. Obviamente, no logró evitar una gran crisis, pérdida masiva de empleos y quiebra de empresas pequeñas. Se negó a gastar dinero en salvar empresas y empleos; se limitó a prometer créditos directos, que no han servido de mucho. No quiso pactar con los empresarios, los partidos políticos y los sindicatos una política para enfrentar la pandemia. El desastre que ya se veía venir, provocado por su errática y confusa política, se precipitó súbitamente. Todos sus sueños absurdos comenzaron a desbaratarse. La 4T dejó de tener futuro. El porcentaje de apoyo al presidente, según las encuestas, se desplomó en aquellos momentos a menos de la mitad. Si alguien creyó que López Obrador era una especie de mesías, se decepcionó. Resultó ser un cacique incapaz de entender lo que sucedía. El mundo estaba en crisis y apenas se percataba de ello.

2. Violencia e inseguridad

Hay conflictos cuyo estallido, aunque breve, resulta muy revelador y significativo. Iluminan el paisaje como lo hace un relámpago. Para comprender la extraña política del gobierno de López Obrador ante la violencia homicida y los narcotraficantes, es muy interesante observar lo que ocurrió el jueves 17 de octubre de 2019 por la tarde en la ciudad de Culiacán, en Sinaloa, que es la capital histórica del cártel de narcotraficantes encabezado originalmente por el Chapo Guzmán, quien purga en Estados Unidos una cadena perpetua por sus delitos. Ese jueves un grupo de militares detuvo a uno de los hijos del Chapo, Ovidio Guzmán, en una casa dentro del lujoso fraccionamiento Tres Ríos en Culiacán. Seguramente fue localizado gracias a la información de alguna agencia de Estados Unidos y la detención obedeció a una orden de extradición emitida por un juez. Ovidio tuvo tiempo de avisar a sus compañeros miembros del cártel, antes de rendirse ante los militares. Poco después, decenas de narcos bien armados invadieron las calles de la ciudad, tomaron la iniciativa frente a la patrulla militar que había detenido a su capo y la rodearon. La superioridad de los sicarios era evidente, tanto en número como en armamento. La operación de captura fue tan mal planeada y ejecutada con tanta torpeza que en muy poco tiempo los militares fueron sitiados, fue asaltada la cárcel local, de la que se

fugaron muchos presos, los sicarios tomaron rehenes y bloquearon muchas calles de Culiacán. Las autoridades perdieron durante horas el control de la ciudad y enmudecieron, mientras la prensa informaba de enfrentamientos armados y de gente huyendo aterrorizada por los disparos. Ante la situación caótica el gobierno decidió liberar a Ovidio Guzmán. La confusión era enorme y el secretario de Seguridad, Alfonso Durazo, declaró que la detención había sido por azar durante un patrullaje rutinario. Al día siguiente tuvo que reconocer que la operación había sido un intento "fallido, deficiente e improvisado", que no había previsto la reacción de los criminales. El resultado fue que el gobierno de López Obrador sufrió una humillante derrota.

El propio presidente ha admitido que el estallido de Culiacán revelaba que había una nueva situación. En su libro *Hacia una economía moral*, de 2019, afirmó: "la prueba más contundente de que existe una nueva política de seguridad se expuso con claridad ante la crisis de terror que se vivió por la tarde del jueves 17 de octubre [de 2019] en Culiacán, Sinaloa". Reconoce que se trataba de un operativo que obedecía a una orden de extradición contra Ovidio Guzmán. "En esta verdadera prueba de fuego —escribe López Obrador—, debido al elevado riesgo que provocaron los delincuentes al salir a la calle con armas de alto calibre, se prefirió detener el operativo y liberar al implicado para evitar una masacre en la que hubieran perdido la vida más de 200 personas, la mayoría civiles". Me asombra que quiera que creamos que el fiasco de Culiacán sea el ejemplo de la nueva política. Yo además creo que la crisis fue una muestra de la deficiente y fallida estrategia de seguridad, que pretende, según López Obrador, "cambiar las medidas de guerra por una política de paz y seguridad integral que ataque las raíces mismas del descontrol delictivo y de la pérdida de seguridad, y que tenga como objetivo inmediato la reducción de los índices de criminalidad".

Estos índices no se han reducido en absoluto y no veo que la vergonzosa actuación militar en Culiacán sea otra cosa más que el ejemplo de un fracaso moral, en el que se propicia y se acepta que las fuerzas de la justicia sean doblegadas por los criminales.

Muchos meses después, el 19 de junio de 2020, el presidente aclaró que él mismo había dado la orden de liberar al hijo del Chapo. Dijo que Donald Trump aceptó no intervenir para apoyar las deficiencias de los militares mexicanos, con lo que el presidente de Estados Unidos mostró su respeto ejemplar hacia México. Lo peor de todo es que López Obrador pretendió que en su acción había una regeneración ética fundamentada en "auspiciar la cohesión y el fortalecimiento de la familia", un tema que le suele arrebatar a la derecha conservadora. Para él la familia es "el más eficaz sistema de seguridad social que tenemos", una idea que parece sacada de la más reaccionaria y rancia asociación de padres de familia. Por eso hace esas ridículas llamadas a los narcos para que no hagan sufrir a sus mamás.

El marco de esta "nueva política de seguridad" consiste en una decisión del gobierno que contradice la postura que durante sus campañas electorales había sostenido López Obrador. Sorpresivamente decidió militarizar las funciones policiales. En lugar de enviar al ejército a los cuarteles y retirarlo del combate contra el crimen, como durante años había pregonado, creó un nuevo cuerpo, la Guardia Nacional, un órgano completamente militarizado y bajo el mando del ejército. El secretario de Seguridad, Alfonso Durazo, quiso aclarar la confusión que se creó con un juego de palabras, y dijo que se iba a "policializar al ejército, no militarizar a la policía". Es decir, el ejército iba a realizar funciones policiacas. La "nueva política" es contradictoria: por un lado, militariza las funciones policiales y legaliza la intervención del ejército en tareas civiles, y por otro lado frena la fuerza militar con el pretexto de mantener la paz y la tranquilidad. En consecuencia, como ocurrió en Culiacán, se tiende a evitar confrontaciones con los cárteles de narcos y las mafias criminales. Es la famosa política de "abrazos, no balazos" que en la práctica cotidiana equivale a castrar a las fuerzas encargadas de mantener el Estado de derecho para que se comporten mansamente, como los bueyes. El resultado ha sido que siguen muy elevadas las tasas de criminalidad, especialmente los homicidios. En su informe del 1 de diciembre de 2020 el presidente tuvo que reconocer que la tasa de homicidios había subido casi un

8%. Hay otro aspecto contradictorio en las funciones de la Guardia Nacional: a pesar de que el presidente intentó incluir, en la modificación a la Constitución que la fundó, la idea de que debía tener un mando militar, los legisladores no la aceptaron y la definieron como un órgano de carácter y mando civiles. Sin embargo, la forma en que realmente opera la Guardia Nacional, con su comando militar, es claramente inconstitucional. Ello revela la corrupción política que aún impera.

La lógica que parece estar detrás de la "nueva política" es la de intentar un retorno a los tiempos en los que había un cierto equilibrio entre las fuerzas del orden y los grupos criminales. En esos tiempos probablemente funcionaban pactos implícitos entre la delincuencia y la policía, lo que protegía relativamente las operaciones ilegales de los narcotraficantes. Tengo la impresión de que existía un modelo de interacción entre los traficantes y el gobierno que se erosionó con la transición democrática y que fue roto por el presidente Felipe Calderón con el propósito de frenar la corrupción de importantes esferas del Estado, penetradas por los narcotraficantes. ¿Está buscando López Obrador una regeneración de ese viejo modelo de equilibrios con los criminales? Ha enviado mensajes muy claros a los narcotraficantes al ostentar la mansedumbre de la Guardia Nacional, después de desmantelar a la Policía Federal, y al liberar a Ovidio Guzmán. Otro mensaje consistió en ir a Badiraguato, el sitio natal del Chapo Guzmán, para saludar a la madre del convicto. Un intelectual muy cercano a López Obrador, el historiador Lorenzo Meyer, declaró en 2009 que no era posible vencer a los traficantes de drogas y que lo mejor sería negociar con ellos, una negociación que calificó de "moralmente repugnante", pero que tenía un "lado ético defendible: una guerra sin victoria posible es una prolongación indefinida de la masacre y la brutalidad". La conclusión de Lorenzo Meyer fue aterradora: "Negociar con organizaciones criminales no es una solución ideal, pero la alternativa es peor". ¿Lorenzo Meyer expresa la política de López Obrador? En todo caso, no se está logrando la pacificación y la tasa de homicidios no baja. Los narcos siguen disputándose territorios y rutas, y continúan matándose entre ellos. Además, están aprovechando la política de los mansos

abrazos para ocupar más espacios y retar directamente a jueces y funcionarios. El 16 de junio de 2020 fueron asesinados en Colima el juez Uriel Villegas y su esposa; este juez se había encargado de varios juicios contra cárteles de narcotraficantes. Fue una advertencia directa al Poder Judicial.

Uno de los más peligrosos y agresivos de los cárteles de narcotraficantes, el de Jalisco Nueva Generación, popularmente conocido como el de las "cuatro letras" (CJNG), casi logró asesinar al jefe de la policía de la Ciudad de México el 26 de junio de 2020. El atentado fue espectacular y ocurrió en el elegante barrio Lomas de Chapultepec. Es una señal clara de que este cártel está presente en la capital del país y que exige, como el de Sinaloa, que también se le trate con abrazos y no con balazos. Y lo demanda a punta de pistola. Acaso también fue una venganza por algún acto cometido por el jefe de la policía de la Ciudad de México cuando fue jefe de la Policía Federal en el estado de Guerrero, y que los narcos consideraron como traición.

El dirigente del sanguinario Cártel de Santa Rosa de Lima, en Guanajuato, conocido como el Marro, en 2019 respondió así a la política de abrazos, en una misiva al presidente: "Ya viste que me metí con […] tus pinches policías y que si me tumbaste a X de mi gente yo te voy a reventar el doble, y por cada gente que me chingues, dos tuyas la van a pagar". El gobierno, a inicios de agosto de 2020, no tuvo más remedio que capturarlo sin ningún abrazo. Esto favoreció al Cartel Jalisco Nueva Generación, el gran enemigo y rival del Marro, y cuyo poderoso jefe Nemesio Oseguera, *el Mencho*, tampoco parece dispuesto a intercambiar más que balazos.

La militarización del país ha avanzado a pasos agigantados. Las fuerzas armadas se han convertido en el principal apoyo de la presidencia y han invadido un sinnúmero de funciones que deberían estar reservadas a los civiles. El pretexto es la suposición de que las fuerzas armadas son más eficientes y menos corruptas que las instituciones civiles. Este mito se está cayendo a pedazos, pues cada vez es más evidente que no son muy eficaces y que la corrupción ha penetrado profundamente en sus filas, hasta los más

altos niveles, como pareció indicar el arresto en Estados Unidos del general Salvador Cienfuegos, exsecretario de Defensa. Otro pretexto para el uso extensivo del ejército y la marina es que son formaciones compuestas esencialmente por el pueblo, que según la retórica oficial es la reserva de las más profundas bondades morales. También se justifica el uso del ejército en tareas civiles con una razón absurda de tipo financiero. El mismo intelectual que legitimaba la negociación con los narcos, Lorenzo Meyer, afirmó en octubre de 2020 que “México simplemente no puede darse el lujo de mantener recluida en sus cuarteles una fuerza armada, adiestrada y disciplinada de 277 mil efectivos y con un presupuesto que ronda los 150 mil millones de pesos”. El argumento plantea que como esta potencia militar no serviría de nada en un eventual e impensable conflicto bélico con algún país vecino (¿Estados Unidos, Guatemala?), entonces las tareas de las Fuerzas Armadas deben ser internas, para aprovecharlas y que no queden ociosas en los cuarteles. Pero una alternativa racional y progresista debería ser otra muy distinta: reducir drásticamente el número de efectivos y el presupuesto destinado a las funciones militares y crear una fuerza policiaca civil bien entrenada y de alto nivel que se encargue de las labores de seguridad y combate al narcotráfico. A esta medida debería agregarse otra muy importante: poner a civiles en el mando de las secretarías que controlan las Fuerzas Armadas. López Obrador ha hecho todo lo contrario: ha asignado tareas administrativas, empresariales y de seguridad a los militares, dotados con un alto presupuesto. Se ha militarizado el país y no parece que México se beneficie de ello. La inseguridad y la violencia siguen desatadas y han crecido las posibilidades de que aumente la corrupción en las filas militares.

La política de seguridad es abordada por el gobierno también desde el plano simbólico. Y uno de los símbolos más evidentes de la falta de seguridad en México sigue siendo la horrenda matanza de los estudiantes de Ayotzinapa, en Iguala, el 26 de septiembre de 2014. El presidente decidió retomar la investigación, pero no la colocó en manos de la Guardia Nacional ni de la Fiscalía. Como sólo le interesa la propaganda simbólica, la encargó a un

subsecretario de Gobernación, Alejandro Encinas, un servidor fiel y que fue dirigente del PRD cuando ocurrió la desaparición de los 43 estudiantes. La indagación no ha avanzado gran cosa, pero Encinas, que carece totalmente de experiencia en tareas de investigación policial, afirmó con contundencia que había derribado la llamada “verdad histórica”, aunque no ha sido sustituida por otra verdad. Acaso el subsecretario, un político que proviene de la izquierda, está allí para encubrir la cadena de responsabilidades del partido (en el que militó el presidente muchos años) en los hechos ocurridos en Iguala. Esta cadena de responsabilidades comienza por el gobernador perredista Ángel Aguirre, continúa con su secretario de Salud, Lázaro Mazón, quien impulsó al siguiente eslabón de la cadena, José Luis Abarca, para que éste llegase a la alcaldía de Iguala y quien hoy está preso acusado de mantener, junto con su esposa, una relación con el narcotráfico. El eslabón clave fue Lázaro Mazón, poderoso líder regional, exalcalde de Iguala y exsenador, quien fue propuesto por López Obrador como candidato a la gubernatura de Guerrero en 1999. Sin duda, como se ha dicho, hubo un crimen de Estado, pero se inició en el estado de Guerrero. Esa parte de la responsabilidad no es investigada y ahora simplemente se eluden las culpas del gobierno estatal. Sorpresivamente, en enero de 2021 el diario *Reforma* filtró la información de un testigo protegido que casi un año antes había declarado que no sólo la policía estatal, sino también el ejército había intervenido para apoyar al grupo de narcos (Guerreros Unidos) que había asesinado y esfumado los cuerpos de los 43 estudiantes de Ayotzinapa. El testigo aseguró que varios mandos militares y policiales recibían periódicamente dinero de los narcos. La noticia cayó como una bomba en el momento en que las Fuerzas Armadas habían logrado que el general Cienfuegos, acusado de colusión con los narcos en Estados Unidos, fuese absuelto por la Fiscalía.

3. La peor política exterior

La nueva policía militarizada ha sido ineficaz para frenar la ola de violencia interior, pero ha sido usada como instrumento de la política exterior con el objeto de complacer las exigencias de Donald Trump y poner un muro a la inmigración de centroamericanos hacia Estados Unidos. La política mexicana sobre temas migratorios ha sido dictada por Washington. El problema migratorio se agudizó cuando la demagogia política de López Obrador lo hizo caer en su propia trampa. Cuando era todavía presidente electo proclamó imprudentemente que los migrantes centroamericanos serían bienvenidos. Es increíble que López Obrador no viese lo evidente: que la migración era un tema muy relevante para Trump, quien estaba obsesionado por construir un muro en la frontera. No tardaron en organizarse grandes marchas de hondureños, salvadoreños y guatemaltecos que invadieron México para dirigirse a la frontera con Estados Unidos. El gobierno de Trump reaccionó agresivamente, amenazó con aplicar aranceles, y López Obrador fue obligado a usar la mitad de los efectivos de la Guardia Nacional para frenar la oleada de migrantes. Miles de guardias fueron apostados en las fronteras sur y norte para reprimir a los inmigrantes extranjeros. La policía militarizada se convirtió en el gran complemento del anhelado muro que Trump construía en la

frontera. Hacía mucho que México no tenía un gobierno tan complaciente ante la política imperial de Washington.

Como siempre, el presidente mexicano proclamó que había triunfado, cuando evidentemente había sido aplastado. Para celebrarlo, convocó a un mitin en Tijuana el 8 de junio de 2019, que fue una movilización del más puro estilo priista. El desenlace fue tragicómico. El gobierno mexicano había aceptado dejar de insistir en que se modificaran las peores y agresivas aristas de las leyes y normas migratorias de Estados Unidos. Supuestamente ahora se atacaba el problema en su raíz, bloqueando las causas de la migración mediante la nueva política económica que pretende construir un Estado de bienestar. Se impulsa la misma idea en los países centroamericanos. Pero como el dichoso Estado de bienestar no llega, las causas que impulsan la migración siguen operando. La solución: reprimir y detener con la fuerza militar los flujos migratorios extranjeros. Éste fue el resultado de la consigna que proclama que la mejor política exterior es la interior. Y si la política interior es mala, tendremos la peor política exterior. Esta confusión entre la política interior y la exterior fue evidente cuando el presidente encargó al secretario de Relaciones Exteriores el manejo y el control de las fuerzas militares que debían atajar a los inmigrantes. El resultado fue que Marcelo Ebrard tuvo que resignarse a aplicar la política de Trump en el interior de México. Trump tal vez pensó que su mejor política exterior hacia México había sido la continuación de su descabellada política interior.

Acaso el presidente mexicano quiso compensar su sumisión a la gran potencia del norte con un acto simbólico de anticolonialismo. Con ello no hizo más que el ridículo. El 1 de marzo de 2019 tuvo la ocurrencia de enviarle una carta al rey de España, Felipe VI, pidiéndole que en nombre del Estado admitiese la responsabilidad histórica y ofreciese una disculpa o resarcimiento por las ofensas cometidas durante la Conquista y el proceso de colonización. Las ofensas y violaciones que denuncia la carta de López Obrador fueron la violación del quinto real, la imposición de la fe cristiana, la construcción de templos católicos sobre las antiguas pirámides, la instauración de la esclavitud y las encomiendas, la usurpación de

tierras propiedad de los nativos, el saqueo de riquezas naturales, la imposición de la lengua castellana y la destrucción sistemática de las culturas mesoamericanas. La carta asentaba que “en suma, durante la Colonia se vulneraron derechos individuales y colectivos que con una mirada contemporánea deben asumirse como atentados a los principios que rigen ambas naciones”. Se reconocía que, si bien “en los años inmediatamente posteriores a la Conquista los abusos fueron atribuibles a adelantados que actuaron por cuenta propia”, en contraste “los actos de autoridad durante el largo periodo colonial fueron consecuencia de la aplicación de políticas de Estado”. En esta lógica absurda, los actos agresivos de Hernán Cortés durante la Conquista sólo eran atribuibles a él, mientras que el Estado español debía responder por las atrocidades cometidas durante los siglos coloniales.

El propio presidente, según dijo en su carta, se disponía a pedir perdón por las atrocidades y agravios cometidos por los mexicanos *después* de la Independencia, como por ejemplo las políticas genocidas contra los yaquis o mayas o la persecución de chinos. El gobierno pretendía una “reconciliación histórica” con el pasado de México, un gran acto de confesión y contrición por las antiguas culpas. Y pretendía que en esa especie de inmolación simbólica participase el Estado español en un acto el día 21 de septiembre de 2021, al cumplirse 200 años de vida independiente y 500 años de la caída de Tenochtitlan. De esta actitud de López Obrador emana un olor a sacristía poco apto para entender la historia y poco digno de un político laico. Ningún español o mexicano de hoy tiene que sentirse culpable de lo que ocurrió hace varios siglos. La disculpa, por lo tanto, no tiene sentido más que, acaso, en términos religiosos. Por ello, cuando López Obrador le pidió al papa lo mismo que al rey español, el pontífice católico le contestó que ya se había disculpado, lo mismo que varios papas anteriores.

La carta al rey no se hizo pública de inmediato, pero alguien en el gobierno mexicano la filtró, tal vez por instrucciones del presidente, que seguramente estaba molesto porque el rey no le contestó. Cuando se divulgó la carta, el gobierno español rechazó con toda firmeza el contenido de la carta, y el ministro de Asuntos Exteriores

de España, Josep Borrell, declaró que no iban a pedir perdón a México por los abusos durante la Conquista y la Colonia “del mismo modo que no vamos a pedir a la República francesa que presente disculpas por lo que hicieron los soldados de Napoleón cuando invadieron España; o los franceses van a pedir disculpas a los italianos por la conquista de las Galias de Julio César”. El presidente de México quedó en ridículo; fracasó en su intento de montar un gran espectáculo de nacionalismo anacrónico con la participación del rey español. Al parecer está peleado con el pasado mexicano y necesita las bendiciones eclesiásticas y monárquicas para reconciliarse.

Los zapatistas del EZLN se burlaron de la petición de disculpas al rey de España en un comunicado del 5 de octubre de 2020. Al anunciar un viaje por Europa, que llegará a Madrid en agosto de 2021, los zapatistas proclamaron que “ya basta de jugar con el pasado lejano para justificar, con demagogia e hipocresía, los crímenes actuales y en curso […] NO queremos volver a ese pasado, ni solos, ni mucho menos de la mano de quien quiere sembrar el rencor racial y pretende alimentar su nacionalismo trasnochado con el supuesto esplendor de un imperio, el azteca, que creció a costa de la sangre de sus semejantes, y que nos quiere convencer de que, con la caída de ese imperio, los pueblos originarios de estas tierras fuimos derrotados”. Los zapatistas le estropearán a López Obrador la fiesta nacionalista desde Madrid.

El gobierno de la 4T hace muy poca política exterior. Es evidente que el presidente no se mueve bien en la escena internacional y que no la entiende. Por ello no le gusta salir del país. Otro episodio curioso fue el asilo que le dio a Evo Morales, expresidente de Bolivia, cuando fue obligado a dimitir en noviembre de 2019. México incluso envió un avión militar para rescatar a Evo Morales y sacarlo de su país. Fue muy bien recibido, pero después de casi un mes de una aparentemente incómoda estancia en México, Morales sorpresivamente y sin previo aviso tomó un avión que lo llevó a La Habana. De allí el expresidente boliviano voló a Argentina. Su breve

exilio en México entusiasmó al ala supuestamente radical del partido oficial, Morena, pero no hubo consecuencia notable de su paso por el país. Si acaso, dejó un poco de olor a pólvora bolivariana, lo que alarmó a quienes temen una deriva radical al estilo chavista del gobierno de López Obrador.

Sorprendió a muchos que López Obrador decidiera que su primer viaje al extranjero fuese una visita al presidente Donald Trump. El viaje a Washington se realizó con el pretexto de la apertura del nuevo tratado comercial entre Canadá, Estados Unidos y México. El mero anuncio del viaje levantó una polvareda de críticas, señalando que la visita a Trump durante su campaña por la reelección a la presidencia sería usada con fines electorales. Como Trump se ha dedicado a hostilizar e insultar a los mexicanos y a México, a muchos les pareció incongruente y arriesgado el viaje. Para todos fue evidente que el presidente de Estados Unidos prácticamente le había ordenado a López Obrador que lo fuera a apoyar, y les resultaba vergonzoso que el presidente mexicano se comportara, para usar la vieja fórmula de la izquierda, como un "títere de imperialismo". Debo decir que a mí no me sorprendió la decisión de realizar este viaje, pues me parece que reveló la afinidad que habían establecido dos políticos populistas de derecha, por encima de los roces que puede haber entre los intereses de los dos países.

Así, el 8 de julio de 2020 el presidente llegó a Washington. Sus esfuerzos para que también asistiese el primer ministro de Canadá se frustraron, pues Justin Trudeau, mucho más sagaz y prudente, se negó a apoyar a Trump en su campaña electoral. Evidentemente se había negociado una sesión pública de elogios mutuos que evitara los típicos exabruptos del presidente de Estados Unidos. Trump logró refrenar sus instintos agresivos, no se refirió al muro en la frontera con México y llenó de elogios al presidente mexicano. Éste, por su parte, no sólo colmó de alabanzas a su interlocutor, sino que se permitió mentir abiertamente para ocultar las evidentes muestras de desprecio hacia México y los mexicanos del presidente Trump. López Obrador afirmó que estaba allí "para expresar al pueblo de Estados Unidos que su presidente se ha comportado hacia nosotros con gentileza y respeto, nos ha tratado como lo que somos: un país

y un pueblo digno, libre, democrático y soberano”. Quien se mostró indigno fue el presidente mexicano, que se comportó como un lambiscón. Esa frase de apoyo a Trump fue de inmediato usada en la campaña electoral, especialmente en Texas, un estado con una gran población de origen mexicano. Los republicanos suelen ganar allí, pero las cosas estaban cambiando. Si Trump perdía ese estado, se le cerraba el camino a la reelección. López Obrador le estaba ayudando a ganar allí. Fue vergonzoso.

Además, el presidente fue acompañado de un grupo de poderosos empresarios mexicanos (a los que siempre denostó como “la oligarquía”) en una muestra extraña de que quiere restañar los daños que han provocado a la economía capitalista sus actos imprudentes e intentar que vuelva la confianza perdida de los inversores en México. López Obrador se comportó como un político de derecha que, deslumbrado por el populismo de Trump, intentó con su malhadado viaje a Washington ocultar los destrozos que su propio populismo ha ocasionado en México. Logró concitar el desprecio de los demócratas y de buena parte de los ciudadanos de origen mexicano que viven en Estados Unidos.

Antes de llegar a la presidencia López Obrador había declarado que “Trump y sus asesores hablan de los mexicanos como Hitler y los nazis se referían a los judíos”. Y el muro en la frontera, según dijo, le parecía “un monumento a la hipocresía y a la crueldad”. En Washington y ante Trump el presidente mexicano claudicó de manera vergonzosa ante el supuesto nazismo que le había atribuido demagógicamente al mandatario estadounidense. Estos vaivenes muestran que el presidente se mueve de manera errática y sin rumbo en la política internacional, un terreno desconocido para él. Carece totalmente de sensibilidad ante los temas de política mundial. Un ejemplo especialmente patético fue la ocurrencia que tuvo en septiembre de 2020 durante su discurso ante la asamblea general de la ONU, cuando exaltaba como es su costumbre la figura de Benito Juárez. Para demostrar el esplendor universal del presidente mexicano que tanto admira, López Obrador dijo que “fue tan importante su proceder y su fama que Benito Mussolini lleva ese nombre porque su papá quiso que se llamara como Benito Juárez”.

Dejar caer en las Naciones Unidas el nombre del fascista italiano fue una gran torpeza que asombró a muchos y que fue motivo de burlas. Se ve que al presidente mexicano le revoloteaban vagamente los nombres de Hitler y Mussolini por la cabeza y los citó en el contexto menos apropiado.

En noviembre de 2020 las elecciones en Estados Unidos le dieron el triunfo a Joe Biden. Trump fue derrotado y su fracaso lo sufrieron también todos los que lo apoyaron, como Jair Bolsonaro, Boris Johnson, López Obrador y Vladimir Putin. Su derrota fue celebrada a escala mundial. La necedad del presidente mexicano de apoyar en su campaña electoral a Trump, uno de los más odiosos políticos de nuestros días, le ganó seguramente la desconfianza del nuevo presidente de Estados Unidos. El presidente mexicano, en un acto extraño, se solidarizó con el Donald Trump perdedor y se negó a aceptar el triunfo de Joe Biden y a felicitarlo hasta, como dijo, “se terminen de resolver todos los asuntos legales”, en referencia a los juicios que Trump inició para impugnar los resultados electorales, que él consideró “fraudulentos”. López Orador comparó la situación en Estados Unidos con su protesta en 2006, cuando no aceptó la derrota ante Calderón: “de cuando nos robaron, una de las veces, la presidencia, y todavía no se terminaban de contar los votos y ya algunos gobiernos extranjeros estaban reconociendo a los que se declararon ganadores”. Esperó cuarenta días para reconocer a Biden. Pero detrás de la negativa a reconocer a Biden había un asunto legal oscuro: el gobierno de México estaba negociando la liberación del general Cienfuegos, que había sido detenido en Los Ángeles el 5 de octubre de 2020, acusado de narcotráfico y lavado de dinero. La primera reacción de López Obrador fue la de señalar el caso como una prueba de que Peña Nieto había encabezado un narcogobierno y que, en consecuencia, los colaboradores del general serían retirados. La acusación contra Cienfuegos parecía muy sólida, y era el resultado de muchos años de investigación de la DEA. El PRI, como podía esperarse, protestó con vehemencia por el arresto de un tan alto funcionario del gobierno de Peña Nieto. Pero a esta protesta se aunó una profunda inquietud en la élite militar, lo que hizo cambiar de opinión al presidente, que impulsó

secretamente una negociación con el gobierno de Trump. El resultado fue un acto de gran corrupción política implementado por el fiscal general, William Barr, un feroz defensor de Trump en sus absurdas demandas de fraude electoral hasta el momento en que ya no era posible apoyarlas. Barr impuso el insólito desistimiento de los cargos contra Cienfuegos con la excusa de que se debían tomar en cuenta “consideraciones sensibles e importantes de política exterior” a pesar de que se contaba con pruebas “de peso”. Fue una decisión irracional tomada por Trump por motivos desconocidos, negociada a escondidas y como un regalo a su amigo mexicano. Lo más sombrío de la política se impuso a la justicia. Cienfuegos fue liberado, puesto en un avión y enviado a México. Al llegar fue notificado de que la fiscalía mexicana había abierto una investigación sobre su proceder y enseguida el general se fue tranquilamente a su casa. Este oscuro desenlace muestra que la militarización de México se ha extendido con una gran fuerza, como nunca antes, y de manera alarmante. La fiscalía mexicana, con una rapidez insólita y sospechosa, terminó su investigación y exoneró al general Cienfuegos en enero de 2021.

Lo que se está viendo es que el canciller Ebrard toma al pie de la letra la consigna de que la mejor política exterior es la interior. Está volcado en la política interna. Por ello se ha dedicado a construir una fuerza política propia en el gobierno y en Morena, obviamente encaminada a tratar de convertirse en el próximo presidente de México.

4. Bendito coraje

El 15 de julio de 2020 ocurrió algo que muestra la actitud agresiva que tiene el presidente con las esferas intelectuales. La relación entre el poder político y los intelectuales siempre ha sido reveladora de las tensiones que vive una sociedad. El mundo de los que estudian, piensan, escriben y hacen investigación es un territorio fértil para la crítica y para el surgimiento de nuevas ideas. Es el abrevadero de algunos políticos, pocos, pero también es el martirio de muchos gobernantes y burócratas que aborrecen la crítica independiente. Por ello, con frecuencia los políticos procuran no meterse con los intelectuales, a menos que sea para tratar de domesticarlos o comprarlos. Los intelectuales son un grupo influyente en eso que los políticos llaman, a veces con desprecio y otras con temor, el círculo rojo. Este círculo está integrado por gente informada, lectora, educada, curiosa, y por periodistas o columnistas que cotidianamente tratan de modular la opinión pública. Cuando un político está obsesionado por transcender y pasar a la historia, se da cuenta de que ese salto deseado a la inmortalidad se encuentra en buena medida en manos de los intelectuales, tanto los que lo rodean como los del futuro, que forman una criba crítica y que escriben la historia. Cuando no lo exaltan, comienza a odiarlos e incluso a amenazarlos. Recordemos que esta ansia de trascendencia ha

cristalizado en la alianza electoral de Morena con dos de los partidos más putrefactos del espectro político, llamada “Juntos hacemos historia”. Una alianza similar en 2018 se llamó “Juntos haremos historia”.

En julio de 2020 un puñado de intelectuales, ante la generalizada inquietud que se extendía, tuvimos la idea de suscribir un texto que llamase la atención ante lo que llamamos la deriva autoritaria, un peligro creciente que, acaso, podría ser atajado en las elecciones de 2021. Lo firmamos personas de muy diferente orientación y muy diversos oficios: poetas, novelistas, críticos literarios, científicos, historiadores, sociólogos, periodistas y economistas dispuestos a hacer un llamado a la ciudadanía y a los partidos políticos de oposición para tratar de frenar el autoritarismo del gobierno de López Obrador. El llamado se publicó en un desplegado el 15 de julio de 2020 en el diario *Reforma*, apoyado por treinta firmas. A continuación trascribo el texto del llamado:

CONTRA LA DERIVA AUTORITARIA Y POR LA DEFENSA DE LA DEMOCRACIA

Han transcurrido casi 20 meses del gobierno encabezado por el presidente Andrés Manuel López Obrador. El triunfo del presidente fue inequívoco. No obstante, sin que la mayoría de los mexicanos votáramos por ellos y violando la Constitución, Morena y sus aliados lograron que una minoría de votos se convirtiera en una mayoría de escaños en el Congreso. Además, amplió el número de diputados de su grupo mediante la compra de representantes electos de otros partidos. La consecuencia ha sido la asfixia del pluralismo de la representación en aras de someter al Poder Legislativo a los dictados del Ejecutivo.

Por su parte, el presidente de la República ha ido concentrando en sus manos el poder del gobierno en detrimento de los demás poderes del Estado y de los estados de la Federación. Al hacerlo ha destruido o deteriorado la administración pública y las instituciones constitucionales. Invocando una supuesta Cuarta Transformación menoscaba las capacidades del gobierno, toma decisiones unipersonales, polariza a la sociedad en bandos artificiales, desacredita la autoridad de los órganos especializados como el INE y ataca toda forma de expresión que no se identifique con su visión política. El gobierno de López Obrador ha mantenido una actitud despreciativa no sólo hacia las instituciones autónomas, sino también hacia las esferas científicas y

culturales, así como, muy notoriamente, hacia el movimiento de las mujeres que luchan por la igualdad.

El manejo de la crisis sanitaria de la covid-19 se ha caracterizado por una política de austeridad suicida y por su rechazo a un acuerdo nacional para reactivar la economía y salvar cientos de miles de empleos. En su lugar, se ha utilizado la pandemia para acelerar la demolición del Estado y el control del poder.

De continuar por este camino, el presidente y la coalición que lo apoya harán retroceder los avances democráticos que consumieron años de lucha a la sociedad mexicana para salir de un sistema autoritario y establecer la democracia.

Pensamos que es imperativo corregir el rumbo y recuperar el pluralismo político y el equilibrio de poderes que caracterizan a la democracia constitucional. La única manera de lograrlo es mediante una amplia alianza ciudadana que, junto con los partidos de oposición, construya un bloque que, a través del voto popular, reestablezca el verdadero rostro de la pluralidad ciudadana en las elecciones parlamentarias de 2021. Es necesario que esta alianza obtenga la mayoría para asegurar que la Cámara de Diputados recobre su papel como contrapeso constitucional al Poder Ejecutivo y obligar al gobierno a respetar la pluralidad democrática.

Héctor Aguilar Camín, José Antonio Aguilar Rivera, María Baranda, Roger Bartra, Agustín Basave, Humberto Beck, Jorge G. Castañeda, Christopher Domínguez Michael, José Ramón Enríquez, Julio Frenk, Enrique Krauze, Antonio Lazcano Araujo, Soledad Loaeza, María Marván, Ángeles Mastretta, Jean Meyer, Beatriz Pagés, Ricardo Pascoe Pierce, Jesús Reyes Heroles, Rafael Rojas, Macario Schettino, Enrique Serna, Guillermo Sheridan, Consuelo Sáizar, Javier Sicilia, Fernanda Solórzano, Isabel Turrent, Francisco Valdés Ugalde, José Woldenberg, Gabriel Zaid.

El mismo día de la publicación del llamado, para asombro de muchos, el propio presidente López Obrador escribió una contestación que divulgó en Twitter por la noche. El tono colérico de la respuesta, que nos llenaba de insultos, también llamó mucho la atención. “Bendito coraje” era el título de la carta en que contestaba nuestro llamado. He aquí el texto del presidente:

BENDITO CORAJE

Celebro que escritores y periodistas que han defendido desde siempre el modelo neoliberal o neoporfirista se agrupen, se definan y dejen de lado la simulación para buscar restaurar el antiguo régimen caracterizado por la antidemocracia, la corrupción y la desigualdad.

> La historia nos enseña que cuando se pone en práctica un proceso de transformación, siempre se produce una reacción conservadora.
>
> De modo que es absolutamente legítimo que exista una oposición al gobierno que represento y a las acciones que estamos consumando.
>
> Quizá lo único que pueda reprocharse a tan famosos personajes es su falta de honestidad política e intelectual, manifiesta en el mismo contenido de su proclama. Bastaría con preguntarles: ¿cómo contribuyeron a "los avances democráticos… para salir de un sistema autoritario y establecer la democracia" si casi todos ellos defendieron o guardaron silencio cómplice ante los fraudes electorales de la historia reciente del país?
>
> Por otra parte, da pena ajena su argumento de que buscan construir una alianza con miras a las elecciones de 2021 para obtener la mayoría y "asegurar que la Cámara de Diputados recobre su papel como contrapeso constitucional al Poder Ejecutivo". ¿Qué acaso no se han enterado que está por llegar extraditado de España, Emilio Lozoya, exdirector de Pemex, quien al parecer presentará pruebas y explicará cómo se lograba el "contrapeso" que pretenden "recobrar" los abajofirmantes?
>
> En fin, en 2021 el pueblo decidirá libremente sobre su destino. Y de verdad no creo que la mayoría apoye el regreso al país de la corrupción, de los potentados, de los intelectuales orgánicos, de los privilegios, de la hipocresía, de la marginación, del clasismo y del racismo.
>
> No cabe duda que vivimos tiempos interesantes. Sea por interés o por puro coraje, los conservadores que fingían ser liberales por fin se están quitando la máscara.

Al hecho insólito de apresurarse a contestar pocas horas después de publicarse nuestro desplegado, se añadió que, al día siguiente en su mañanera convocada en Zapopan frente al gobernador de Jalisco, puso a su vocero a leer todo nuestro llamado, incluyendo las firmas; a continuación, el mismo presidente tomó el micrófono para leer su propia carta de respuesta. Al terminar de leerla exclamó: "Sólo faltaría decir —afirmó—: el rey va desnudo". ¿El señor presidente pretendió, desde el trono del poder que ostenta, que él era el niño que en su ingenuidad se atrevía a decir públicamente que el rey, que creía llevar un fastuoso vestido, iba desnudo? Muchos entendieron otra cosa: que treinta intelectuales habían afirmado que el propio presidente andaba encuerado… y que el monarca lo admitía.

Por supuesto, hay que agradecerle al presidente que haya contribuido a divulgar masivamente —a una escala que nunca

imaginamos— las ideas que proponíamos. El escándalo fue mayúsculo y atrajo la atención de muchos. Nada de agradecer fueron los insultos que nos lanzó. Comenzó su carta con una evidente mentira: que siempre habíamos defendido el modelo neoliberal, que él denomina neoporfirista; al final de la misiva explicaba que nos había desenmascarado, pues habíamos fingido ser liberales, cuando en realidad éramos conservadores. ¿Éste es el nivel del debate político e intelectual que quiere impulsar el presidente? ¿Es posible reducir tan groseramente la pluralidad de ideas que hemos desarrollado durante años quienes firmamos el llamado a detener la deriva autoritaria? La mejor prueba de que existe esa deriva fue la respuesta airada de López Obrador.

El llamado que hicimos fue muy comentado en la prensa y en programas de radio. Pero las televisoras mexicanas omitieron casi totalmente comentarios o noticias al respecto. No es de extrañar que TV Azteca, propiedad de Ricardo Salinas Pliego, haya evadido comentarios, pues es abiertamente afín al gobierno de la 4T. El silencio de Televisa fue justificado por su vicepresidente de noticiarios, Leopoldo Gómez, el 21 de julio en el diario *Milenio*. El empresario afirmó que, de no haber sido por la reacción del presidente, “el despegado no habría dado mucho de que hablar”. Después de reconocer que algunos de los treinta firmantes fueron actores clave en el proceso que dio paso a la alternancia, afirmó que la trascendencia de los intelectuales era algo que había quedado en el pasado, sumida en el gran torbellino de información que ignora los argumentos, por más profundos que sean. Pero la actitud del mismo presidente, cuya relampagueante y agresiva respuesta agitó el torbellino informativo, permite sospechar que el peso de los intelectuales no estaba tan decaído como pretendía el funcionario de Televisa.

El hecho es que el texto de los intelectuales llamó poderosamente la atención ante un hecho alarmante: la composición del Congreso, en el que el partido oficial tiene la mayoría de los escaños, se basa en una violación a lo que establece la Constitución, que claramente prohíbe que los partidos tengan una sobrerrepresentación de más de ocho puntos porcentuales. El

partido oficial, Morena, junto con sus dos aliados, obtuvieron el 43.58% de los votos. Quedaron en minoría. Morena obtuvo el 37.27% pero en la Cámara logró 252 diputados (poco más de la mitad), una cantidad que sobrepasa el límite permitido por la Constitución. Morena alcanzó ese número porque disfrazó a varios de sus legisladores, al amparo de una ley secundaria, bajo el membrete de otros partidos (el Partido del Trabajo, PT, y el Partido Encuentro Social, PES). Con esta maniobra Morena le quitó 32 legisladores al PT y 25 al PES. Además, le compraron cinco diputados más al Partido Verde. Posteriormente adquirieron seis legisladores más de esos dos partidos y algunos más que se escaparon del PRD. Una vez que lograron que la minoría se convirtiese en mayoría en el Congreso, López Obrador tuvo el respaldo de los legisladores en su deriva autoritaria. Así que la legislatura se construyó sobre la base de un fraude poselectoral.

El punto más revelador de la contestación de López Obrador al llamado de los treinta intelectuales fue su interpelación: "¿Qué acaso no se han enterado que está por llegar extraditado de España, Emilio Lozoya, exdirector de Pemex, quien al parecer presentará pruebas y explicará cómo se lograba el 'contrapeso' que pretenden 'recobrar' los abajofirmantes?". Lo que estaba revelando López Obrador es que él hizo un pacto con el exdirector de Pemex para mantenerlo fuera de la cárcel a cambio de que explique cómo supuestamente el dinero mal habido de Odebrecht fue usado con fines electorales en 2012 y para pagar sobornos a diputados para que aprobaran la reforma energética, según información filtrada. Nosotros los firmantes no hicimos ningún acuerdo oculto con el delincuente confeso y por lo tanto efectivamente no nos enteramos de qué cosa "probaría" y "explicaría" Lozoya de acuerdo con el pacto que hizo con el presidente. Era evidente que López Obrador planeaba usar de manera espectacular un juicio por corrupción como instrumento para influir en las elecciones de 2021. Su objetivo era liquidar al maltrecho sistema de partidos que surgió de la transición democrática.

No tardó el presidente en iniciar el gran espectáculo. Cuando la Fiscalía reveló que había un video proporcionado por Lozoya como

prueba, López Obrador declaró en Acapulco el 14 de agosto de 2020 que acaso no serviría legalmente en el juicio, pero que exhibirlo públicamente “sí es muy importante para la purificación de la vida pública de México, que al final eso está por encima de cualquier procedimiento [legal]”, de acuerdo con su idea de que lo moral está por encima de la justicia y el *show* por encima de la legalidad. Anunció que hará una consulta popular para que la gente decida si los expresidentes deben ser juzgados. Lo que propuso fue un linchamiento. Casi de inmediato lo que pidió el presidente ocurrió: se difundió masivamente el video. Posiblemente lo filtró el propio gobierno (la Fiscalía negó haberlo hecho). En el video se ve a dos funcionarios del Senado recibiendo una enorme cantidad de dinero en fajos de billetes, supuestamente destinado a sobornar a legisladores panistas para que apoyaran la reforma energética que en ese momento se estaba proponiendo como parte del Pacto por México que suscribieron el PAN, el PRD y el PRI. Se trató de un acto a todas luces sospechoso e ilícito, pero nada indicaba de dónde procedía el dinero ni a qué se iba a destinar. Poco después también se filtró completa la denuncia que Emilio Lozoya había entregado al fiscal general de la República, Alejandro Gertz, el 11 de agosto de 2020. La Fiscalía volvió a negar que fuese responsable de que el documento de 60 páginas circulase masivamente, pero era evidente que con ello se cumplían los deseos de López Obrador, que más que un juicio conducido conforme a derecho quería un gran espectáculo que estigmatizara a los políticos de oposición y erosionara el sistema de partidos que había surgido con la transición democrática. Es más que obvio que quiere influir en la campaña electoral del 2021.

La denuncia de Lozoya tuvo por objeto obtener el llamado “criterio de oportunidad” (o una salida alterna) para que la autoridad pueda perseguir delitos más graves que los que enfrentan él y su familia. Como resultado, Lozoya, criminal confeso, pudo llevar el juicio fuera de la cárcel. La denuncia pactada con la Fiscalía describe un panorama impresionante de corrupción política que implica principalmente al expresidente Peña Nieto y a su secretario de Hacienda Luis Videgaray, quienes habrían canalizado millones

de dólares procedentes de los famosos sobornos de Odebrecht con el objeto de pagar el apoyo de legisladores del PAN a la reforma energética. La denuncia es muy amplia y acusa también a los expresidentes Salinas de Gortari y Calderón, así como a otros personajes importantes de la política mexicana. Aunque no quedan claras muchas cosas, la denuncia refleja la presencia de una vasta corrupción en el sistema político, una corrupción de cuya existencia muchos ya sospechábamos y que ahora era descrita con algún detalle por el exdirector de Pemex, a través de quien fluyó la masa de dinero ilegal procedente de Odebrecht y quien se apropió de una buena parte para su beneficio personal. Los sobornos de Odebrecht tenían por objeto obtener jugosos contratos del gobierno. Una de las muchas cosas que no quedan claras de la denuncia de Lozoya es el supuesto de que el PAN recibía dinero a cambio de aprobar una reforma energética de cuya bondad estaba convencido y que apoyaba desde el comienzo. Ese partido tendrá que aclarar lo sucedido. Otra parte de la masa de dinero vertida por Odebrecht se habría destinado a financiar a asesores del PRI para la campaña electoral de 2012.

No tardó en aparecer una respuesta que, según el presidente, era una maniobra de sus adversarios y que mostró que su partido también cometía actos de corrupción. El 20 de agosto de 2020 el periodista Carlos Loret de Mola difundió un video de 2015 en el que aparecía nada menos que el hermano del presidente, Pío López Obrador, recibiendo en billetes más de un millón de pesos de manos de un estrecho colaborador del entonces gobernador de Chiapas, Manuel Velasco, del Partido Verde, el mismo que le vendió diputados de su partido a Morena al iniciarse la legislatura en 2018. Quien entregaba el dinero, David León, era un funcionario que López Obrador acababa de nombrar como director de una nueva empresa distribuidora de medicamentos y equipos médicos del Estado. En el video se refieren a esta entrega de billetes como parte de una serie de aportaciones regulares para apoyar “al movimiento”, que el hermano de López Obrador iba anotando en una libreta a la que llamó su “Biblia”. Queda claro que el propio López Obrador estaba enterado de estas remesas y diríase que no es tan honesto

como pretende y anuncia todos los días. La excusa que dio el presidente es que esta operación “bíblica” no era corrupción, sino una santa contribución “del pueblo” a su causa transformadora; añadió que las sumas manejadas por su hermano eran minúsculas comparadas con la dimensión del atraco cometido por Lozoya. Esto me recordó a ese alcalde de Nayarit que se hizo famoso por aceptar que había robado, “pero poquito”.

Los treinta intelectuales que firmamos el despegado fuimos enterándonos con asombro de las noticias que iban descubriendo que la corrupción seguía contaminando la política mexicana. El presidente usó como pretexto el despegado para incidir en las elecciones de 2021 y además mostró su enorme desprecio por los intelectuales críticos de su gobierno que le estaban entorpeciendo el salto histórico a la fama inmortal. Más adelante, cuando un número mucho mayor de académicos, artistas e intelectuales protestó en un manifiesto por sus amenazas a la libertad de expresión, volvió a manifestar su menosprecio por el mundo de las ideas.

5. Movimiento de restauración

El partido oficial que está en el poder se fundó en 2014 con un programa que revela una contradicción peculiar. Anunció que luchaba por cambiar el régimen de corrupción, injusticia, decadencia, ilegalidad y antidemocracia que había sido impuesto mediante elecciones fraudulentas por la oligarquía y las cúpulas del PRI y el PAN. Para lograr este cambio Morena se propuso la vía electoral. A pesar de que afirmaba que México vivía sin democracia, paradójicamente se propuso usar los mecanismos electorales cuya existencia negaba para llegar al poder. Y así fue: en las elecciones de 2018 Morena ganó la presidencia.

¿Qué clase de régimen político quiere instaurar Morena de acuerdo con su programa? No hay más que vaguedades al respecto. Quiere una “verdadera democracia” que vaya más allá de la democracia representativa. Se menciona “una democracia al servicio del pueblo” en un México plural, incluyente y solidario. Se invoca una “revolución de las conciencias”, en referencia nebulosa a una nueva moral basada en la solidaridad. El programa de Morena es muy vago y despide olor a viejo. Sólo en una frase aparece como por accidente la palabra “izquierda”, para definir la orientación de partido. El programa declara que Morena es “una organización política amplia, plural, incluyente y de izquierda”. Pero hay muy

pocas señales que permitan sospechar que se trata de un partido de izquierda. Esas señales aparecen en la denuncia de los males provocados por el neoliberalismo que aplasta a México, pero brillan por su ausencia en los propósitos que encarnarían en el supuestamente nuevo régimen. Pero la reacción contra el neoliberalismo tiene también una connotación populista que se expresa en quienes son reacios a la modernización y tienen inclinaciones autoritarias.

Los programas de los partidos son sintomáticos, pero sabemos que se pueden convertir en mero papel mojado en manos de sus líderes. Una muestra de ello es el reclamo programático que exige claramente que "las Fuerzas Armadas no deben ser usadas en funciones civiles o para reprimir a los movimientos sociales". Una de las primeras cosas que hizo López Obrador, una vez en el poder, fue emplear a los militares en tareas policiacas en una escala desmesurada; y usó a la Guardia Nacional para reprimir flujos migratorios, que en cierta medida son movimientos sociales. Además, en julio de 2020 entregó el control de los puertos a una de las ramas de las Fuerzas Armadas, a la marina, lo que provocó la renuncia del secretario de Comunicaciones, Javier Jiménez Espriú, quien manifestó públicamente su desacuerdo al considerar que era una tarea que debía permanecer en manos de civiles.

Morena es una organización que se cocinó dentro del PRD, un partido con múltiples tendencias y tribus donde también se fortaleció como dirigente político López Obrador. En el PRD predominaron dos corrientes: una, la principal y más fuerte, provino del PRI y tenía inclinaciones populistas y nacionalistas; otra corriente, secundaria, albergaba un espectro variopinto de expresiones más o menos socialdemócratas. Desde su fundación, dicho partido ocupó simbólicamente el espacio de la izquierda, confrontada a los dos partidos de derecha, el PRI y el PAN. Con el paso del tiempo, se fortaleció el ala liberal centrista de Acción Nacional y las corrientes populistas del PRD se separaron para fundar Morena. Por su parte, el PRI, que había logrado regresar al poder, entró en un proceso de putrefacción. Con todo ello, y con los resultados de las elecciones de 2018, el panorama político mexicano sufrió una gran mutación. El

hecho de que Morena naciera como una fractura del PRD le proporcionó un aura de izquierda que reflejaba poco la realidad. Aunque migraron a Morena algunos políticos de izquierda, fueron los dogmas nacionalistas y populistas de su líder los que le dieron su color y su perfil al nuevo partido. En realidad, desde que López Obrador fuera candidato a la presidencia en 2006 y 2012, se reveló claramente como un político conservador. Pero su aureola populista confundió a muchos, que lo siguieron tomando como un líder de izquierda, incluso radical, amenazador para la derecha y esperanzador para los progresistas.

Una vez en el poder como partido oficial, el aura de izquierda de Morena comenzó a desvanecerse. Apareció como un movimiento de restauración del antiguo régimen. Pero es evidente que esa restauración es imposible, por lo que ese movimiento está destinado a encallar en sus propósitos de volver al pasado. El viejo partido oficial, el PRI, creció a partir de las estructuras gubernamentales hasta convertirse en una excrecencia del Estado. Morena está intentando convertirse también en una excrecencia gubernamental como el viejo PRI, pero no parece un camino fácil, pues el intento ocurre en un contexto democrático muy diferente al sistema del que nació el PRI.

Si observamos el funcionamiento de Morena podemos ver que opera como un conjunto de tribus, a la manera en que funcionaba su matriz original, el PRD. Contra lo que su nombre indica, no se trata de un *movimiento* ni impulsa una *regeneración*. En realidad, se trata de un c*onglomerado de pandillas* o *facciones* que, agrupadas en torno de un cacique, busca la *restauración* del antiguo régimen priista. Las pandillas o tribus en Morena son muchas y mutantes, pero podemos observar el predominio de cuatro, que pueden ser consideradas como de derecha. Veamos una somera descripción del panorama de estas tribus.

Tenemos dos pandillas que tienen un origen y un comportamiento definidamente priista. Me refiero a las que encabezan el senador Ricardo Monreal y el secretario de Relaciones Exteriores Marcelo Ebrard. Los dos proceden originalmente del priismo de Salinas de Gortari y han transitado por

el PRD. Monreal formó parte del PRI hasta que este partido no lo apoyó como candidato a gobernador de Zacatecas y, desairado, se mudó al PRD, que en 1998 aceptó postularlo. Su operador político en Morena es Alejandro Rojas Díaz Durán, quien inició su carrera política en el PRI junto a Porfirio Muñoz Ledo.

La trayectoria de Ebrard tiene su origen en su estrecha asociación con Manuel Camacho, un connotado priista del equipo de Salinas de Gortari, que también se topó con que el PRI no lo postuló para candidato a la presidencia, por lo que abandonó ese partido seguido por Ebrard. También tiene un operador político en Morena, Mario Delgado.

Las otras dos facciones son encabezadas por Yeidckol Polevnsky, a quien López Obrador le encargó la dirigencia de Morena, y por el senador Higinio Martínez, quien encabeza el GAP (Grupo de Acción Política), que era una de las tribus del PRD en el Estado de México. Polevnsky procede del mundo empresarial y Martínez es un médico que fue presidente municipal de Texcoco e impulsó a la candidata Delfina Gómez en las elecciones de 2017 en el Estado de México. Polevnsky es una dirigente extraña e indefinida, poco inclinada a la izquierda, de hábitos empresariales. Ha sido acusada formalmente por su propio partido de lavar dinero y provocarle daños patrimoniales. Martínez es un político críptico y taimado del que se sospecha que hizo oscuros pactos con el PRI y que es conocido por las maniobras típicas de un cacique regional.

Al acercarse el tiempo de renovar la dirigencia en 2019, Morena entró en una gran crisis que agitó a todas las pandillas, especialmente a una quinta esfera tribal que manifestaba cierta inclinación por la izquierda y que estaba muy atomizada. Por ejemplo, Bertha Luján, funcionaria ligada a la defensa de los derechos sindicales, se enfrentó ásperamente a Polevnsky, pues ambas luchaban por el control del partido. Un tercer contrincante en esta lucha fue el diputado Mario Delgado, estrechamente ligado a Marcelo Ebrard, y que ganó su escaño con la trampa de llegar postulado por otro partido, el PT, para después quitarse el disfraz y llegar a ser el coordinador de Morena. Un personaje, cercano a Luján, fue quien en medio de la confusión llegó a la presidencia

provisional de Morena, Alfonso Ramírez Cuellar, y que fue el responsable de acusar judicialmente a Polevnsky. Otro líder que viene de la izquierda, el senador Martí Batres, tuvo un pleito espectacular con Ricardo Monreal, el jefe de una de las tribus que ya mencioné. El mismo Monreal, a su vez, se ha enfrentado rudamente a uno de los nuevos ideólogos de Morena, el furibundo John Ackerman (esposo de la secretaria de la Función Pública). En esta esfera izquierdizante de Morena se encuentran algunas personas que forman parte del gabinete de López Obrador, como la secretaria del Trabajo Luisa María Alcalde (hija de Bertha Luján) y la secretaria de la Función Pública, Irma Sandoval. Habría que agregar a este conjunto a la jefa de Gobierno de la Ciudad de México, Claudia Sheinbaum, quien proviene de la lucha estudiantil, y que parece ser la gran protectora de todo el enjambre izquierdizante.

La evidencia de la lucha de facciones en Morena contradice lo que señalan sus estatutos; después de definir al partido como integrado por “hombres y mujeres libres”, el artículo 3 establece una prohibición: no se permiten facciones, corrientes o grupos que “vulneren la soberanía del partido”. ¿Qué es esta extraña “soberanía”? Es la capacidad exclusiva de “dirección general” que tiene el partido. En esta rara formulación estatutaria parece esconderse la idea de que nadie en Morena es libre de desviarse en forma organizada de la dirección general. Se sobrentiende que la dirección general es la que determina el líder. Pero en realidad parece que el partido se le estaba saliendo de las manos al líder.

La gran fragmentación y la dura lucha entre las facciones dificultaron en Morena el proceso de renovación de su dirigencia. En septiembre de 2019 la dirigente Yeidckol Polevnsky intentó iniciar la renovación interna convocando asambleas distritales. Fue un fracaso, pues llovieron impugnaciones, se robaron urnas e incluso hubo violencia. En noviembre, la adversaria de Polevnsky, Bertha Luján, apoyada por Claudia Sheinbaum, convocó a una reunión del Consejo Nacional, pero se frustró supuestamente por falta de *quorum*. La misma Luján en enero de 2020 logró que en un congreso nacional fuese elegido Alfonso Ramírez Cuéllar como dirigente interino. Desde entonces este ineficiente líder intentó, sin

lograrlo, convocar a dos reuniones para elegir una nueva dirección. Ante la falta de acuerdos, el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF) ordenó a Morena realizar una encuesta abierta para renovar la dirigencia. Ramírez Cuéllar intentó una tercera reunión, pero tuvo que ser postergada. Trató de quedarse como dirigente, pero al final fue obligado a aceptar la encuesta, a regañadientes. El presidente ya había favorecido públicamente esta opción, a pesar de que no está prevista en los estatutos de Morena. Bertha Luján manifestó su desacuerdo anunciando que no participaría como contendiente en esta encuesta. La crisis y la fragmentación de Morena se revelaron cuando el INE convocó a candidatos para presidir el partido. Brotaron como hongos decenas de candidatos, algunos apoyados por las facciones que he mencionado. Entre ellos apareció el octogenario Porfirio Muñoz Ledo, la quintaesencia del oportunismo al estilo priista, quien fue usado por el ala izquierdizante para intentar frenar a las facciones de derecha. La lucha en Morena fue atroz y al final quedaron dos opciones enfrentadas y aparentemente irreconciliables: quienes se agruparon en torno de Mario Delgado y los que apoyaron a Porfirio Muñoz Ledo. Fue una batalla muy sucia entre los priistas reciclados, guiados por Marcelo Ebrard y Ricardo Monreal, y la antigua izquierda de los llamados “puros” escudada detrás del más viejo de todos los priistas, Porfirio Muñoz Ledo, quien de manera sorpresiva atacó ferozmente a Marcelo Ebrard, anunciando que debería ser expulsado del partido. Ante el lamentable espectáculo de la guerra de facciones en Morena, el presidente afirmó en su mañanera del 2 de octubre de 2020 que había allí un desbarajuste, y exclamó: “Al carajo con el oportunismo, con la antigua forma de hacer política [...] llevan los dirigentes de Morena, de mi partido —aunque yo tengo licencia, porque soy presidente—, no sé cuánto tiempo sin resolver lo de la dirigencia, como más de un año, enfrascados en pleitos y todo eso. Y se hacen las encuestas, y se le pregunta a la gente, si fuesen las elecciones ¿por qué partido votarías?, y ese partido está hasta arriba, o sea: es mucho pueblo para tan poco dirigente, con todo respeto”. A pesar del regaño, los dirigentes del viejo grupo izquierdizante, los “puros”, acaso espantados y arrepentidos de

haber colocado como su candidato a Muñoz Ledo, que se comportó como un chivo en cristalería, persistieron con trucos oportunistas, impulsando la idea de que el tribunal electoral revocase el proceso para elegir a la nueva dirigencia nacional mediante una encuesta abierta, culpando al INE de cometer errores y omisiones. La idea fue, de nuevo, bloquear el proceso para que se mantuviese Ramírez Cuéllar al frente de Morena hasta las elecciones de 2021. Esta artimaña no tuvo éxito. Otro personaje de las corrientes izquierdizantes de Morena, John Ackerman, despotricó contra Muñoz Ledo y apoyó abiertamente a Mario Delgado, a pesar de que lamentó que lo apoyase también la facción de Ricardo Monreal, a quien considera lo peor del viejo régimen incrustado en Morena.

El caos que hay en Morena es un espejo que refleja la confusión y el desorden que hay en el gobierno. La primera encuesta que hizo el INE para decidir la presidencia de Morena dio como resultado un empate entre Delgado y Muñoz Ledo: cada uno recibió un 25% de la votación. Este último exclamó airado que había habido un fraude, fruto de una conspiración, y exigió la renuncia de Delgado. Se declaró ganador y llenó de insultos a su contrincante. Poco después se realizó otra encuesta de desempate y ganó Mario Delgado. Los grupos de derecha, encabezados por Ebrard y Monreal, por fin lograron el control del partido y la facción izquierdizante quedó marginada. El senador Martí Batres reconoció este dominio de la derecha en Morena, al afirmar que ahora su partido tendría su “primer presidente neoliberal”. Muñoz Ledo afirmó que el triunfo de Delgado significaba casi un derrocamiento del presidente, pues ahora Ebrard se convertía en el hombre fuerte del régimen y desplazaba a Claudia Sheinbaum. Después de este desenlace, el partido oficial representó más claramente al gobierno de derecha de López Obrador. Sin embargo, este partido ha quedado muy mal herido por las feroces luchas intestinas.

Los combates internos por el poder se intensifican con la selección de candidatos para las elecciones del 2021. La definición de la lista de los 15 candidatos a gobernadores ha provocado una cruenta riña en muchos estados. El resultado es un conjunto de candidatos en los que es casi ausente la huella de la izquierda y

muy fuerte la impregnación de la cultura política priista. Hay por lo menos media docena de candidatos a gobernador que por su estilo o su origen parecen emanados del PRI, como Layda Sansores en Campeche, Félix Salgado Macedonio en Guerrero, Miguel Ángel Navarro de Nayarit, Clara Luz Flores en Nuevo León, Lorena Cuéllar en Tlaxcala y David Monreal en Zacatecas. Ni éstos ni los demás candidatos auguran una gran trasformación política en los estados si logran ganar.

6. Desmadrando el gobierno

Es extraño y sorprendente que el presidente López Obrador esté desmantelando a su propio gobierno y, en consecuencia, dañando los instrumentos que son necesarios para navegar en las aguas turbulentas de la crisis económica por la que estamos atravesando. La crisis es un efecto pernicioso de decisiones tomadas por el gobierno y una consecuencia de la pandemia del covid-19. Debilitar los instrumentos de gobierno en estas condiciones parece una más de sus acciones desatinadas. En todo el mundo se está recobrando lo que solía llamarse el Estado de bienestar, para enfrentar los efectos devastadores del coronavirus. Pero no en México. El presidente no quiere fortalecer un Estado de bienestar, lo que quiere es fortalecer su popularidad para allegarse votos. El Estado de bienestar no consiste solamente en repartir beneficios, sino que implica también hacerlo por medio del fortalecimiento de la racionalidad estatal, es decir, de la herramienta que permite el fomento del bienestar. Es lo que podemos aprender de la lectura de Max Weber y de John Maynard Keynes. Tradicionalmente las socialdemocracias han fortalecido sus gobiernos para obtener recursos procedentes de imposiciones fiscales escalonadas que gravan a los más ricos, para invertirlos principalmente en los programas públicos de educación y salud. En México no se hace

hoy algo parecido a esto. La inversión se concentra en los programas estelares del gobierno y fluye directamente hacia el reparto de becas a estudiantes, apoyos a las personas de la tercera edad y salarios a los campesinos que siembran arbolitos, a la construcción y reparación de refinerías, al tren turístico maya y a las Fuerzas Armadas. No hay aumento de la imposición fiscal o de la deuda para sufragar el bienestar de la mayoría. Es cierto que fluye masivamente un apoyo monetario de manera directa, con dinero en efectivo, mediante los apoyos de diferente índole, un flujo que no pasa por las grandes instituciones públicas de educación y seguridad social. El Poder Ejecutivo ve fortalecida su popularidad, pero las estructuras de gobierno sufren de raquitismo. En su informe del 1 de diciembre de 2020 el presidente afirmó que a “siete de cada diez familias está llegando cuando menos un beneficio o algo del presupuesto público” y concluyó con orgullo que ayuda por medio de los programas sociales a 23 millones de familias.

Lo que más ha sorprendido es la política de austeridad suicida que está aplicando el gobierno. López Obrador cree que la corrupción se combate con austeridad. Los efectos de esta política han sido resentidos masivamente, ocasionados por la contracción del gasto, la baja de salarios y los despidos. La anemia gubernamental es impulsada por el creciente desprecio a la tecnocracia y por la obsesión de depurar las instituciones para combatir la corrupción. El lema consiste en premiar la honestidad, aunque se sacrifique la eficiencia. El resultado paradójico es que, con el mal funcionamiento de muchas dependencias gubernamentales, se mantiene e incluso aumenta la corrupción en los estratos medios y bajos de la burocracia, pues la maquinaria administrativa no opera sin ser engrasada mediante sobornos. En esos niveles no se han expandido ni la honestidad ni la eficiencia. Los altos funcionarios seguramente no roban como antes, pero el sistema que alienta la corrupción no ha cambiado. Ello ha resultado evidente, por ejemplo, en las aduanas portuarias y fronterizas, en las cuales ahora se coloca a militares como correctivo. Habrá que ver si el efecto no acaba contaminando a los militares de los vicios que se supone deben eliminar. No hay peor pesadilla que un ejército

permeado por la corrupción, algo que ocurría en los viejos tiempos del priismo de hace cuarenta o cincuenta años.

La tendencia a desmantelar al gobierno ya existía desde el comienzo, cuando se intentó dispersar a casi todas las secretarías de Estado por el país. Pero fue tan evidente que ello tendría consecuencias catastróficas que se frenó el proceso. Pero no ha sido olvidado: el presidente intentará cumplir su promesa de dispersar al gobierno, posiblemente después de las elecciones de 2021. Pero la reforma de la administración se cebó en la secretaría de Gobernación, que fue desarmada a tal punto que su titular quedó como poco más que un adorno. Fue despojada de sus funciones de conectar con los gobiernos de los estados para modular las relaciones del gobierno central con los otros poderes de la República. Ha perdido también sus funciones ligadas a la migración, su encargo de relacionarse con las cámaras de Diputados y Senadores, la responsabilidad de coordinar las secretarías de Estado y su función de relacionarse con los partidos políticos. Estas funciones han sido acaparadas por el propio presidente o las ha dispersado. La secretaría de Gobernación ya no se encarga de la política interior. Los asuntos migratorios han sido encargados al secretario de Relaciones Exteriores y la conexión con los gobiernos estatales ha sido encomendada a unos llamados superdelegados, más ligados a la Secretaría de Hacienda y al reparto de recursos, y que están dedicados a labrar su candidatura para suceder al gobernador respectivo.

El presidente pareciera operar por impulsos, pero guiado a veces por las ideas y obsesiones iniciales, cristalizadas en el famoso revoltijo de los cien compromisos que estableció desde el comienzo de su mandato. Y siempre aparece inclinado a una gran centralización de las decisiones. Las reuniones matutinas con los militares y la mañanera son el eje de su actividad, junto con las constantes giras por todo el país. Se tiene la impresión de que gobierna poco y mal, pero en cambio está empeñado en una permanente campaña electoral. El gabinete sufre los efectos desorganizadores de la forma de gobernar y desgobernar de López Obrador, lo que, sumado a la falta de oficio de los nuevos

funcionarios y a la escasez de presupuesto, produce lo que podríamos llamar un gran desmadre. Es lo que reveló a comienzos de agosto de 2020 el secretario de Medio Ambiente, Víctor Manuel Toledo, en una reunión con colaboradores. “Yo quisiera compartir con ustedes lo que yo he vivido y he observado en estos diez meses, porque efectivamente la 4T, como tal, como un conjunto claro y acabado de objetivos, no existe, no existe […] este gobierno de la 4T está lleno de contradicciones y esto se expresa concretamente en luchas de poder al interior del gabinete”. Y criticó al jefe de la Oficina de la Presidencia, Alfonso Romo; al secretario de Agricultura, Víctor Villalobos; y a Rocío Nahle, secretaria de Energía. Toledo rechazaba la visión empresarial asociada a los negocios agrícolas y energéticos de sus adversarios, y se percató de que su visión ecologista no era compartida por el resto del gabinete: “y me temo que tampoco está en la cabeza del presidente, hay que decirlo”. Pocas semanas después Toledo renunció por razones de “salud”.

Muchos nos preguntamos: ¿por qué López Obrador está arruinando el mismo instrumento de gobierno que tiene en las manos? No parece que lo haga intencionalmente. Más parece el efecto perverso de varias ideas fijas que lo dominan. La loable idea de combatir la corrupción puede tener malas consecuencias si se implementa arbitrariamente como un acto, para usar la palabra portuguesa, de *austerizar* de manera brutal con el objeto de acumular fondos para los proyectos predilectos. La prisa por culminar cambios prometidos deja un reguero de enmiendas mal hechas y de arreglos inconclusos. El presidente ha afirmado que quiere hacer en un sexenio lo que se haría normalmente en doce años.

Además, López Obrador está convencido de que el verdadero y principal motor del gobierno es el ejemplo y la palabra del presidente. Pero, obviamente, la maquinaria gubernamental es tan compleja que requiere mucho más para trabajar con eficacia. El funcionariado de carrera requiere un entrenamiento y experiencias que no se pueden sustituir por el mero impulso de la palabrería derramada en las mañaneras. Habría que agregar otra secuela

perversa: el debilitamiento del Estado es compensado con el fortalecimiento del autoritarismo presidencial.

Los dos grandes pilares de un Estado de bienestar son los sistemas públicos de educación y salud. El gobierno detuvo la reforma educativa, que apenas comenzaba a dar frutos, para devolver el control de la contratación de maestros al inmenso sindicato de trabajadores de la educación, una de las organizaciones más corruptas del país. Los niveles de enseñanza se mantienen bajos y la educación pública no se fortalece como un canal de preparación y ascenso de la población con menos recursos; en cambio, se convierte en un arsenal de componendas políticas para apoyar electoralmente al partido en el poder. Es probable que el secretario de Educación, Esteban Moctezuma, un tecnócrata de origen priista y asociado al empresario Ricardo Salinas, estuviese incómodo con esta situación y fuese poco útil para llevar a la práctica la contrarreforma educativa; el presidente decidió sacarlo de su gabinete a fines de 2020 y enviarlo como embajador a Washington. En su lugar colocó a Delfina Gómez, una maestra de primaria y activista de la tribu del senador Higinio Martínez, un cacique de Texcoco aliado de Ricardo Monreal y Marcelo Ebrard. Con ella se consolida la contrarreforma educativa.

En el sistema de salud y de seguridad social la desorganización y las decisiones equivocadas han provocado el desabasto de medicinas y han enfurecido tanto al personal médico y de enfermería como a los pacientes afectados. Con la llegada de la pandemia del covid-19 la situación se ha vuelto muy difícil. El mal manejo de éstas ha sido evidente en el comportamiento contradictorio, errático y confuso del subsecretario encargado de combatirla, Hugo López-Gatell, que ha respondido más a las intrigas políticas y a las presiones absurdas del presidente que a los criterios científicos que deberían guiarlo. Hizo el ridículo cuando tuvo la ocurrencia de exaltar al presidente como una “fuerza moral” y no “de contagio”. Pero la fuerza moral no impidió que López Obrador acabara contagiado en enero de 2021; y no se sabe a cuántos contagió. No es de extrañar que a finales de julio de 2020 nueve gobernadores exigieran la destitución inmediata de López-Gatell por

usar políticamente la gestión de la epidemia, en lugar de privilegiar la salud y la vida. Desde luego, estamos muy lejos del compromiso que hizo López Obrador al iniciar su gobierno, cuando anunció que a mediados del sexenio tendríamos un sistema de salud de primera, como en Canadá y los países nórdicos. Después adelantó la fecha y aseguró que el 1 de diciembre de 2020 tendríamos un sistema de salud como el de Dinamarca, cosa que obviamente no ocurrió y que fue motivo de muy extendidas burlas y bromas.

Hay quienes creen que la erosión de instituciones gubernamentales es el fruto de una intención revolucionaria de López Obrador, encaminada a dificultar un retorno a la situación anterior. Supuestamente se trataría de alterar el orden político para siempre con el pretexto de destruir con ello las causas de la desigualdad. La lógica del presidente radica en su errónea y obsesiva idea de que las causas de la desigualdad social se encuentran en la corrupción. Al eliminar la corrupción desaparecería la fuente de la desigualdad. Y si la corrupción se encuentra alojada principalmente en las estructuras gubernamentales, es necesario desmantelarlas. Esta idea ha propiciado que sean eliminados más de cien fideicomisos, supuestamente nidos de corrupción, con lo que ha afectado seriamente la investigación científica y el apoyo a la cultura. Con esta política se está extendiendo en vastas áreas gubernamentales una especie de necrosis que corroe a la administración, víctima de un peculiar proceso de autodestrucción.

Hay indicios de que el gobierno se dispone a crear estructuras paralelas nuevas, controladas directamente desde la presidencia. Se ha anunciado la creación de más de 13 mil Centros Integradores de Desarrollo, en la mayoría de los cuales, entre otros servicios, habría sucursales del Banco del Bienestar, que es el nuevo membrete del Bansefi, una institución gubernamental que ya existía con poco más de 400 sucursales. Esta estructura financiera paralela tiene como objetivo canalizar el dinero que reparte directamente el presidente a las comunidades que carecen de servicios bancarios. Las sucursales de este banco son construidas por el ejército, que ya ha recibido un presupuesto de casi 3 mil millones de pesos para construir 1,350 sedes bancarias en todo el país durante 2020. Pero

los ingenieros militares apenas pudieron construir 226 sucursales, según dijo el presidente en su informe del 1 de diciembre de 2020. Prometió que en 2021 habría 2,700 sucursales en todo el país. El sistema paralelo de Centros Integradores es operado por unos 18 mil “servidores de la nación”, que son activistas a sueldo del gobierno que cobran mensualmente unos 10 mil pesos. El coordinador nacional de este tinglado, Gabriel García, anunció en junio de 2020 que los “servidores” ya habían instalado más de 12 mil centros, aunque de manera muy modesta, pues carecen de presupuesto, no ofrecen servicios bancarios y los trámites se hacen por medio de un teléfono celular. Estos “servidores” llegan a las comunidades, se instalan como pueden, usan el mobiliario que encuentran y se dedican a hacer proselitismo, junto con el reparto de dinero presidencial. Se trata de un gran aparato clientelar preparado para influir en los procesos electorales. Pero la austeridad y la ineficiencia han provocado que los planes para extender esta red de centros y bancos avancen con gran lentitud.

7. La oposición

Después de las elecciones de 2018 muchos comentaristas quedaron convencidos de que los partidos de oposición se encontraban muy debilitados o en proceso de extinción. El presidente y su entorno aparentemente creen que el verdadero adversario ya no son los partidos de oposición, sino la prensa y los críticos que publican en ella sus opiniones e ideas. Creen que los empresarios conservadores manejan los medios como si fueran partidos. Por ello López Obrador constantemente los ataca, pues piensa que ése es el principal adversario en su lucha. Tiene un gran desprecio por los partidos, que al parecer incluye a Morena.

Además, el gobierno ha hecho todo lo posible por que esta imagen negativa se vuelva realidad, y lo sigue haciendo, pues quiere liquidar el sistema de partidos que surgió de la transición democrática. Teníamos un sistema tripartito en el que aparentemente había cristalizado una izquierda (el PRD), un centro (el PRI) y una derecha (el PAN). Se trata de una simplificación, pues las posiciones de derecha se filtraron en los tres partidos con diferentes apariencias, las corrientes de izquierda se vieron muy disminuidas y la idea de un centro fue completamente ilusoria. El PRI seguía siendo el partido corrupto del viejo nacionalismo revolucionario, el PAN había con dificultad consolidado un ala liberal

democrática y el PRD se encontraba escindido, con una fracción populista enfrentada a otra de orientación más o menos socialdemócrata. Durante los 20 años de transición democrática el PAN logró ocupar un lugar central en el espacio político hasta que el PRI logró en 2012 regresar al poder, iniciar un intento de restauración del antiguo régimen y volver a sus típicos hábitos corruptos. El PRD se dividió y dio lugar a la fundación del partido populista que acabó triunfando en 2018, el año en que las elecciones dejaron maltrechos a todos los partidos de la transición para dar lugar a un nuevo escenario político. En el nuevo panorama supuestamente sólo podíamos contemplar las ruinas de los antiguos partidos, aplastados por un todopoderoso y nuevo partido oficial, Morena. Más radical, mi amigo Jesús Silva-Herzog Márquez consideró que todos los partidos fueron borrados del mapa en las elecciones de 2018, incluyendo Morena. Todos quedaron muertos. No solamente se trataba de su debilitamiento numérico, sino principalmente del hecho de que estaban totalmente desorientados y eran incapaces de entender lo que sucedió en 2018. Si esto es cierto, nos enfrentamos a la desaparición de la democracia. Según la visión pesimista, en las elecciones de 2018, como dice la fábula, la hormiga, por odio a la cucaracha, votó por el insecticida: murieron todos, hasta el grillo que se abstuvo. Yo no soy tan pesimista, pero esto es lo que se va a probar en las elecciones intermedias de 2021. Espero que en estos comicios próximos las hormigas no voten por el insecticida.

Durante dos años esas imágenes negras han dominado en los discursos políticos y en la imaginería de muchos analistas, intelectuales y periodistas. Según una encuesta de *El Financiero* los tres principales partidos de oposición —PAN, PRI y PRD—no llegaban a reunir juntos ni siquiera la quinta parte de las intenciones de voto a comienzos de 2020. La inmensa mayoría no apoyaba a ningún partido o declaraba no saber. Hay que advertir, sin embargo, que el partido oficial, Morena, no llegaba al 20%. Los datos del INE señalaban que en un año a partir de enero de 2019 el padrón de militancia de casi todos los partidos se desplomó. La caída más estrepitosa la sufrió el PRI, cuya militancia bajo un 76%, seguido muy de cerca por el PRD, que descendió un 75%. La caída del PAN no fue

tan aguda: descendió un 38%. Pero el partido que había ganado la presidencia, Morena, también vio mermada su militancia en un 12 por ciento.

Pero estas cifras no dan una impresión muy clara del panorama, pues se trata de partidos con estructuras muy diferentes. El PAN era esencialmente un partido de opinión con pocos militantes: en enero de 2019 contaba con 337 mil militantes y un año después bajó a 234 mil. En contraste, el PRI, que era un partido de gobierno, tenía en enero de 2019 una enorme masa de inscritos: más de 2 millones y medio. Un año después tenía poco más de un millón y medio. El PRD era un partido de aparato que contaba al inicio de este periodo con 5 millones de militantes; en enero de 2020 ya sólo tenía un millón y cuarto. Morena, que era en realidad un partido inorgánico de opinión, tenía poco más de 300 mil militantes y acabó con 278 mil. Como puede verse, no hay una correlación directa entre la militancia y los votos obtenidos en las elecciones. El Partido del Trabajo, un partido corrupto y marginal, tenía en enero de 2019 muchos más militantes que Morena. Lo mismo ocurría con Movimiento Ciudadano.

El hecho es que en un año el padrón de militancia de todos los partidos pasó de 13 millones y medio a 4.3 millones. Esta extraña danza en las cifras de militancia nos permite atisbar que, a pesar de todo, los partidos no parecen estar muertos. Hay que agregar que los nuevos partidos que aspiraban a registrarse sumaban en conjunto más de un millón y medio de apoyos (al 18 de febrero de 2020). Podemos comprender que hay un amplio sector politizado de la sociedad que, al acercarse las elecciones, se pone en movimiento e inicia una cierta efervescencia. Las cifras de militancia posiblemente son dudosas e imprecisas, pero dan una idea de la importancia de la franja politizada cercana a los partidos.

Aparentemente el PAN es el partido más fuerte de la oposición o, por lo menos, fue el que quedó en segundo lugar en las elecciones de 2018, después de Morena. Gobierna en nueve estados, cuatro de los cuales tendrán elecciones para elegir gobernador en 2021. El PAN ha sido salpicado por sospechas de corrupción a partir de las denuncias de Lozoya, el exdirector de Pemex. Además, lleva

colgada al cuello la pesada piedra del gobierno de Felipe Calderón, responsable de haber iniciado la infausta guerra contra los narcotraficantes y de haber tenido como secretario de Seguridad a Genaro García Luna, preso en Estados Unidos acusado de colaborar con el hampa que debía combatir. Pero la ruptura de Calderón con el PAN alivió un poco ese peso, a pesar de que perdió militantes. El expresidente Calderón abandonó el partido molesto porque su esposa Margarita Zavala no fue elegida como candidata a la presidencia en lugar de Ricardo Anaya; además, encabezó el ala más pro-PRI del partido. Posiblemente esto afectó más al sector liberal del PAN, pero es difícil asegurarlo pues en este partido las corrientes no están bien definidas. Como es un partido de opinión, si no define bien su línea política corre el riesgo de no captar el apoyo de los potenciales votantes. Calderón y Zavala no lograron registrar un nuevo partido y regresaron al PAN, sin pena ni gloria.

El otrora potente PRI se encuentra en una situación muy difícil, pues arrastra el lastre de su tradición corrupta y autoritaria. Además, Morena le ha arrebatado sus banderas nacionalistas y populistas. En las elecciones de 2018 el PRI quedó en las manos de tecnócratas que lo llevaron a la derrota. Es un partido sostenido por el poder de los 12 gobernadores que actualmente tiene, pero ocho de ellos terminan su periodo y se someterán a elecciones en 2021. Corre el peligro de perder esas posiciones. Los gobernadores priistas fueron responsables de canalizar votos hacia Morena, con lo que debilitó su base electoral y no es seguro que logren recuperar a esos votantes oportunistas que posiblemente prefieran ahora apoyar al partido del gobierno. No obstante, en las elecciones para renovar el congreso en Coahuila de octubre de 2020 el PRI ganó todas las 16 diputaciones en juego. Y en Hidalgo, en la misma fecha, hubo elecciones para elegir presidentes municipales: el PRI ganó un gran número de alcaldías. Aún está vivo este partido, al menos en las regiones en las que tradicionalmente ha sido fuerte.

El PRD ha perdido una masa enorme de militantes y simpatizantes, que se fueron con López Obrador. Pero mantiene un aparato que, aunque maltrecho, todavía funciona. Solamente tiene un gobierno estatal, Michoacán, que podría perder en las elecciones

de 2021. Mantiene bolsones de apoyo en algunos lugares, pero el partido populista oficial lo ha desangrado. Podrá jugar un papel si sabe mover las influencias que le quedan para, en alianza, apuntalar a candidatos de oposición. Enfrenta el reto de mantener una línea socialdemócrata que pueda sobrevivir al diluvio populista.

Éstos son los tres principales partidos sobrevivientes de la transición democrática. Podemos agregar a otros partidos, como Movimiento Ciudadano y otras agrupaciones regionales. Ellos son el hilo del que pende la democracia en México. Desgraciadamente los medios masivos de comunicación se han dedicado durante dos años a menospreciar y golpear al sistema de partidos, sea inducidos por el gobierno o bien por una visión equivocada de la realidad política. Si se desploma este sistema, sólo quedarán el partido oficial, que es un revoltijo de intereses y grupos unidos por el culto al presidente, y sus aliados.

Las elecciones de 2021 serán decisivas para la sobrevivencia de la democracia en México. Los partidos de oposición deben percatarse de la trascendencia de estos comicios y actuar con responsabilidad para enfrentar el peligro de que la democracia quede en ruinas si se mantiene sin cambios el poder del presidente, si ningún contrapeso que ponga un freno a sus pretensiones autoritarias, a su intención de bloquear todo avance de la oposición, a la que considera en bloque como “conservadora” y moralmente impedida para gobernar.

El contrapeso deberá cristalizar principalmente en la nueva Cámara de Diputados y en los 15 gobernadores que se elegirán. Ello significa una compleja y delicada red de alianzas, negociaciones y acuerdos. De la calidad de esta red dependerá la sobrevivencia del sistema democrático. ¿Será posible tejerla? ¿Serán capaces los partidos de oposición de un comportamiento refinado, honesto, transparente y confiable para fortalecer al sistema democrático? Eso es mucho pedir, y acaso debamos conformarnos con un comportamiento medianamente racional en medio de un cúmulo de transas groseras, zancadillas y opacidad. Mi esperanza es que la racionalidad política no quede completamente atrapada en las aguas turbias de los partidos.

En la oposición ha surgido un movimiento que está llamando mucho la atención: el Frente Nacional Anti-AMLO (Frena). Este movimiento tiene una actitud agresiva y parte de una idea completamente absurda y descabellada: pretende salvar a México de un tirano comunista, López Obrador, y exige la dimisión inmediata del presidente, al que se acusa de “intentar una dictadura socialista” en México a semejanza de lo que hicieron Fidel Castro en Cuba y Hugo Chávez en Venezuela. Es un grupo de clara orientación anticomunista, dirigido por un consejo de 67 ciudadanos, entre los cuales figuran Gilberto Lozano, Pedro Ferriz, Rafael Loret de Mola y Juan Bosco Abascal, todos ellos personajes ligados a la más extrema y tradicional derecha mexicana. En octubre de 2020 ocuparon el Zócalo. Con la llegada espectacular de este movimiento se ha creado una curiosa situación surrealista: el populismo de derecha de López Obrador es atacado desde una posición extremadamente reaccionaria que pretende combatir a un gobierno comunista. No existe ese régimen de orientación socialista en México contra el cual lucha el Frena, pero la agresividad de este movimiento provoca una falsa aura de izquierdismo en el gobierno. La presencia llamativa de este movimiento, además, ayuda a oscurecer el papel de los partidos.

Al mismo tiempo surgieron de las filas del empresariado y de la clase media otros movimientos que se oponen al gobierno, como Sí por México. Representan el creciente malestar de amplios sectores de la burguesía que comprenden que el gobierno está llevando al país por muy mal camino y que se separan de la élite empresarial que colabora con el régimen populista. Sí por México lo han impulsado el abogado y activista Claudio X. González, hijo de un rico y muy respetado empresario muy activo en la política, y Gustavo de Hoyos, abogado y presidente de la Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex) de 2016 a 2020, un poderoso empresario.

Yo creo que la democracia está en peligro, pero no ha muerto. La situación me recuerda ese famoso dicho, según el cual perder unas elecciones es normal en una democracia: lo malo es perder la

democracia en unas elecciones. Y eso es justamente lo que podría pasar en las próximas elecciones de 2021.

8. Posdemocracia

En México hay signos alarmantes que indican que nos enfrentamos a una deriva autoritaria. Es importante reflexionar sobre este problema, pues no es un fenómeno que se limita a la personalidad del presidente López Obrador, sino que es un fenómeno más complejo y extendido. Quiero reflexionar sobre este problema a partir de las experiencias que ocurren en otras partes del mundo.

Desde hace ya algunos años se ha extendido una preocupación por el futuro de la democracia. Hay señales inquietantes que han provocado que salten las alarmas, tanto en los medios políticos como entre los intelectuales o los periodistas. Se publican libros en los que se examinan las crisis de las democracias o en los que se vaticina su muerte. En América Latina, donde las democracias tienen pocos decenios de existencia, ha cundido el temor cuando las encuestas han mostrado que decrece el número de personas que apoyan la democracia. La brillante escritora turca Ece Temelkuran cuenta una anécdota significativa en su ensayo *Cómo perder un país. Los siete pasos de la democracia a la dictadura*. En 2016, a raíz de un fallido y extraño golpe de Estado, ella dio una conferencia en Londres para explicar que en Turquía un gobernante populista había eliminado el régimen democrático. Una mujer del público, consternada, le hizo la pregunta típica: ¿qué podemos hacer por

usted? La escritora era vista como una víctima necesitada de ayuda, lo que la irritó, pues le pareció que la trataban como un bebé panda en busca de ser adoptado. Ece Temelkuran se burló de la confianza que su público británico tenía en la inmunidad de su país frente al malestar político que arruinó a Turquía en 2016, y les dijo con rudeza: “Lo crean o no, lo que sea que le haya pasado a Turquía también los amenaza a ustedes. Esta locura política es un fenómeno global. Así que, en realidad: ¿qué puedo *yo* hacer por ustedes?” (Ece Temelkuran, *Cómo perder un país. Los siete pasos de la democracia a la dictadura*, Anagrama, Barcelona, 2019, pp. 18-19). En aquel momento muy pocos creían que el Brexit que acababa de ganar en un referéndum llevaría al Reino Unido a separarse de Europa; igualmente, la mayor parte de la gente no creía que Donald Trump pudiese llegar a la presidencia de Estados Unidos. Se creía que esos fenómenos populistas ocurrían solamente en las zonas periféricas como en la Hungría de Viktor Orbán, la Turquía de Erdoğan o la Venezuela de Maduro. Pero ahora sabemos que las ideas de Nigel Farage triunfaron en el Reino Unido, encarnaron en el primer ministro Boris Johnson y han llevado al Brexit. Hemos visto que un personaje tan nefasto como Trump llegó a presidir el país más poderoso de la Tierra. Y observamos que los populismos de derecha crecen como hongos y se fortalecen en muchos lugares de Europa.

Se trata de procesos en los cuales se transita por la vía democrática hacia condiciones autoritarias, que pueden ser calificadas como posdemocráticas. El resultado son regímenes sustentados y legitimados por una amplia base popular que adquieren rasgos dictatoriales más o menos acentuados. Hay quienes agregan a este espectro posdemocrático a países como China y Rusia, aunque no se puede decir que transitaron al autoritarismo a partir de una situación democrática previa.

El ejemplo de Venezuela es paradigmático. En este pequeño país latinoamericano había un régimen democrático que se había consolidado a partir del Pacto de Puntofijo en 1958, después de la caída de la dictadura de Pérez Jiménez. Era uno de los pocos regímenes democráticos en América Latina en aquella época.

Durante las últimas décadas del siglo XX Venezuela comenzó a sumirse en el desorden, y los dos grandes partidos, Acción Democrática y COPEI (Comité de Organización Política Electoral Independiente), comenzaron a desmoronarse. Los dos presidentes emanados de estos partidos al asumir por segunda vez la presidencia, Carlos Andrés Pérez y Rafael Caldera, acabaron de dañar las estructuras políticas, lo que propició el intento frustrado de golpe militar de 1992 encabezado por Hugo Chávez. El militar golpista fue amnistiado y a partir de entonces impulsó un movimiento político que lo llevó a ganar las elecciones de 1998. Al año siguiente un Chávez presidente inició la "revolución bolivariana" que abriría el paso a una larga época posdemocrática en Venezuela, que dura hasta hoy.

En Turquía el régimen populista autoritario se consolida también a partir de un extraño y confuso intento fallido de golpe militar ocurrido en julio de 2016. El presidente Recep Tayyip Erdoğan, con gran habilidad, manipuló la situación política después del sospechoso golpe y realizó una gran purga entre los militares y los jueces. Decenas de miles de ciudadanos fueron detenidos y el poder autoritario de Erdoğan quedó bien apuntalado, con una amplia base popular.

El caso de Rusia es interesante debido a que la estructura política poscomunista tiene similitudes con las situaciones venezolana y turca. Rusia, según el análisis del historiador Timothy Snyder, avanzó por un peculiar camino hacia la "no libertad" (así llamó su libro: *El camino hacia la no libertad*), un régimen no propiamente totalitario ni brutalmente dictatorial, pero claramente no democrático. El camino que va de Gorbachov a Putin, pasando por Yeltsin, desemboca en un capitalismo construido a partir del saqueo de los bienes estatales, un sistema cleptocrático que no conserva del antiguo socialismo más que los rasgos autoritarios, los hábitos policiacos y la capacidad populista de atraer a las masas. No es de extrañar que el presidente Putin haya encontrado afinidad con el gobierno chavista de Venezuela. Por ello ha decidido apoyarlo, a pesar de que Rusia está muy lejos del socialismo soviético y de que el gobierno venezolano ha pretendido alcanzar un "socialismo del

siglo XXI", aunque sólo ha logrado estancarse en un capitalismo destartalado que ha dejado a la población en condiciones de miseria y ha provocado que millones huyan del país.

Rusia también encontró afinidades con un candidato a la presidencia de Estados Unidos que pocos analistas creían que pudiera ganar. Pero ganó: Donald Trump fue celebrado por los gobernantes rusos como si ellos lo hubieran postulado. A fin de cuentas, Trump era un empresario fracasado y en bancarrota que había sido rescatado por capitales rusos de dudosa procedencia. Snyder analiza con agudeza la relación entre Trump y los intereses rusos. La influencia rusa en el proceso electoral de 2016 que llevó a Trump al poder es muy evidente. El gobierno ruso ya había experimentado en el Reino Unido la manera de favorecer en las redes sociales la idea del Brexit. El examen de la intromisión del gobierno de Putin en las elecciones de 2016 es un punto de partida que le permite a Snyder ofrecer un panorama del endurecimiento del autoritarismo que culmina con el triunfo de Trump.

Podemos observar tendencias posdemocráticas en el Brasil de Jair Bolsonaro, la Hungría de Viktor Orbán, la India de Narendra Modi y, sin duda, también en el México de López Obrador. En cada uno de estos ejemplos encontramos rasgos de una derecha populista que se expresa en formas muy diversas. Pero en ninguno de estos casos se ha consumado una condición posdemocrática plena, como ocurrió en Turquía y en Venezuela. No lo son tampoco los gobiernos de Donald Trump y de Boris Johnson, que funcionan en contextos democráticos antiguos y consolidados, donde es difícil pensar que pudiese enraizar la alternativa posdemocrática, aunque siempre hay que estar alertas ante las posibles sorpresas que ocurren en la historia política.

Lo que me parece un fenómeno inquietante que hay que estudiar es la aparición de dictaduras que han surgido a partir de democracias. Podremos así comprender mejor las situaciones en las que, aunque no surge una dictadura, se deteriora considerablemente la democracia y se produce una deriva autoritaria. ¿Está México avanzando por un camino posdemocrático? Sin duda el populismo que caracteriza la política

de López Obrador nos indica que hay un terreno fértil para que crezcan tendencias autoritarias que nos arrastren hacia una condición posdemocrática. Hay que agregar el hecho de que México apenas salió de un largo periodo autoritario hace poco más de dos décadas y que la sociedad alberga todavía fuertes corrientes restauradoras que añoran al antiguo régimen. Dos décadas de alternancia política son poco tiempo para consolidar las nuevas instituciones y hábitos democráticos. La combinación de los efectos destructivos de la pandemia del covid-19 con la política económica desastrosa del gobierno puede desembocar en una situación dramática que auspicie el autoritarismo. Aunque también pueden desgastar la legitimidad del régimen, que además no está logrando controlar la crisis de inseguridad y violencia homicida que vive el país. El desenlace dependerá de la amplitud de las reservas democráticas depositadas en la ciudadanía y en los partidos de oposición.

No hay que menospreciar el peligro de caer en una condición posdemocrática. Lo ocurrido en varios países muestra que la democracia puede engendrar monstruos que acaben con ella. Los discursos agresivos del presidente contra la prensa crítica y los intelectuales independientes son una señal que no augura nada bueno. En el caso de la revista *Nexos* el gobierno dio un paso hacia la censura al castigarla con una multa enorme y bloquear todos los contratos de la revista por parte de entidades gubernamentales, lo que le impide recibir publicidad de éstas. Después, a comienzos de septiembre de 2020, López Obrador se lanzó otra vez contra *Nexos*, y agregó un ataque a *Letras Libres*. Con furia criticó a los dos intelectuales que dirigen estas revistas por estar “en contra del cambio verdadero”. Les reprochó que habían obtenido publicidad del gobierno durante muchos años, insinuando maliciosamente que ello era algo ilícito. Por lo visto el presidente no tolera la crítica. Enseguida, el 10 de septiembre de 2020, uno de los ideólogos más duros del presidente, Paco Ignacio Taibo II, deslizó una amenaza a los directores de las dos revistas, al darles un “fraternal consejo”: “más les vale que se queden en su esquina o que vayan cambiando de país”. Es decir, se callan o tendrán que exiliarse.

Todo esto, más la manera corrupta de imponer una mayoría en el Congreso demuestra, como ya lo he señalado, que el gobierno está dispuesto a recurrir a medidas autoritarias para apoyar su línea política y marginar a la oposición. López Obrador ha perdido la batalla en el terreno intelectual y eso lo irrita mucho. Por ello ataca constantemente a los intelectuales críticos, de tal manera que provocó que más de 650 intelectuales, académicos y artistas firmásemos un breve manifiesto que defendía la libertad de expresión. Apareció el 17 de septiembre de 2020. Éste es el texto que firmamos:

> La libertad de expresión está bajo asedio en México. Con ello, está amenazada la democracia. El presidente López Obrador utiliza un discurso permanente de estigmatización y difamación contra los que él llama sus adversarios. Al hacerlo, agravia a la sociedad, degrada el lenguaje público y rebaja la tribuna presidencial de la que debería emanar un discurso tolerante.
>
> El presidente profiere juicios y propala falsedades que siembran odio y división en la sociedad mexicana. Sus palabras son órdenes: tras ellas han llegado la censura, las sanciones administrativas y los amagos judiciales a los medios y publicaciones independientes que han criticado a su gobierno. Y la advertencia de que la opción para los críticos es callarse o dejar el país.
>
> El presidente ha despreciado la lucha de las mujeres y el feminismo, ha despreciado también el dolor de las víctimas por la violencia, ha ignorado los reclamos ambientalistas, ha lesionado presupuestalmente a los organismos autónomos, ha tratado de humillar al Poder Judicial, ha golpeado a las instituciones culturales, científicas y académicas, y ahora pretende socavar la libertad de expresión.
>
> Recordemos, por último, que no se estigmatiza a personas físicas o morales desde el poder presidencial sin ponerlas en riesgo. No se alimenta el rencor desde esa tribuna, sin que el odio llegue al río alguna vez.
>
> ESTO TIENE QUE PARAR.

Al día siguiente en su mañanera el presidente contestó con enojo diciendo que “ayer los intelectuales orgánicos sacaron otro desplegado hablando de que se afecta la libertad de expresión. No sé cómo les afecta, si sacan un desplegado quienes guardaron silencio cómplice durante las atrocidades del periodo neoliberal”. Los firmantes, dijo, se “dedicaron a aplaudir, a quemarle incienso a los gobiernos neoliberales”. A esta evidente mentira, agregó un

calificativo: los cientos de firmantes formábamos “un agrupamiento conservador”, “un corporativo”. Con mucha frecuencia el presidente ataca de esta forma primaria a sus críticos, a quienes asocia a los crímenes que atribuye a los gobiernos anteriores. Con ello incita a que sean marginados, los convierte en objeto de oprobio, provoca que sean despreciados por los adeptos de la 4T y estimula que sean censurados.

En contraste, declaró: “Yo no voy a pedirle a los intelectuales, escritores que simpatizan con nosotros, que están a favor de la transformación, que hagan un desplegado”, que es la manera que utiliza el presidente para dar instrucciones a sus subalternos y seguidores para que ejecuten lo que él dice desde el podio. Por eso un funcionario de su partido, Rafael Barajas, director de la escuela de cuadros y caricaturista, decidió movilizar a su corporativo y a sus intelectuales, que más que orgánicos parecen pétreos, para reunir masivamente firmas apoyando un desplegado en desagravio al señor presidente que había sido “denostado”. En un proceso de acarreo típico del viejo PRI, juntó varias decenas de miles de firmas gracias al aparato de su partido. En esta contestación el *apparátchik* que lo escribió defendió con pasión a su jefe, nos acusó en bloque a todos los firmantes de querer “amordazar al presidente y reinstaurar el monólogo y la verdad única que imperó hasta hace dos años bajo el corrupto régimen neoliberal”. Lo más ridículo de la respuesta es que descubrió que nuestras “quejas apuntan, en realidad, a acotar en forma ilegal e incluso golpista las facultades y atribuciones legales del gobierno de México”. ¡Ahora resulta que los intelectuales que firmamos el manifiesto queríamos impulsar un golpe de Estado! Se cree que los patos disparan a las escopetas…

Otra manifestación de las tendencias autoritarias fue la propuesta del presidente, en septiembre de 2020, de un linchamiento disfrazado de referéndum para consultar a los ciudadanos si se debía o no investigar y sancionar a todos los expresidentes por su presunta comisión de delitos, una consulta evidentemente inconstitucional. El proyecto de resolución presentado por el juez Luis María Aguilar rechazaba la aprobación de la consulta al afirmar que se trataba de un “concierto de inconstitucionalidades”. Pero la

Suprema Corte de Justicia, en una curiosa maniobra y por presión de López Obrador, la avaló por seis votos contra cinco, y el presidente de la Corte, Arturo Zaldívar, incluso asumió razones políticas para apoyar la consulta, entendiéndola como una forma de democracia directa y de participación ciudadana: “No podemos cerrar las puertas a la opinión ciudadana —dijo— por temor a un escenario catastrófico de populismo penal”. Pero a continuación la Corte modificó a tal punto la pregunta que la dejó irreconocible y con una redacción vaga y absurda. La nueva pregunta, que excluye los nombres de los expresidentes, quedó así: “¿Estás de acuerdo o no en que se lleven a cabo las acciones pertinentes, con apego al marco constitucional y legal, para emprender un proceso de esclarecimiento de las decisiones políticas tomadas en los años pasados por los actores políticos, encaminado a garantizar la justicia y los derechos de las posibles víctimas?”. Sin duda el presidente quiere usar esta consulta para entrometerse en las elecciones de 2021. Pero la absurda pregunta es tan amplia y vaga que en ella cabe cualquier proceso de esclarecimiento realizado por cualquier instancia, de cualquier decisión política tomada por cualquier actor político en cualquier momento del pasado. ¿Quién se va a oponer a ese “esclarecimiento”, que puede abarcar tanto a Moctezuma y Hernán Cortés, como a Benito Juárez y a Porfirio Díaz, a Peña Nieto como al propio López Obrador? Puede incluir también a cualquier actor político de menor nivel. Todo este ridículo proceso fue el escenario en el que el presidente aplastó a la Suprema Corte de Justicia. De esta manera el gobierno elude la investigación de los delitos que atribuye a altos funcionarios de sexenios pasados, lo que contrasta con lo que hace la justicia en Estados Unidos, donde fueron apresados para ser juzgados dos muy altos funcionarios mexicanos, Genaro García Luna y el general Salvador Cienfuegos, acusados de estar ligados al narcotráfico. La detención de este último, que fue secretario de Defensa de Peña Nieto, y acusado por la DEA de colusión con narcotraficantes, permitió sospechar que el ejército, la institución en la que más confía y más se apoya López Obrador, está tan contaminada por la corrupción como otros sectores del gobierno. Todo hace pensar que la élite militar se irritó

enormemente y exigió que el gobierno reclamase a Estados Unidos la liberación del militar preso, cosa que fue lograda en un acto de insólita corrupción política cometido por Trump y López Obrador. La fiscalía mexicana, en consecuencia, lo exoneró al poco tiempo.

9. ¿Hay una alternativa socialdemócrata?

Algunos defensores del gobierno de López Obrador han señalado que en la oposición no hay más que alternativas neoliberales o conservadoras. Sostienen que fuera de Morena y sus aliados todo el panorama está dominado por la derecha. Ellos pregonan ser la única alternativa de izquierda. Ya he explicado ampliamente que ni López Obrador ni su movimiento son de izquierda. Desgraciadamente hay algo de cierto en la afirmación de que en la oposición no se observan muchas opciones progresistas. Las corrientes socialdemócratas en el PRD se han desdibujado y debilitado. La izquierda democrática se encuentra dispersa en la sociedad y es difícil evaluar su fuerza. En la intelectualidad el reformismo de corte socialdemócrata está más presente, pero no ha cristalizado en forma de corriente. En México el panorama no es muy halagüeño para quienes defendemos una opción socialista democrática. Sin embargo, quiero exponer aquí una defensa del socialismo, pensando en términos amplios y más allá del marco mexicano, a partir de mis reflexiones sobre las ideas de Thomas Piketty, uno de los más brillantes exponentes de la renovación del pensamiento socialista.

* * *

En un mundo donde las derechas populistas se extienden y fortalecen, pareciera que cada vez hay menos espacio para las corrientes políticas socialdemócratas. El socialismo democrático, acorralado entre los agresivos nacionalismos populistas y el neoliberalismo tradicional, es además víctima de sus propios errores e inconsistencias. El derrumbe de los sistemas soviético y maoísta afectó también a la socialdemocracia, no porque fuese culpable de las atrocidades y fracasos del socialismo en los países comunistas, sino porque la caída del modelo alternativo al capitalismo fortaleció las formas más predadoras de explotación y liberó los demonios de las expresiones más reaccionarias del populismo nacionalista.

Sin duda desde 1989 el mundo vive en una nueva época que ha significado un reto para la socialdemocracia, que no acaba de adaptarse a una globalización cuyos parámetros no comprende bien y que amenaza a la democracia. Además, desde los años ochenta del siglo XX comenzaron a derrumbarse muchos de los logros del Estado de bienestar que se habían alcanzado después de la Segunda Guerra Mundial. La socialdemocracia prosperó en gran medida porque era un modelo de izquierda alternativo al despotismo de los países del espectro soviético y maoísta. La decadencia del Estado de bienestar obedece a múltiples causas, desde las crisis económicas y las dificultades para financiar los sistemas de salud y pensiones hasta el debilitamiento de los sindicatos y el aburguesamiento de la clase obrera. Esta decadencia de los gobiernos benefactores ha corrido paralela a la derechización de la socialdemocracia, como muestra el emblemático ejemplo de la llamada “tercera vía” de Tony Blair.

Ante estas derivas conservadoras, han surgido propuestas brillantes que ayudan a entender las nuevas formas en que se desarrolla el capitalismo. Ha aparecido una tendencia a izquierdizar la socialdemocracia y a impulsar reflexiones racionales y bien informadas sobre el mundo que nos rodea. Los orígenes de estas nuevas ideas pueden observarse en los estudios de dos excelentes sociólogos, Ulrich Beck y Zygmunt Bauman, que analizaron creativamente las amenazas de la “sociedad del riesgo” y el carácter “líquido” y pantanoso del capitalismo actual. Pero acaso ha sido el

economista francés Thomas Piketty quien ha recogido y canalizado con más fuerza las tendencias renovadoras y de izquierda del reformismo socialdemócrata. Su voluminoso libro *El capital en el siglo XXI* (2013) fue una aportación notable que estimuló la reflexión. Seis años después, agregó otro volumen masivo (unas 1,200 páginas) a la crítica del capitalismo. Su libro sobre el capital y la ideología da un giro a su interpretación, con el objeto de abordar las diversas bases ideológicas que han sustentado la aparentemente inacabable expansión de las desigualdades sociales.

Piketty se aventura en nuevos terrenos y se enfrenta, como ya lo había hecho, a las concepciones tradicionales de la izquierda. La historia no está determinada por la lucha de clases ni por las estructuras económicas. Por el contrario, es la lucha de las ideas la que determina el desarrollo de la sociedad. Las ideologías han forjado las teorías sobre la propiedad, la democracia, las fronteras, el salario, los impuestos y la educación. Desde luego, no es Piketty el primero en invertir la noción marxista según la cual la historia de todas las sociedades ha sido en realidad la historia de la lucha de clases. Pero es significativo que un economista de izquierda llegue a la conclusión de que la historia económica está regida por las ideologías. Por ello, el nuevo libro de Piketty es un estudio histórico de las formas en que las ideas han legitimado la propiedad privada, la desigualdad, las fronteras, el sistema fiscal, la justicia y la enseñanza. El eje de su reflexión es la desigualdad. Afirma con contundencia que la desigualdad reposa “sobre construcciones intelectuales e instituciones sofisticadas, que ciertamente no están siempre exentas de hipocresía y de voluntad de perpetuación por parte de los grupos dominantes, y que, sin embargo, merecen ser examinadas de cerca. A diferencia de la lucha de clases, la lucha de las ideologías reposa sobre el reparto de conocimientos y experiencias, el respeto por el otro, la deliberación y la democracia”. Habría que decir que, aunque la desigualdad reposa sobre una legitimación ideológica, no son las ideas las que la generan. Es el sistema en su conjunto: la política, la cultura, la economía.

Esta noción de ideología es demasiado estrecha para entender las diversas formas en que se legitima la desigualdad. Me parece

que es necesario insertar la ideología en la esfera más amplia de la cultura, tal como la entendemos los antropólogos, es decir, como un conjunto articulado de símbolos, ideas, instituciones, hábitos, instrumentos y valores. Es bien cierto que las sociedades, para evitar el derrumbe, deben justificar las desigualdades. Pero esta justificación, más o menos razonada e inscrita en los discursos dominantes, no es suficiente para comprender la legitimidad que han gozado diferentes sistemas económicos. Además, hay que comprender la importancia de las costumbres y los hábitos, a la que se agrega, sin duda, el uso de la fuerza. El discurso de tipo ideológico, que destaca la bondad emprendedora que ha llevado a acumular grandes fortunas para justificar la extrema desigualdad, se suele complementar con la idea de que sería peligroso para la estabilidad sociopolítica el aniquilamiento de las desigualdades. No dudo que este tipo de expresiones ideológicas, fundadas en una peculiar noción del mérito y de la tranquilidad social como motores del progreso, jueguen un papel en la justificación de las desigualdades. Pero la legitimidad que han alcanzado las sociedades democráticas y capitalistas obedece a causas mucho más complejas que no se pueden reducir a la manipulación ideológica.

Hay que observar dos etapas del capitalismo durante las cuales hubo importantes decisiones político-ideológicas y culturales que determinaron el curso de la historia, especialmente en Europa y Estados Unidos. La primera es la que Karl Polanyi llamó la “gran transformación”, ocurrida entre 1914 y 1945. Es la época en que las tensiones en algunas sociedades con profundas desigualdades propician la implantación de regímenes comunistas o socialdemócratas. Además, comienzan a desmoronarse los sistemas coloniales y, sobre todo, los nacionalismos llevan a una autodestrucción militar y genocida. Ese periodo desastroso incubó un hundimiento del valor total de la propiedad privada como efecto de las destrucciones, las expropiaciones y la inflación. Al mismo tiempo, comenzó a implementarse la progresividad fiscal. Según Piketty este periodo contempló la manera en que la ideología del mercado autorregulado condujo a la terrible destrucción de las

sociedades europeas a partir de 1914 y a la muerte del liberalismo económico. Para Polany se trató de una crisis de la civilización, algo mucho más vasto que un fenómeno ideológico. Piketty, que prefiere hablar de propietarismo para referirse al liberalismo, observa con razón que esa muerte sólo fue temporal.

Pero este derrumbe del liberalismo económico es posiblemente la clave que nos permite comprender cómo países tan ricos y prósperos antes de 1914 se hundieron y abrieron el paso a sociedades que, aunque seguían siendo capitalistas, se convirtieron en Estados socialdemócratas, con diversas formas de nacionalización, peculiares sistemas públicos de salud, de enseñanza y de retiro, además de imposiciones fiscales progresivas sobre los ingresos y los patrimonios más elevados. En estas sociedades hubo un importante descenso de la desigualdad y una gran alza de la productividad. La llegada de las sociedades socialdemócratas fue impulsada por grandes procesos ideológicos que legitimaron y orientaron el nuevo curso de la economía. Si ello fue posible en el siglo XX, piensa Piketty, también ha de ser factible en el siglo XXI. Pero para ello son necesarios un examen cuidadoso y una crítica aguda de los treinta gloriosos años ilustrados por las ideas socialdemócratas.

La construcción de un Estado social y fiscal ocurrió en el marco estrecho de las fronteras nacionales, lo que impidió que se desarrollaran políticas posnacionales y transnacionales democráticas. Ello contribuyó a erosionar posteriormente las bases del Estado social y a dejar inacabado el proyecto de transformación. Además, es evidente que la expansión de los sistemas socialdemócratas tuvo como uno de sus detonadores principales dos sanguinarias guerras mundiales y dos grandes revoluciones socialistas, la rusa (1917) y la china (1949). El Estado social de bienestar nació como un efecto de gigantescas conmociones y catástrofes, muchos millones de muertos y vastas destrucciones. El Estado socialdemócrata nació bañado en sangre. Las bases “ideológicas” para el cambio fueron siniestras y no es deseable que se vuelvan a repetir. Quedan unas preguntas en el aire: ¿cómo se podrían alcanzar nuevas formas sociales basadas en el bienestar?

¿Cuáles podrían ser sus detonadores? El problema es que los treinta gloriosos años del bienestar, durante los cuales hubo mayor igualdad, desembocaron en el periodo neoliberal. A partir de los años ochenta del siglo XX se desencadena una fuerte regresión y el mundo se adentra en un hipercapitalismo que derrumba lo que las socialdemocracias habían logrado. La desaparición del bloque socialista expandió un fuerte sentimiento de desilusión, que ya había surgido cuando fue evidente que las sociedades regidas por partidos comunistas no sólo habían fracasado económicamente, sino que desarrollaron formas inéditas de represión y de despotismo.

En el seno del hipercapitalismo los partidos de centro-izquierda sufrieron una peculiar evolución. Su base electoral ya no son los desposeídos y menos educados. Ahora los partidos socialdemócratas y similares tienen como sustento electoral a los más educados, son una izquierda de élites. Esta lógica se ha apoderado de la política en Estados Unidos, Francia y el Reino Unido. El escenario electoral ahora enfrenta a una izquierda integrada al sistema contra una derecha comercial y financiera, pero comparten un respeto por las reglas del nuevo capitalismo. Esta situación puede verse también en Alemania, Suecia y en casi todas las democracias occidentales. Ha surgido un sistema de élites múltiples compuesto por dos sectores que se alternan en el poder: el partido de los más educados y el de los más ricos. Las masas de población menos favorecidas, que se sienten abandonadas, son atraídas por corrientes nacionalistas que se oponen a la entrada de emigrantes procedentes de zonas más pobres.

Las frustraciones sociales, que ya no son canalizadas a través del antiguo sistema clasista, ahora tienden a expresarse como movimientos y partidos nacionalistas que apelan a los sentimientos identitarios. El ejemplo más emblemático es quizás el apoyo masivo de los estratos sociales más modestos en el Reino Unido que votaron “Leave” (salir de la Unión Europea) y desencadenaron el Brexit en 2016. En este contexto se observa la gran fuerza que está adquiriendo el populismo ante la clausura de las disyuntivas clasistas tradicionales. Como el populismo es un fenómeno esencialmente cultural, que adquiere tonalidades ideológicas,

aparecen nuevos fenómenos de legitimación de las desigualdades crecientes.

Frente a los formidables obstáculos tanto ideológicos como políticos que significan la izquierda de élites, la derecha financiera y las corrientes populistas, ¿cómo es posible avanzar en la instauración de un socialismo democrático? Las ideas de Piketty son muy estimulantes al respecto. Coincido con él en que es posible dejar atrás el capitalismo en el que vivimos para alcanzar un socialismo basado en la propiedad social y en un sistema de reparto democrático de saberes y poderes. La propiedad privada sería sustituida por la propiedad temporal, habría impuestos fuertemente progresivos que permitirían una dotación universal de capital a todos y una circulación permanente de las fortunas. Cada generación podrá acumular bienes considerables a condición de que regrese a la colectividad una gran parte de la riqueza al pasar a la generación siguiente (mediante importantes impuestos a las herencias). En las empresas habría una cogestión gracias a que en sus consejos de administración los asalariados contarían con la mitad de los votos. Habría dispositivos institucionales para limitar la concentración de propiedades. Los impuestos a la propiedad privada deberían permitir un sistema de dotación de capital entregado a cada joven adulto al cumplir los 25 años. Piketty advierte que, aunque sus propuestas pueden parecer radicales, en realidad serían la continuación de un proceso que se inició a fines del siglo XIX y evolucionó a lo largo del siglo XX pero que se interrumpió en los años ochenta. Concluye Piketty que “sólo el desarrollo de un verdadero socialismo participativo e internacionalista, apoyado en el social-federalismo y en una nueva organización cooperativa de la economía-mundo, podría permitir resolver estas contradicciones”. ¿Cuántas veces la izquierda ha anunciado la quiebra del capitalismo y ha señalado que hay *sólo* una alternativa a la solución de los problemas?

Yo creo que el socialismo democrático no ha muerto: aún respira. La izquierda poco a poco está saliendo del estupor ocasionado por la caída del muro de Berlín y el derrumbe de los países socialistas. La desigualdad creciente está lastimando a muchos, especialmente en los países más ricos donde cada vez hay más conciencia de que

es urgente reformar al sistema capitalista, no porque funcione mal, sino porque funciona demasiado bien en su injusta actividad predadora. En los países menos desarrollados el gran problema es la inmensa proporción de pobres en la sociedad: allí el capitalismo además de injusto funciona mal. Acaso estamos ante una crisis de civilización.

* * *

Pero cabe preguntar: ¿el socialismo democrático ha muerto en México? Quisiera tener una respuesta optimista, pero no la encuentro. Desde luego, en las filas del gobierno de López Obrador no hay ningún indicio de que alguien piense seriamente en una alternativa socialdemócrata. El exsecretario de Hacienda, Carlos Urzúa, se declaró socialdemócrata al estilo nórdico y quiso impulsar una alternativa socialista, pero tanto el presidente como su equipo la rechazaron y tuvo que renunciar. Los personajes que se consideran “radicales” en el gobierno vienen de las tradiciones más autoritarias de la izquierda. Los pocos cambios al sistema económico que impulsa el gobierno parecen más encaminados a estropear la maquinaria capitalista que a reformarla para evitar sus peores consecuencias. El resultado está resultando funesto.

10. La gran confusión

La supuesta gran transformación que López Obrador equipara a las ocurridas con la Independencia, la Reforma y la Revolución es en realidad algo así como el parto de los montes, insignificante como cambio pero donde el estridente chillido del ratoncito provoca fuertes efectos desorganizadores. Después de su segundo informe de gobierno, en una larga entrevista del 7 de septiembre de 2020 con *La Jornada*, López Obrador resumió sus dilemas y sus logros. Dijo que se había enfrentado a una disyuntiva: hacer una nueva Constitución o utilizar la actual para agregarle modificaciones. Explicó que “le habría costado más trabajo una nueva Constitución”. Decidió añadirle “cosas clave” como echar abajo la reforma educativa, suprimir el fuero del presidente, establecer en el artículo 4º el derecho a la pensión, a la salud y a las becas para estudiantes pobres. Lo que le importa es que las ayudas lleguen directamente a millones de familias, y dijo que ya se había alcanzado a apoyar al 65% de ellas. Advirtió que lo más importante es medir el bienestar y no tanto el crecimiento. Afirmó que ha descubierto una vacuna para enfrentar la crisis económica y alardeó de que la va a patentar. En lugar de apoyarse en la deuda pública, como hacen en Europa y Estados Unidos, el secreto de su vacuna consiste en ahorrar y apoyarse en el aumento de las remesas que llegan de los

mexicanos que trabajan en Estados Unidos. Hizo varias afirmaciones totalmente dudosas: afirmó, apoyándose en Rockefeller, que el petróleo es el mejor negocio del mundo y que Pemex está ganando, negó que hubiese caído la inversión extranjera y sostuvo que obtendría recursos al cortar la corrupción, que era una enorme fuga de dinero. Aunque había prometido no hacer reformas a la Constitución, no cumplió e indujo una lluvia de cambios constitucionales que dieron la impresión de que se estaba transformando a fondo la estructura política del país. Nada más lejos de la verdad. A las reformas mencionadas se añadieron varias más referidas a la extinción de dominio, la consulta popular, la prisión preventiva oficiosa, la paridad de género, la condonación y exención de impuestos, los pueblos afroamericanos, la que creó la Guardia Nacional y algunas otras. Algunas mejoraron los derechos fundamentales, otras generaron inquietud o protestas, pero en su conjunto no alteraron fundamentalmente la estructura constitucional.

Los “logros” del gobierno de López Obrador son minúsculos y no significan una gran transformación. Muchos son una aberración, pero contienen un fuerte ingrediente clientelar, ya que la masa de ayudas contribuye a expandir una amplia base para sustentar la popularidad del presidente. Los famosos cien compromisos del presidente son un revoltijo que, en conjunto, no perfilan ninguna transformación de gran calado, pero su puesta en práctica ha provocado muchos desbarajustes. Los compromisos aún no cumplidos, como la dispersión del gobierno federal, generarán más desorden e inquietud si se hacen efectivos. Hay otro compromiso que desgraciadamente jamás cumplirá: el de organizar un sistema de salud tan bueno como el de los países nórdicos o Canadá.

Las secuelas desastrosas de la política económica del gobierno han sido ampliamente documentadas, pero no siempre son claramente visibles, pues se ocultan detrás de los efectos catastróficos de la pandemia del covid-19. La masa de ayudas económicas que fluye bajo diversas formas hacia la población pobre, que obviamente es muy bien recibida, dificulta ver la dirección que está tomando la política económica. Hay quienes creen que hay un proyecto comunista oculto encaminado a

revolucionar la economía, a la manera cubana o venezolana. Otros sospechan que se busca instaurar una economía mixta como la que preconizaban los gobiernos priistas de los años sesenta y setenta, de Díaz Ordaz a López Portillo. Algunos temen que el proyecto económico esté en manos del exjefe de gabinete, Alfonso Romo, un empresario muy reaccionario que quisiera simplemente modificar la composición de la élite empresarial para convertirla en un grupo de fieles y estimular un capitalismo de amigos y compadres. En todo caso, este empresario sólo aguantó como jefe de gabinete dos años. Poco antes de dejar el puesto, Romo había exaltado la inversión privada como la esperanza para superar la crisis, una idea que aparentemente contradice el discurso del presidente. Aun alguien tan obtuso como Romo se daba cuenta del desastre: “No podemos manejar un país que está decreciendo cercano al 9% […] como si estuviéramos creciendo al 9%”, declaró en obvia crítica a las ideas de López Obrador pocos días antes de separarse del cargo. Seguramente para compensar la ausencia de Romo, el presidente nombró como secretaria de Economía a Tatiana Clouthier, que tiene una clara vocación empresarial y política, en sustitución de la menos conservadora y más académica Graciela Márquez. La confusión en la política económica del gobierno aumentó en forma alarmante en diciembre de 2020 cuando el senador Ricardo Monreal, del partido oficial, propuso una reforma del Banco de México, para obligarlo a comprar todos los dólares que las instituciones financieras mexicanas no pudiesen devolver a Estados Unidos, una transacción cada vez más costosa y difícil. Este excedente pasaría a formar parte de las reservas internacionales del banco central. La propuesta, aprobada con prisas por el Senado, atenta contra la autonomía del Banco de México y auspiciaría que los circuitos financieros expandiesen las operaciones con dinero procedente de los narcos e invadieran las reservas del banco central, que quedaría convertido en una inmensa lavadora de dólares sucios. Al parecer, la idea le fue propuesta al presidente por su empresario favorito, el multimillonario Ricardo Salinas Pliego, dueño de TV Azteca y de una cadena financiera encabezada por el Banco Azteca y el grupo Elektra. El escándalo

fue mayúsculo y la reforma fue frenada, para ser estudiada, antes de llegar a la Cámara de Diputados. La amenaza sigue en el aire.

La confusión es muy grande y creo que proviene de las brumas que están en la cabeza del presidente. Para entender esto hay que advertir que López Obrador tiene una idea obsesiva que ha repetido hasta la saciedad: “la corrupción es la causa principal de la desigualdad y de la tragedia nacional que padecemos”. Al comenzar su informe del 1 de diciembre de 2020 insistió en su obstinación: “Fui de los primeros en sostener que el principal problema de México era la corrupción y ahora no tengo la menor duda. La peste de la corrupción originó la crisis de México”. Esta obsesión ha orientado muchas de sus decisiones políticas. Es una idea totalmente equivocada que ha generado mucha confusión y caos en el gobierno. En realidad, hay que invertir la idea: *la desigualdad es una de las causas de la corrupción*. La desigualdad auspiciada por la economía capitalista —especialmente si se trata de un capitalismo clientelar de cuates— fomenta la corrupción. En una sociedad donde gran parte de la población está sumida en la pobreza y la miseria, la gente apenas puede levantar la cabeza para protestar o vigilar a las élites, pues toda su atención está dirigida a sobrevivir. Ello contribuye a que las élites políticas y empresariales —poco vigiladas— se aprovechen de la situación. Este capitalismo salvaje y brutal contribuye a la ineficiencia de la maquinaria gubernamental, lo que provoca que haya que engrasar los engranajes con sobornos y mordidas. La expansión de una clase media educada puede contribuir al combate contra la corrupción, lo mismo que un sistema judicial decente y una policía bien capacitada. El 1 de diciembre de 2020 el presidente tuvo que admitir que dos años después de iniciado su gobierno todavía persistía la corrupción: “Ya se acabó la robadera de los de arriba, pero todavía falta desterrar por completo el bandidaje oficial”.

El presidente está poseído por la equivocada idea de que la corrupción inherente, según él, a la política neoliberal es la causante de la desigualdad. Al mismo tiempo, está convencido de que la corrupción puede ser atacada mediante la austeridad. En consecuencia, se ha propuesto limpiar al capitalismo de la escoria

ideológica neoliberal para purificarlo y llegar a una economía limpia, soberana y autosuficiente. Quiere que la burguesía pase por el colador de su moralina depuradora para que, una vez lavada de sus pecados neoliberales, se convierta en una clase empresarial pura, alejada de la globalización y orientada por los sanos valores nacionalistas. No quiere reformar, sino purificar. ¿Existe un sistema capitalista limpio y puro?

Es obvio que no hay tal sistema. Lo que sí puede frenar las tendencias capitalistas a generar cada vez más desigualdad es el denso tejido cultural de costumbres, instituciones e ideas que en sociedades democráticas y avanzadas ha crecido como una coraza contra la voracidad y la corrupción. En México ese tejido es muy delgado y el gobierno de López Obrador lo está erosionando; para engrosarlo sería necesario un proyecto de corte socialdemócrata, que está completamente ausente en los planes del presidente. El flujo de ayudas a la población es necesario y benigno, pero sería sano que se canalizase a través de órganos o instituciones y no como dádivas que caen del cielo presidencial.

La confusión que provoca la política económica gubernamental aumentó enormemente con la llegada de la pandemia del covid-19. A pesar de que era evidente que la emergencia requería tomar medidas extraordinarias, el presidente se negó a cambiar sus planes. Sus proyectos emblemáticos continuaron su curso y mantuvo la distribución de ayudas por los canales populistas destinados a mantener su base clientelar. El empobrecimiento de vastas capas de la población avanzó incontenible; es difícil prever si la crisis económica mantendrá intacta la popularidad del régimen o bien en las próximas elecciones se manifestará una erosión notable en el voto que respalda al partido del gobierno.

En el mundo de hoy hay diversos capitalismos y prácticamente ningún socialismo. En México durante los últimos decenios se transitaba de un capitalismo autocrático atrasado hacia un capitalismo neoliberal oligárquico. Los cambios fueron acompañados de un crecimiento de la clase media y del inicio de una transición democrática. Sin embargo, estos cambios no fueron muy celebrados y no se expandió un orgullo cívico por haber

logrado dejar atrás pacíficamente la dictadura nacionalista revolucionaria. Acaso por ello se vivió un retorno al poder del viejo partido autoritario, que reapareció disfrazado de una falsa modernidad que impulsaba nuevas formas de capitalismo acompañadas de viejas expresiones de la corrupción. Hubo un típico choque entre la deslumbrante modernización y la ampliación de la enorme grieta de la desigualdad, que abría un abismo entre, por un lado, la masa de pobres y las clases medias en precario equilibrio, y por otro lado unas élites oligárquicas espectacularmente enriquecidas. Éste fue el caldo de cultivo en el que volvió a crecer el viejo populismo mexicano, que encontró un nuevo impulso en la transición y adquirió algunos tintes anticapitalistas reaccionarios.

El gobierno que surgió en 2018 canalizó un cierto impulso popular anticapitalista y una vaga alergia a la oligarquía. Pero no llegó a conformar un proyecto coherente para enfrentar los conflictos y las tensiones. El gobierno populista nunca llegó a entender las peculiaridades del capitalismo en México ni el muy complicado mosaico de diferentes capitalismos que hay en el mundo. Avanzó con una nebulosa, demagógica y primitiva actitud anticapitalista sin tener una idea de lo que es la economía capitalista hoy en día. Y se enredó en la complejidad de las estructuras económicas, dando palos de ciego sin entender nada, con las rudimentarias propuestas sobre la construcción y renovación de refinerías de petróleo, la transformación de un aeropuerto militar, la construcción de un tren turístico y de un corredor transístmico. Todo ello sumado a la negativa de aumentar los impuestos a los ricos y de aplicar medidas anticíclicas frente a la crisis, pero aplicado a extender una austeridad temeraria. Con decisiones tomadas a partir de dudosas consultas populares se generó la imagen de un gobierno hostil a la inversión privada nacional y extranjera. La clausura de dos proyectos en marcha, el aeropuerto en Texcoco y la cervecera Constellation Brands en Mexicali, fue percibida como una señal de hostilidad del gobierno a la inversión. No fue un acto radical encaminado a abrir el paso a una economía alternativa, sino un gesto de sabor anticapitalista sin más propósito que afirmar el poder autocrático del presidente, pero que generalizó la desconfianza de

los empresarios en la economía mexicana. Los esfuerzos del gobierno por alentar al empresariado a renovar sus inversiones han dado resultados magros.

El problema con el populismo de López Obrador es que espanta a los capitalistas sin ofrecer ninguna alternativa real. El resultado es la confusión tras haber colocado obstáculos inútiles al proceso económico y lastimado las inversiones con un propósito político dirigido a ampliar el autoritarismo. Podría suceder que el desconcierto acabe generando una tensión crítica que resulte en ocurrencias inesperadas e imprevisibles del presidente y su grupo gobernante. La confusión acaba provocando un efecto paradójico: un poder impotente. Es decir, una condición en la que el poder autoritario se mueve en el vacío provocado por el desorden que reina en el gobierno y por la falta de salidas. Un poder impotente puede generar tensiones peligrosas que abran vías de escapatoria insólitas y sorprendentes.

11. Nacionalismo y postmexicanidad

Un retorno a la jaula del nacionalismo revolucionario significa, además del impulso por regenerar las viejas estructuras autoritarias, un intento por apoyar las políticas de la llamada Cuarta Transformación en una forma de identidad nacional similar a la que se expandió durante el antiguo régimen. Hice el análisis crítico de esa identidad mexicana en mi ensayo *La jaula de la melancolía*. Aquella identidad del mexicano fue una textura cultural muy compleja y contradictoria, apoyada en un vasto entramado de obras de arte, literatura, cine y música. Se basó también en ensayos filosóficos, psicológicos, históricos y antropológicos. La imagen predominante del carácter nacional no era un mexicano imaginado en términos heroicos, sino una mezcla de rasgos que combinaban la melancolía, la desidia y el complejo de inferioridad con la agresividad, el sentimentalismo, el resentimiento y la evasión. Era un eje de estereotipos que unía al indio agachado con el pelado mestizo. Esta imagen desde luego se combinaba y convivía con las exaltaciones patrioteras del nacionalismo oficial. A finales del siglo XX estas formas tradicionales de representar la identidad nacional y el carácter del mexicano fueron decayendo, lo que contribuyó a impulsar la transición democrática.

A comienzos del siglo XXI México se adentraba en una condición posnacional. Pero la llegada de López Obrador a la presidencia aparentemente señalaba que el nacionalismo regresaba con un fuerte aliento populista. Poco después del triunfo electoral se convocó a la sociedad para elaborar una constitución moral que debía extraer de la gran reserva de valores culturales, morales y espirituales del pueblo la energía necesaria para llevar a cabo la Cuarta Transformación de la vida pública del país, como anunció López Obrador. Pero ahora, en contraste con el complejo y paradójico retrato del mexicano que surgió en el siglo XX, se extraía de los pozos profundos del alma nacional la imagen de un personaje enormemente respetuoso de su familia y de su patria, inmensamente bondadoso y dotado, como dijo López Obrador, de esa sensibilidad profunda que es "consustancial a la idiosincrasia de nuestro pueblo". Ahora debía recuperarse al mexicano que habían dibujado con gran cursilería muchos políticos nacionalistas y que tenía poco que ver con la identidad imaginada por los artistas e intelectuales del siglo XX. Se convocaba ahora a un mexicano patriota, respetuoso de la familia, amante del prójimo y de la naturaleza, dotado de unas virtudes cristianas que chocan frontalmente con la idea de un Estado laico. Este singular mexicano de la constitución moral fue convocado el 26 de noviembre de 2018 y debía aparecer antes del 30 de abril de 2019 gracias a las aportaciones de no más de cuatro cuartillas que el pueblo debía enviar a una comisión de cuatro personas: un analista de negocios del diario *La Jornada*, una productora de cine del grupo Argos, un viejo asesor jurídico de diversos gobiernos y el vocero de la Presidencia. No se supo si los veneros de la reserva moral del pueblo se habían secado ni lo que hacían estos cuatro sabios en su trabajo de extracción hasta casi dos años después, cuando en noviembre de 2020 el presidente presentó la versión que habían logrado pergeñar sus ayudantes. Ya no se llamó "constitución moral", sino *Guía ética para la transformación de México*.

Me pregunto si hay una cultura que sustente esta peculiar efigie moral de la identidad mexicana. ¿Hay un amplio, renovado y extendido orgullo nacionalista que apoye esta curiosa concepción

del alma nacional? No estoy seguro de que los 30 millones de ciudadanos que votaron por López Obrador estén poseídos por un ardor patriótico de inspiración religiosa como el que propugna el presidente. Este tipo de expresiones deberían generar ecos y señales reconocibles que, hasta ahora, no son perceptibles. No veo a los intelectuales del lopezobradorismo construyendo o reproduciendo un modelo de alma nacional en la línea que propone el presidente. Con las menguadas fuerzas intelectuales con que cuenta el gobierno populista es muy difícil creer que sean capaces de crear grandes ensayos, obras de arte, novelas, películas, piezas musicales o series televisivas que contribuyan al resurgimiento espiritual del nacionalismo. A lo sumo, cobijarán con buenas intenciones o interpretaciones teóricas el nacionalismo pedestre que emana de los discursos oficiales y de las mañaneras. Pero acaso me equivoco y no puedo reconocer que se está regenerando la vieja cultura autoritaria y nacionalista que ilustró al despotismo que surgió de la revolución de 1910.

La condición postmexicana que abrió el camino a la democracia se fue tejiendo durante muchos decenios, siempre enfrentada al ejército de axolotes anclados en una identidad hostil a la metamorfosis. Hoy, después de tanto tiempo, me pregunto si el camino andado fue en vano y si México ha vuelto a sumergirse, oscilante, en la letargia de un edén subvertido y en el ardor festivo del pelado cantinflesco. Supongo que es muy pronto para llegar a conclusiones claras. Habrá que esperar para comprobar si efectivamente se está regenerando el canon del axolote o bien estamos viviendo un tropiezo, terrible pero pasajero. El antiguo mundo rural y campesino, con sus miserias y tristezas, no está volviendo; pero sí está creciendo imparablemente una masa de pobres provocada por la crisis económica y la pandemia.

No es fácil predecir las consecuencias políticas y culturales que provocarán los drásticos cambios en la sociedad, en la que estamos viendo que la clase media se encoge y las capas más pobres se expanden. El alivio que puede aparecer gracias a los flujos migratorios, que rebajan la presión social, no llegará tan fácilmente, pues la crisis en Estados Unidos está taponando los canales de

escape de la población desesperada que busca abandonar el país. En esta sociedad lastimada por la crisis acaso no se están incubando regeneraciones nacionalistas y en realidad domina la preocupación por sobrevivir y superar las amenazas de la pandemia. Seguramente los repartos de ayudas y becas que llueven sobre la población más pobre desde la presidencia, y que son recibidas con alivio y gratitud, inclinan a grandes sectores de la ciudadanía a ver con buenos ojos al gobierno populista. No hay en ello un resurgimiento de la identidad nacional, sino un agradecimiento por las bondades que emanan del gobierno. Estos mecanismos de ayuda no son una novedad. Desde los viejos tiempos priistas ha fluido toda clase de ayudas a los sectores sociales deprimidos, y estas derramas de dinero han ocurrido también durante los sexenios neoliberales, aunque los cauces y los mecanismos han cambiado de estilo y de nombre.

En realidad, la identidad moral de los mexicanos que busca implantar López Obrador no se encuentra en el pueblo, sino en las líneas de uno de los textos más reaccionarios que se han escrito sobre el tema: la *Cartilla moral* de Alfonso Reyes. No hay que ir más lejos para definir el perfil del ser nacional que invoca el lopezobradorismo. Este texto contiene la moralina que necesita el presidente para alimentar espiritualmente a sus partidarios y guiar al pueblo hacia una mítica Cuarta Transformación. No estoy seguro de que el gobierno, aprovechando el profundo malestar que vive la población, logre provocar esa íntima tristeza reaccionaria de la que habló López Velarde en que se sumergía la identidad nacional. El discurso oficial exalta la felicidad del pueblo, no sus tristezas. Si acaso, se incita una nostalgia por la edad de oro en la que, antes de la llegada del neoliberalismo, supuestamente vivía la sociedad mexicana. El presidente y sus admiradores hablan mucho de la necesidad de una “revolución de las conciencias” para impulsar al gobierno. Pero no veo por ningún lado la sustancia y las ideas que le den contenido a ese cambio revolucionario de la conciencia nacional.

El credo presidencial se materializó por fin en noviembre de 2020 cuando la constitución moral quedó degradada en una *Guía ética*

para la transformación de México, presentada como un antídoto contra la crisis. La transmutación de una constitución en una guía fue operada por un pequeño comité que pasó las propuestas de López Obrador por el colador de algunas decenas de foros, mesas de diálogo, reflexión o debate, y la consulta con 18 iglesias y 13 organizaciones civiles. Se abrió un portal para recibir sugerencias en el que se supone que se recibieron 461 documentos con propuestas filosóficas, éticas y religiosas (según explicó el vocero de la Presidencia, que forma parte del comité que redactó la *Guía*). El resultado de esta alquimia populista fue un panfleto destinado a propagar la doctrina moral del presidente, en el que aún quedó un fuerte tufo religioso y que emana de ideas cristianas sobre la culpa, el arrepentimiento, la dignidad, la redención, el perdón, la maldad y el amor al prójimo. Aunque intentaron inyectarle algunas ideas nuevas y modernas, el catecismo ético revela una clara inclinación tradicionalista. En la presentación del panfleto se afirma que para cumplir los propósitos de la Cuarta Transformación "es obligado impulsar una revolución de las conciencias, esto es, construir una nueva ética humanista y solidaria que conduzca a la recuperación de valores tradicionales mexicanos y universales y de nuestra grandeza nacional".

La *Guía* es un auténtico manual de moralidad y buen comportamiento, a la manera del que escribió Manuel Antonio Carreño en el siglo XIX, al que imita en el estilo arcaico de presentar cada tema: "De la dignidad", "Del perdón", "De la familia"… En el manual de Carreño los títulos son, por ejemplo: "Del modo de conducirnos con nuestra familia", "De la conversación", "Del juego"… La *Guía* contiene 20 preceptos, el primero de los cuales es un verdadero insulto a la inteligencia, pues exalta hipócritamente el laicismo y la diversidad e invita a que "evitemos imponer 'nuestro mundo' al mundo de los demás" en un panfleto que hace exactamente eso: imponer un corpus moral con toda la fuerza del Poder Ejecutivo que planea editar 8 millones de ejemplares del catecismo ético para distribuir masivamente a los adultos mayores que reciben un apoyo del gobierno con el ruego de que se lo expliquen a sus hijos y sus nietos. El manual impone el mundo de

López Obrador al despreciable mundo de lo que llama el neoliberalismo y el conservadurismo… El 1 de diciembre de 2020, en su informe, advirtió que “la mejor manera de evitar retrocesos en el futuro depende mucho de continuar con la revolución de las conciencias para lograr a plenitud un cambio de mentalidad que, cuando sea necesario, se convierta en voluntad colectiva dispuesta a defender lo alcanzado en beneficio del interés público y de la nación”. Quiere imponer su mundo y evitar que haya cambios.

Una curiosa perla de este manual de ética es el precepto número 10, titulado “De la redención”: “los criminales y corruptos pueden redimirse por medio de la reflexión, la educación e incluso la terapia psicológica, sin renunciar, desde luego, por la seguridad de la sociedad y por motivo de justicia, a la posibilidad de sanciones como la privación de la libertad”. Al concepto religioso de redención, como liberación del pecado, se le agrega un granito de modernidad hablando de terapia, y se relega a la justicia en segundo lugar, como una posibilidad. El contenido cristianizante de esta guía está envuelto en una masa de banalidades, de lugares comunes y de preceptos que ya están en la Constitución. Es absurdo que el gobierno pretenda explicar a los mexicanos cómo vivir su vida, cómo amar, cómo ser libres, cómo ser agradecidos, cómo decir la verdad, cómo gastar su dinero o cómo cuidar a sus animales y plantas. Se trata de un manual de cómo debe ser el buen mexicano y de cómo debe comportarse para que el gobierno logre la “Cuarta Transformación”. Dibuja el perfil de la identidad nacional tal como debiera ser de acuerdo con la doctrina del presidente. Es un manual con instrucciones para encerrarse en la prisión del populismo nacionalista. ¿Cuántos mexicanos se dejarán atrapar en esta jaula moral?

12. La fórmula restauradora

Las tendencias políticas que buscan una restauración del antiguo régimen hunden sus raíces tanto en el PRI como en el PRD. Las que crecieron en el PRI tuvieron su oportunidad cuando Peña Nieto llegó a la presidencia, pero durante su régimen predominaron las corrientes tecnocráticas y modernizadoras de corte neoliberal. Sin embargo, estas mismas tendencias fomentaron una cadena de reacciones antipolíticas y populistas en la sociedad. Se generalizó un desprecio por la política y un rechazo a reformas como las del Pacto por México. Todo ello provocó la división del PRD cuando su ala populista fundó el Movimiento Regeneración Nacional.

En 2018 el populismo encabezado por López Obrador llegó al poder enarbolando, entre otras, la bandera de la lucha contra la corrupción, una promesa sin duda muy atractiva. Pero además llegó a la presidencia con una fórmula, la llamada 4T, encaminada a restaurar el antiguo régimen. Me refiero a una fórmula combinatoria que intentó reproducir en un solo sistema los diferentes elementos que caracterizaron al antiguo régimen autoritario. Pero, desde luego, no es un ejercicio matemático, sino un ensayo político que intenta restaurar al régimen nacionalista revolucionario del periodo preneoliberal.

Hay elementos que evidentemente forman parte de la vieja ecuación, como el nacionalismo, el populismo y el estatismo. Hay que agregar una demagógica mezcla de ideologías, un partido con una amplia base popular y un fuerte centralismo presidencialista. Además, la fórmula contiene flujos opacos de apoyo económico a los pobres, una invocación a la identidad mexicana y una cultura revolucionaria. Todos estos ingredientes se encuentran presentes en el régimen de López Obrador. Pero sus proporciones son diferentes a las antiguas y la forma de combinarlas ha variado. La vieja receta no se está aplicando de manera precisa, pues ello es imposible. El resultado es que el pastel o el guiso que salen del horno no son como el antiguo arreglo político, aunque sin duda despiden un fuerte olor priista. La combinatoria ha sido trastocada y no se integra bien.

Por otro lado, hay por lo menos tres elementos importantes nuevos y dos faltantes significativos. Los factores nuevos son, primero, la frágil y delicada democracia que surgió a fines del siglo XX; segundo, la brutal y expansiva actividad de los cárteles del crimen organizado; y, tercero, la gran militarización de muchas funciones civiles y gubernamentales. Las dos ausencias notables son la restricción de los ingresos corruptos en la cúpula política y una cierta repugnancia a acudir a la represión. El antiguo régimen vivía en un contexto no democrático y sin el gran reto del narcotráfico; además, ejercía con mucha frecuencia una represión selectiva y aceitaba la máquina política con fuertes dosis de corrupción. La presencia del ejército era relativamente marginal, aunque tendía a expandirse, especialmente en el combate a las guerrillas y al narcotráfico. El entorno económico era muy diferente, pues tenemos ahora un capitalismo mucho más brioso (e incluso salvaje) en un contexto esencialmente urbano y globalizado.

Es cierto que los hábitos autoritarios erosionan al sistema democrático y que el gobierno ha atraído a viejos políticos corruptos. Pero hay una sociedad civil democrática que ejerce una fuerte crítica al autoritarismo populista y que denuncia los brotes de corrupción que se asoman. Los antiguos hábitos aún se observan en los gobernantes, pero tienen más dificultades en mostrarse abiertamente. El populismo, el autoritarismo, el centralismo y el

presidencialismo se están desencadenando con ímpetu pero el conjunto no funciona bien. La fórmula no ha combinado bien los viejos ingredientes y no ha logrado suplir los faltantes o anular los nuevos.

El partido oficial, Morena, es muy deficiente, está profundamente fracturado y vive una permanente querella interna. El nacionalismo de López Obrador ha quedado resquebrajado por su sumisión a los dictados del expresidente Donald Trump. La identidad nacional que preconiza el régimen es una mezcla de moralina reaccionaria y de folklore indigenista mal digerido. La cultura priista se observa en el comportamiento de muchos altos funcionarios y dirigentes de Morena, pero no logra institucionalizarse a la manera antigua.

La restauración en México es un fracaso, como era predecible. El modelo clásico de restauración ocurrió en Francia en 1814 cuando volvieron los borbones al trono; todos los historiadores saben que no fue una verdadera restauración y que al fracasar dio lugar a la llamada monarquía burguesa de Luis Felipe, en 1830. Pero el concepto de restauración es útil para entender procesos históricos de regresión, como el que estamos viviendo en México. El fracaso de la restauración nos podría alegrar a muchos si no fuera porque el descalabro puede generar desenlaces peligrosos. Por ejemplo, la hostilidad hacia los partidos políticos de oposición, que los debilita, aunada a la dificultad de construir un partido oficial como tentáculo del gobierno, pueden desembocar en una profunda erosión de todo el sistema de partidos. Ello pondría en serio peligro a la democracia misma. Otra amenaza puede venir del uso intensivo de las fuerzas armadas en tareas civiles y su consiguiente fortalecimiento: podría estarse incubando un monstruo militar inclinado a entrometerse en la política. Un gobierno desorganizado y sin objetivos claros puede derivar en una autocracia. Los fracasos en la política económica estatista pueden ahondar la crisis en la que ya estamos atrapados.

Pareciera que los elementos de esta combinatoria en la fórmula restauradora son puestos en juego por un malabarista político inepto pero dotado de un enorme poder y una gran popularidad. El problema es que ha decidido no presentarse como el presidente de todos los mexicanos, sino como el adalid de una parte de la

ciudadanía que se enfrenta combativamente con todos los que no votaron por él, y que son tildados de conservadores “fifís” y de neoliberales corruptos. Pero en las elecciones de 2018 una gran masa de mexicanos, el 47%, votó por otros candidatos a la presidencia y el partido de López Obrador obtuvo solamente el 37% de los votos; y ni siquiera con los partidos aliados logró conseguir la mayoría absoluta. Así que es muy temerario, además de impropio de un buen estadista, hablar a nombre de sólo una parte de la sociedad, a la que llama “pueblo”, que muy bien podría ser hoy una minoría. Habría que observar, además, que el dirigente de la supuesta cuarta gran transformación parece ser un político incapaz de asimilar información compleja y que opera con una fórmula muy simple que no resulta eficaz para transformar significativamente al país, ni tampoco para restaurar un régimen ido hace mucho tiempo.

Sin embargo, el pastiche político es inmensamente popular. Resulta atractivo para una masa de ciudadanos que aprecia los resultados de la fórmula restauradora y que admira al líder que la está aplicando. Hay una parte de la sociedad que ha sido cautivada por la fórmula y no percibe bien sus defectos y sus fracasos. El país se encuentra gravemente dividido y crecen los enconos entre los ciudadanos que se encuentran enfrentados. Podrá parecer una redundancia, pero hay que recordar que los gobiernos populistas suelen ser muy populares. Basta observar el gobierno de Donald Trump, que aún en los momentos de su derrota electoral en 2020 mostró una extraordinaria popularidad, que, por suerte, no fue suficiente para reelegir al líder. Pero en Estados Unidos la sociedad quedó seriamente escindida y las consecuencias de esta herida serán duraderas y acaso dramáticas. Las heridas que deja el populismo se pueden infectar y dañar a todo el cuerpo social.

La profunda división de una sociedad, provocada por el populismo, no significa que hay un enfrentamiento entre quienes se equivocan y quienes aciertan. Pensar así sería aceptar la formulación populista que separa a los buenos transformadores de los malignos conservadores. No debe invertirse la idea ni pensar ahora que los partidarios del presidente populista son maléficos y que los ciudadanos que se le oponen tienen la razón histórica. La

situación es mucho más compleja. El bloque político que encabeza férreamente el presidente populista no es homogéneo, aunque es mucho más compacto que la oposición. En ésta hay mucha más diversidad y pluralidad, y en ello radica su debilidad electoral. Pero con el tiempo ello puede convertirse en una alternativa democrática. Espero que el bloque populista se extinga a consecuencia de sus desaciertos y que acabe diluyéndose en la gran diversidad de opciones que hay en el país.

Epílogo

La exaltación del “pueblo” que acostumbra hacer López Obrador es un regreso burdo al viejo nacionalismo que quiso convertir a la “raza cósmica” en un modelo de mexicanidad. El populismo quiere sublimar a la masa de pobres, acosada por la violencia y la corrupción, para convertirla en una imagen del pueblo bueno y sabio que inspira a su líder. A semejanza del viejo nacionalismo, el populismo del siglo XXI inventa y glorifica a un pueblo que es capaz de resistir los impactos de una modernidad industrial que intenta ser domesticada con reglas morales y hábitos primitivos. El resultado es un capitalismo castrado en aras de blindar con legitimidad al régimen político. Con ello se impulsa un extraño proceso de desmodernización que acaba en lo que los chicanos llaman un *desmother*, un embrollo desordenado y caótico en medio del cual el líder puede fácilmente ejercer su autoritarismo con escasos contrapesos.

El populismo del siglo XXI busca reciclar la imagen de un mexicano aplastado y agachado que se levanta contra su edén subvertido por la industrialización global y que se rehúsa a convertirse en el obrero pragmático del utilitarismo puritano que viene del norte. Esta imagen ya fue usada hasta el abuso por el nacionalismo revolucionario y el resultado fue desastroso, pues

impulsó un ramillete de costumbres muy mexicanas que fortaleció la identidad nacional a costa de sacrificar la eficiencia y la disciplina de una población que fue mal educada por un sistema escolar muy deficiente.

El nacionalismo populista es una carpa que hoy oculta la ineficiencia básica del gobierno y su inclinación reaccionaria, que se manifiestan en la creciente militarización y en el bloqueo al crecimiento del gasto púbico necesario para expandir un Estado de bienestar sólido. La lucha contra el neoliberalismo no llega a plantear reformas serias al capitalismo y se limita a entorpecerlo y a ahuyentar la inversión privada. La inversión pública se concentra en forma suicida en un costoso tren turístico maya y en tirar el dinero al barril sin fondo del petróleo. Otra parte de la inversión del gobierno es una derrama masiva y opaca de dinero en diversas ayudas directas a grandes sectores de la población más vulnerable. En contraste, las instituciones de salud y educación reciben menos recursos. El futuro del país es brumoso y la oscuridad se expande en los campos de la cultura y la ciencia. La desmodernidad se cuela por todos los poros del Estado.

En los tiempos que vienen hay dos rendijas por las que se puede colar un poco de luz. Me refiero a las elecciones intermedias del 6 de junio de 2021 y a la consulta sobre la revocación del mandato presidencial de 2022. Son dos resquicios que tal vez permitan debilitar al autoritarismo populista. En las elecciones acaso se logre que el partido oficial al menos no obtenga más que una mayoría relativa en la Cámara de Diputados. Y en la consulta de 2022 podría expresarse masivamente la ciudadanía que rechaza al presidente, con lo que el mandatario quedaría muy herido. Para lograr estos objetivos, que son modestos, será necesario que la maltrecha órbita de partidos de oposición se reponga del pasmo en que ha caído.

Lo que hagan los partidos de oposición en estas dos coyunturas tiene una enorme importancia. El PRI es el gran responsable de haber facilitado la llegada de López Obrador a la presidencia. Es una culpa casi tan grande como la que pesa sobre este partido por la corrupción que ha auspiciado durante tantos años. ¿Logrará el presidente populista obtener de nuevo el apoyo de los sectores más

corrompidos de dicho partido? Es posible. El PAN es responsable de no haber comprendido que el adversario más dañino era López Obrador, ante el cual ofreció una fuerza electoral que se desmigajó. A este partido le urge un viraje político hacia el centro del espectro político. El PRD es el responsable de haber incubado el populismo en su seno y no haber roto a tiempo con el líder que acabó casi destruyendo al partido. Ahora sus dirigentes, con la escasa fuerza electoral que puedan recoger, tendrán que apoyar las alternativas al régimen autoritario que aparezcan. El PAN, el PRI y el PRD iniciaron desde diciembre de 2020 negociaciones para alcanzar una alianza en más de 170 distritos electorales. Como podía esperarse Movimiento Ciudadano se negó a participar en el acuerdo con los tres partidos, alegando razones muy similares a las que han expresado Morena y López Obrador, quienes han reaccionado coléricamente diciendo que es una alianza “perversa”. Otros han afirmado que se diluyen las identidades ideológicas de los partidos y que es un acuerdo sin programa ni principios, orientado únicamente a enfrenarse al presidente. Yo creo, en cambio, que ha sido la actitud más sensata ante la deriva autoritaria.

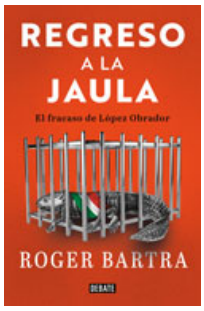
En condiciones normales sería deseable que los diversos partidos compitiesen defendiendo sus perfiles políticos y pactando alianzas sobre la base de afinidades ideológicas y de propuestas definidas. Pero no estamos viviendo tiempos normales. Hay una situación de emergencia, una amenaza que podría ser devastadora para el sistema democrático. El argumento más pedestre contra la coalición de partidos que intenta frenar el autoritarismo consiste en hacerlos responsables de todas las calamidades recientes, como la guerra contra los narcos y la profunda corrupción, y no reconocerles ningún mérito, como sería, por ejemplo, haber impulsado la transición democrática. Estos partidos son exhibidos por el discurso oficial como lo más nefasto y deben ser por lo tanto condenados a desaparecer. Ante la imagen pavorosa con que se pinta a estos tres partidos, los defectos de Morena y de la política gubernamental son presentados como un pecado menor y corregible. Ante la figura de un demonio de tres cabezas, el gobierno de la 4T aparece como una alternativa angelical.

¿Estas burdas ideas lograrán movilizar masivamente el voto por los candidatos de Morena? ¿Habrá una avalancha de apoyo entusiasta por el partido de López Obrador? ¿Quedarán liquidados los tres principales partidos de oposición? Si ello ocurre la democracia mexicana quedará peligrosamente herida y se consumará el regreso al antiguo régimen de un partido oficial sin contrapesos. Será el regreso a una jaula muy maltrecha. No parece que el propósito de la alianza sea la conformación de un bloque; se busca algo mucho más modesto: que Morena no sea el partido mayoritario que aplaste a todo el sistema electoral. Las diferencias ideológicas y políticas que separan a estos partidos han sido en ocasiones superadas, como cuando se unieron para apoyar el Pacto por México. Ello no impidió que el PRI clavara una puñalada letal al candidato del PAN, Ricardo Anaya, en un acto en el que el partido de Peña Nieto se inmoló en las elecciones de 2018 para beneficiar a López Obrador. El panorama electoral de 2021 es, como puede verse, muy oscuro. Los que más arriesgan son el PAN y el PRD, al pactar con un partido con fuertes inclinaciones corruptas.

Al partido oficial, Morena, le sobran defectos y se encuentra muy fragmentado. La podredumbre y la ineficiencia lo han corroído hasta la médula. Su gran fuerza es que se trata del partido del presidente. Se aglutina en torno de él, carece de ideas y va a la cola de la actividad del gobierno. Sin duda no atraerá los 30 millones de votantes que logró López Obrador en 2018, pero es muy posible que logre captar a muchos de ellos. El futuro del país dependerá del número de diputados y gobernadores que logre ganar. Si una gran parte de la ciudadanía abandona el afecto por la democracia y se deja deslumbrar por las fanfarronadas populistas, el país entrará en una fase oscura de la historia. Y ello puede ocurrir si en las elecciones de 2021 se mantienen las circunstancias y las tendencias que en 2018 abrieron la puerta a la reacción lopezobradorista. Es difícil saber qué sucede en los pliegues ocultos y subterráneos de la sociedad mexicana. La pandemia del covid-19, que seguramente cambió mucho la vida cotidiana, al mismo tiempo nos oculta lo que ocurre en el fondo del ánimo ciudadano. Yo no pierdo totalmente la esperanza de que una parte importante de la ciudadanía se haya

percatado de que tenemos un gobierno populista reaccionario y puritano que muestra fuertes inclinaciones autoritarias.

¿Cuáles fueron las verdaderas razones del triunfo electoral de Andrés Manuel López Obrador en 2018? Y aún más importante: a dos años de iniciado su gobierno, ¿dónde están las tan esperadas transformaciones políticas que prometía con vehemencia?



Una de las claves para el éxito de AMLO, asegura Roger Bartra en este libro, fueron las cuestionables alianzas que impulsaron la campaña del hoy presidente, y que revelaron finalmente su verdadera orientación política. Aunque para los seguidores más fieles de su partido se vendió como un demócrata firmemente anclado en la izquierda, los hechos lo han revelado como un populista de la más conservadora derecha, inspirado en el priismo autoritario de los años sesenta y setenta. Para Bartra, esto significa sólo una cosa: la así autonombrada «Cuarta Transformación» no es sino un retroceso a una etapa de nuestra historia política que parecía ya superada, con todos los riesgos políticos, económicos y sociales que esto implica.

Para muestra, basta un somero recuento de los resultados que han traído sus maltrechos programas sociales y sus agresivas medidas de austeridad, amén de su errática respuesta ante la emergencia derivada de la covid-19. Hoy es claro, quizá más que nunca, que el proyecto político de AMLO ha sido un fracaso que puede ser peligroso para el destino de México en el corto plazo. Ante ese escenario, las elecciones de 2021 tienen la posibilidad de equilibrar la balanza política del país en favor de una verdadera democracia plural o consolidar uno de los movimientos políticos más nocivos de nuestra historia reciente. ¿Qué camino elegirán los votantes?

ROGER BARTRA es doctor en sociología por la Sorbona, y se formó en México como etnólogo en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Trabaja como investigador en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y es miembro del Sistema Nacional de Investigadores; ha sido profesor e investigador visitante en diversas universidades de México y en el extranjero, entre ellas la Universitat Pompeu Fabra, en Barcelona; el Getty Center, en Los Ángeles; la Universidad Johns Hopkins, en Baltimore; la Universidad de California, en La Jolla; y la Universidad de Wisconsin. Es autor de los libros *La jaula de la melancolía, El mito del salvaje, Las redes imaginarias del poder político, La sangre y la tinta*. Ensayos sobre la condición postmexicana, *La democracia ausente*, *Cultura y melancolía* y *Chamanes y robots*, entre otros. En 1996 recibió el Premio Universidad Nacional y en 2004 fue nombrado investigador emérito de esa institución.

Regreso a la jaula
El fracaso de López Obrador

Edición en formato digital: marzo, 2021

D. R. © 2021, Roger Bartra

D. R. © 2021, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

D. R. © Penguin Random House, por el diseño de portada

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada
de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores
y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra
por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.
Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro

(Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-380-373-1

Composición digital: *Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación*

Facebook: @penguinebooks
Twitter: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
Youtube: @penguinlibrosmx

Índice

Regreso a la jaula

Prólogo

PRIMERA PARTE
EL MISTERIO DE LAS ELECCIONES DE 2018

1. Conversación en Palacio
2. Las grietas del desencanto
3. Sorpresas y rarezas
4. Libertad y trabajo
5. ¿Dónde está la izquierda?
6. Números y mutaciones
7. Entre la sensatez y la rabia
8. Regreso a la jaula
9. Efectos perversos
10. Eucaristía política

SEGUNDA PARTE
LOS PRIMEROS RETROCESOS

1. Gansadas

2. Instituciones y democracia
3. Retropopulismo y extravagancia
4. Pepenador de ideas
5. La república religiosa
6. El estilo irracional de gobernar

TERCERA PARTE

EL FRACASO

1. El protector
2. Violencia e inseguridad
3. La peor política exterior
4. Bendito coraje
5. Movimiento de restauración
6. Desmadrando el gobierno
7. La oposición
8. Posdemocracia
9. ¿Hay una alternativa socialdemócrata?
10. La gran confusión
11. Nacionalismo y postmexicanidad
12. La fórmula restauradora

Epílogo

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos